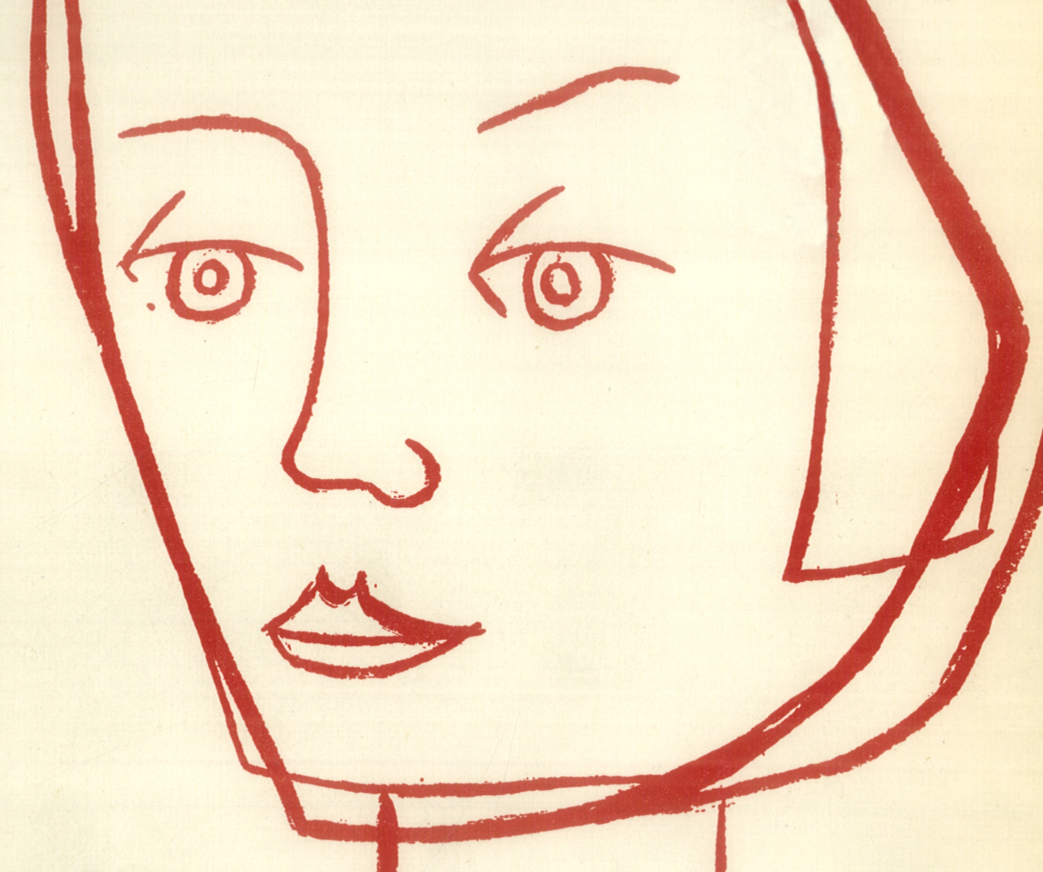
CUADERNOS
HISPANOAMERICANOS



MADRID 75
MARZO, 1956

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

REVISTA MENSUAL DE CULTURA HISPANICA

"Cuadernos Hispanoamericanos" solicita especialmente sus colaboraciones y no mantiene correspondencia sobre trabajos que se le envían espontáneamente. Su contenido puede reproducirse en su totalidad o en fragmentos, siempre que se indique la procedencia. La Dirección de la Revista no se identifica con las opiniones que los autores expresen en sus trabajos respectivos.

CORRESPONSALES DE VENTA DE EDICIONES MUNDO HISPANICO

ARGENTINA: José Pérez Calvet. Suipacha, 778. *Buenos Aires.*—BOLIVIA: Gisbert y Cía. Librería La Universitaria. Casilla núm. 195. *La Paz.*—BRASIL: Fernando Chinaglia. Distribuidora, S. A. Avenida Vargas, núm. 502, 19 andar. *Río de Janeiro.*—Consulado de España en *Bahía.*—COLOMBIA: Librería Hispania. Carrera 7.ª, núms. 19-49. *Bogotá.*—Carlos Climent. Instituto del Iibro. Calle 14, números 3-33. *Cali.*—Unión Comercial del Caribe. Apartado ordinario núm. 461. *Barranquilla.*—Pedro J. Duarte. Selecciones. Maracaibo, núms. 47-52. *Medellín.* Abelardo Cárdenas López. Librería Fris. Calle 34, núms. 17-36-40-44. Santander. *Bucaramanga.*—COSTA RICA: Librería López. Avda. Central. *San José de Costa Rica.*—CUBAS Oscar A. Madiedo. Presidente Zayas, núm. 407. *La Habana.*—REPÚBLICA DOMINICANA: Instituto Americano del Libro. Escofet Hermanos. Arzobispo Nouel, núm. 86. *Ciudad Trujillo.*—CHILE: Inés Mújica de Pizarro. Casilla número 3.916. *Santiago de Chile.*—ECUADOR: Selecciones, Agencia de Publicaciones. Nueve de Octubre, núm. 703. *Guayaquil.*—Selecciones, Agencia de Publicaciones. Venezuela, núm. 589, y Sucre, esquina. *Quito.*—REPÚBLICA DE EL SALVADOR: Librería Cultural Salvadoreña, S. A. Edificio Veiga. 2.ª Avenida Sur y 6.ª Calle Oriente (frente al Banco Hipotecario). *San Salvador.*—ESTADOS UNIDOS: Roig Spanich Books. 575, Sixth Avenue. *New York 11, N. Y.*—FILIPINAS: Andrés Muñoz Muñoz. 510-A. Tennessee. *Manila.*—REPÚBLICA DE GUATEMALA: Librería Internacional Ortodoxa, 7.ª Avenida, 12, D. *Guatemala.*—Victoriano Gamarra. Centro de Suscripciones. 5.ª Avenida Norte, núm. 20. *Quezaltenango.* HONDURAS: Señorita Ursula Hernández. Parroquia de San Pedro Apóstol. *San Pedro de Sula.*—Señorita Hortensia Tijerino. Agencia Selecta. Apartado número 44. *Tegucigalpa.*—Rvdo. P. José García Villa. *La Ceiva.*—MÉXICO: Eisa Mexicana, S. A. Justo Sierra, núm. 52. *México, D. F.*—NICARAGUA: Ramiro Ramírez V. Agencia de Publicaciones. *Managua.*—Agustín Tijerino. *Chinandega.*—REPÚBLICA DE PANAMÁ: José Menéndez. Agencia Internacional de Publicaciones. Plaza de Arango, núm. 3. *Panamá.*—PARAGUAY: Carlos Henning. Librería Universal. 14 de Mayo, núm. 209. *Asunción.*—PERÚ: José Muñoz R. Jirón Puno (Bejarano), núm. 264. *Lima.*—PUERTO RICO: Matías Photo Shop. 200 Fortaleza St. P. O. Box, núm. 1.463. *San Juan de Puerto Rico.*—URUGUAY: Fraga, Domínguez Hnos. Colonia, núm. 902, esquina Convención. *Montevideo.*—VENEZUELA: Distribuidora Continental. *Caracas.*—Distribuidora Continental. *Maracaibo.*—ALEMANIA: W. E. Saarbach. Ausland-Zeitungshandel Gereonstr, número 25-29. Koln, 1, Postfach. *Alemania.*—IRLANDA: Dwyer's Internacional Newsagency. 268, Harold's Cross Road. *Dublín.*—BÉLGICA: Agence Messageries de la Presse. Rue du Persil, núms. 14 a 22. *Bruselas.*—FRANCIA: Librairie des Editions Espagnoles. 72, rue de Seine. *París (6 éme).*—Librairie Mollat. 15, rue Vital Carles. *Bordeaux.*—PORTUGAL: Agencia Internacional de Livraria e Publicaçoes. Rua San Nicolau, núm. 119. *Lisboa.*

EDICIONES CULTURA HISPANICA

"Ediciones Cultura Hispánica" es hoy la única empresa editorial al servicio de Iberoamérica y Filipinas que viene realizando tenazmente, año tras año, el intento más considerable entre los pueblos de habla española, para dar a conocer las vivencias culturales de la comunidad hispánica y los más importantes hallazgos en el amplio campo del pensamiento y de la cultura contemporánea.

Desde su fundación, en el año 1945, toda una serie de volúmenes aparecidos en una ininterrumpida y sistemática labor han puesto de manifiesto ante el público lector el esfuerzo editorial que significa proyectar, a través de sus diversas Colecciones, sobre las clases cultas del mundo entero, la multiforme realidad hispanoamericana.

Literatura, Arte, Filosofía, Poesía, Ensayo, Historia, Geografía, Economía, Derecho, etc., son materias que, a través de las más consagradas y amenas plumas iberoamericanas y españolas, ofrece a sus lectores "Ediciones de Cultura Hispánica".

Nombres prestigiosos, como los de Ramón Menéndez Pidal, José Vasconcelos, José María Pemán, Carlos Pereyra, P. Constantino Bayle, S. J., Juan Manzano, Gonzalo Zaldumbide, Mercedes Ballesteros, Víctor A. Belaunde, Pedro Laín Entralgo, José Arce, Gerardo Diego, Eduardo Carranza, Leopoldo Panero, entre otros muchos, avaloran su catálogo editorial.

Pero hay más: "Ediciones Cultura Hispánica", nacida al servicio de los intelectuales de Hispanoamérica, en su deseo de acercarse cada vez más a la meta cultural que a sí misma se ha asignado, ofrece a todos los centros culturales del Mundo Hispánico, así como a los particulares, la posibilidad de recibir cualquier obra publicada por editoriales españolas y toda clase de libros antiguos o modernos, por cuenta de los interesados y a través de su distribuidora exclusiva para todo el mundo que es "Ediciones Iberoamericanas, S. A." (E. I. S. A.), Pizarro, 17, Madrid, y a ella, o a sus representantes en el exterior, pueden dirigirse para que les sean remitidos nuestro catálogo o nuestros libros, contra reembolso.

Igualmente, para todas aquellas obras que por su índole no encajen dentro de nuestro marco de publicaciones, "Ediciones Cultura Hispánica" se compromete a editar por cuenta de sus autores, y a través de su distribuidora E. I. S. A., cualquier original que nos envíen, encargándose muy gustosamente, de acuerdo con las indicaciones o sugerencias del autor, de la elección de formato, selección de papel, corrección de pruebas y realizar el envío, una vez concluída, de la obra cuya impresión se le encomiende.

AVENIDA DE LOS REYES CATÓLICOS (Ciudad Universitaria)

MADRID (España)

EDICIONES CULTURA HISPANICA

OBRAS ULTIMAMENTE PUBLICADAS

CIENCIAS ECONÓMICAS:

La balanza de pagos en los países hispanoamericanos, por José Ignacio Ramos Torres. Madrid, 1954. 14 × 21 cms. 45 ptas.

Esquemas económicos de Hispanoamérica, por Francisco Sobrados Martín y Eliseo Fernández Centeno. Madrid, 1954. 14 × 21 cms. 50 ptas.

CIENCIAS JURÍDICAS:

Las Constituciones de la República Argentina. Madrid, 1954. 22 × 15 cms. 100 ptas.

Las Constituciones de Puerto Rico, por Manuel Fraga Iribarne. Madrid, 1954. 22 × 15 cms. 100 ptas.

Las Constituciones del Perú, por José Pareja y Paz-Soldán. Madrid, 1954. 22 × 15 cms. 150 ptas.

Las Constituciones de la República de Panamá, por Víctor F. Goytia. Madrid, 1954. 22 × 15 cms. 150 ptas.

POESÍA:

Martín Cerere, por Cassiano Ricardo. Trad, de Emilia Bernal. Madrid, 1954. 13 × 21 cms. 50 ptas.

Ciudad y yo, por Blanca Terra Viera (Premio Ministerio de Educación de Uruguay, 1952). Madrid, 1954. 13 × 21 cms. 25 ptas.

Nueva poesía panameña, por Agustín del Saz. Madrid, 1954. 13 × 21 cms. 65 ptas.

Canto personal, por Leopoldo Panero (2.ª edición). Madrid, 1954. 13 × 21 cms. 50 ptas.

La llama pensativa, por Evaristo Ribera Chevremont. Madrid, 1954. 13 × 21 centímetros. 50 ptas.

Memorias de poco tiempo, por José Manuel Caballero Bonald, con ilustraciones de José Caballero. Madrid, 1954. 13 × 21 cms. 50 ptas.

ARTE:

La pintura española contemporánea, por Manuel Sánchez Camargo, con numerosas ilustraciones. Madrid, 1954. 20 × 27 cms. 275 ptas.

ENSAYOS POLÍTICOS:

El mito de la democracia, por José Antonio Palacios. Madrid, 1954. 14 × 21 centímetros. 65 ptas.

El pensamiento de José Enrique Rodó, por Glicerio Albarrán Puente. Madrid, 1954. 14 × 21 cms. 100 ptas.

Elogio de España al Ecuador (Conferencias pronunciadas por el doctor Marañón, Pemán, Laín Entralgo, Marqués de Lozoya y Sánchez Bella. Con una introducción del Excmo. Sr. D. Ruperto Alarcón Falconí, Embajador del Ecuador). Madrid. 15 × 20,5 cms. 30 ptas.

CIENCIAS HISTÓRICAS:

Causas y caracteres de la independencia hispanoamericana (Congreso Hispanoamericano de Historia). Madrid, 1954. 17 × 24 cms. 90 ptas.

Código de Trabajo del indígena americano, por Antonio Rumeu de Armas. Madrid, 1954. 12 × 17 cms. 25 ptas.

Azul celeste y blanco (Génesis de la bandera argentina), por Ricardo Herren. Madrid, 1954. 12 × 17 cms. 25 ptas.

Dogmas nacionales del Rey Católico, por Francisco Gómez de Mercado y de Miguel. Madrid, 1954. 23 × 16 cms. 75 ptas

HISPANIDAD:

Sobre la Universidad Hispánica, por Pedro Laín Entralgo. Madrid, 1954. 12 × 17 cms. 20 ptas.

Destino y vocación de Iberoamérica, por Alberto Wagner de Reyna. Madrid, 1954. 12 × 17 cms. 23 ptas.

GENEALOGÍA Y HERÁLDICA:

Dignidades nobiliarias en Cuba, por Rafael Nieto Cortadellas. Madrid, 1954. 23 × 16 cms. 100 ptas.

Blasones de los virreyes del Río de la Plata, por Sigfrido A. Radaelli, con numerosas ilustraciones. Madrid, 1954. 21,5 × 14,5 cms. 50 ptas.

BIBLIOGRAFÍA:

Los manuscritos de América en las Bibliotecas de España, por José Tudela de la Orden. Madrid, 1954. 23 × 16 cms. 100 ptas.

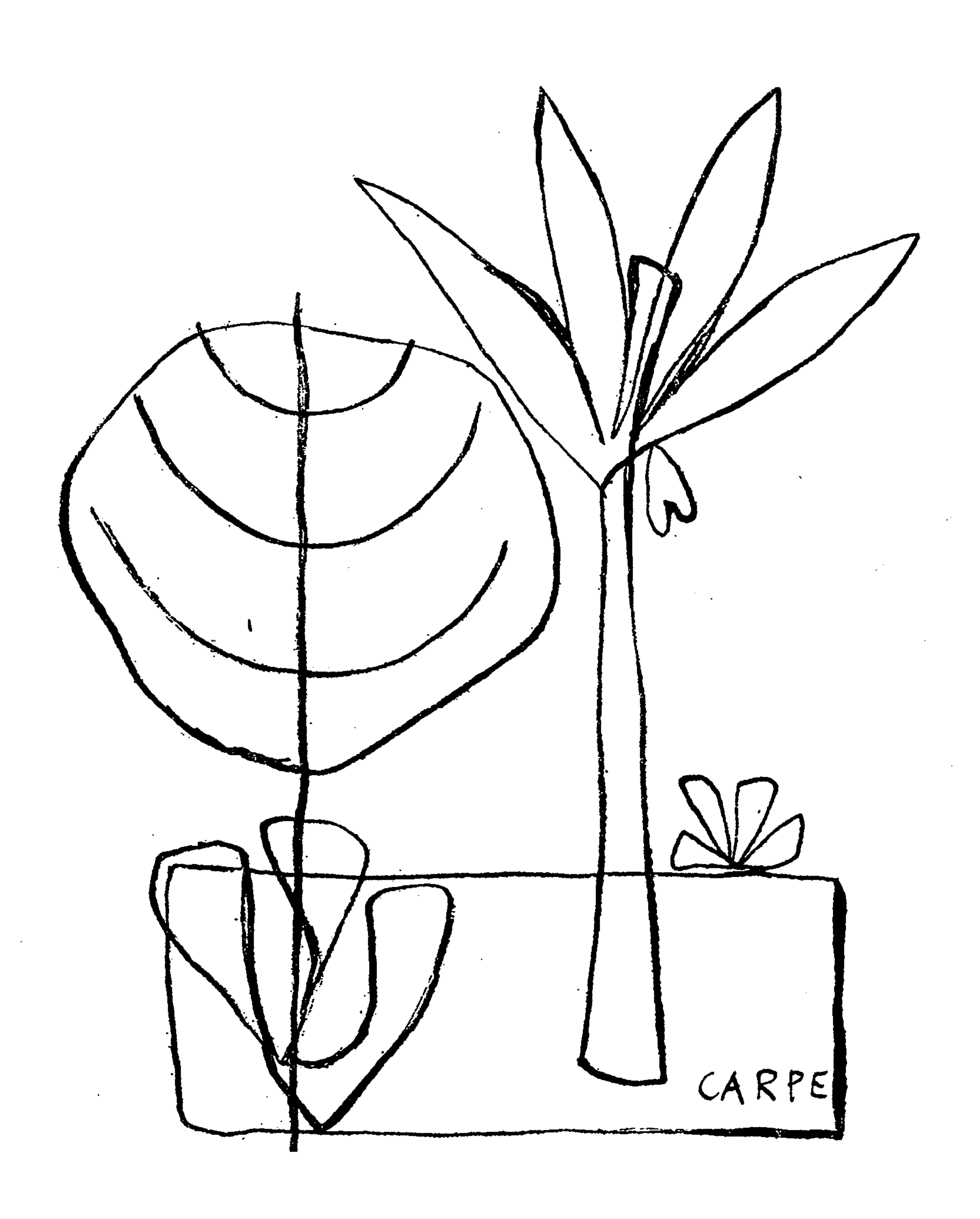
LITERATURA:

La ruta de los conquistadores, por Waldo de Mier. Madrid, 1954. 21,5 × 14,5 centímetros. 45 ptas.

INDICE

Páginas

Portada y dibujos del pintor español Antonio Carpe.



NUESTRO TIEMPO

LAS COORDENADAS DEL HISPANOAMERICANISMO

POR

HUGO MUÑOZ GARCIA

LA ABSCISA

No hace cinco siglos que una porción de tierra ignorada meciase apacible al dulce arrullo de las olas. Dos océanos, custodias fieles de la riqueza y virginidad del continente, golpeaban sus costas en el silencio de las noches como en el murmullo de los amaneceres. En las mismísimas entrañas de esos vastos dominios, unos seres extraños se agitaban al compás de la danza de un mutismo absoluto. Nadie sabía de ellos, ni ellos conocían a nadie. Una cortina de niebla espesa, tejida con los gruesos hilos de la ignorancia, cubría la desnudez de su cuerpo, mientras, al otro lado, un emporio de soñadores, ávidos de aventura, iba paso a paso desflorando la inmensidad del planeta.

Fueron el Atlántico y el Mediterráneo los órganos viriles, bajo cuyos conductos se chorreaba la savia europea con deseos de procreación asombrosa. Islas cercanas, tierras del Asia, parajes de la misma Europa encendían sus mejillas al paso de los invasores.

Parecía bastar y sobrar las descargas energéticas de tan importante medio. El mundo era tan pequeño, tan poco lo necesitado para querer aventurar en lo desconocido. La tierra plana, la parte habitable finalizando en las costas del Atlántico, grandes abismos y cataratas infinitamente colosales no eran un aliciente que llamara a la aventura. Bien valía cerrar las pupilas de las andanzas y volver al dulce sopor de lo conocido.

Un paréntesis de letargo se abrió entonces entre el mundo europeo y el americano, hasta que un sencillo y humilde hijo de Italia, alimentado con las nuevas ideas de la forma de la Tierra, los viajes de algunos marineros y comerciantes hacia el Africa y un deseo vehemente por las empresas arriesgadas hizo que, a finales del siglo XV, cambiara la faz de las cosas.

Chiflado por sus fantásticas alucinaciones constituyóse entonces en el bufón más cuerdo de su tiempo. Blasfemo y herético en su manera de pensar y sentir, hablaba de ir a China y la India por rutas no soñadas por mortal alguno: de Europa por el Occidente,

dandó la vuelta al mundo. Italia, Inglaterra y Portugal cerraron sus puertas al marinero, que, abatido por la incomprensión, viajó a España en pos de ayuda. Gracias a la influencia eclesiástica, al machaqueo hasta chocante de sus proyectos, y quizá también a un azar del Destino, una reina esplendorosa por sí, y recordada especialmente en nuestra Historia por un acto que le coronó de gloria, cooperó decididamente en tan fantástica empresa, como que, en un amanecer sabor de dicha, un oscuro puerto batía soñoliente el pañuelo de la despedida el 3 de agosto de 1492, dando el último adiós a un hombre que llevaba la Italia en sus venas y la España en su corazón.

Dos meses y nueve días fueron suficientes para que los audaces navegantes desgarraran el misterio del mar y el silencio de otras tierras. Habían llegado, según su creencia, a Cipango y Catay.

En esta sublime inconsciencia permanecieron españoles, italianos y portugueses que, en cumplimiento de una noble y trascendental misión, habían tocado porciones verdaderamente continentales de Panamá, Venezuela, Brasil y Argentina. Necesario se hizo que Américo Vespucio, un continuador de las glorias de Colón, explicara que esta "tierra incógnita" constituía una masa continental muy distinta, para que los europeos comprendieran la maravilla que tenían ante sus ojos. Desde entonces, la posteridad ingrata y mezquina comenzó llamando al Nuevo Continente "tierra de Américo" o "América", en lugar de Colombia, que era el calificativo más justo y honrado que podía asignársele.

La incógnita no pudo ser despejada, sin embargo, sino cuando Vasco Núñez de Balboa tropezó con el Océano Pacífico; Hernando de Magallanes y Sebastián de Elcano daban la vuelta al mundo por el estrecho de Magallanes, surcando precisamente las aguas del Pacífico, y las expediciones interiores, que en apoteósicas andanzas emprendieron los conquistadores en los siglos XVI y XVII, fijaron como en una pantalla estática las impresiones naturales y humanas de estos pueblos aborígenes, distintos de aquellos que habían hollado sus plantas de vagabundos.

Conmoción débil, es cierto, pero firme, constituyó este primer conocimiento del suelo americano. La ruta quedó abierta de par en par, y por sus puertas, anchas y sin cortapisas, miles y miles de pioneros de una gran cruzada iban penetrando hacia la conquista de El Dorado, sueño fantástico que se perdía en la calenturienta imaginación de los insatisfechos viajeros.

Vino entonces la lucha de dos sistemas de vida: el europeo, delineado por un espíritu individualista, con una concepción dis-

tinta de los problemas y una religión propia, que chocaba con el régimen económico agrario del colectivismo, el culto al Sol o el panteísmo diversificado de América. La conquista encierra no sólo un fenómeno político, por el cual las coronas auspiciadoras de la empresa reciben grandes extensiones de tierras e incontables riquezas. Significa, ante todo, un cambio profundo en las realidades mismas de los pueblos americanos. Junto al soldado marcha el sacerdote, lo que equivale a decir que, junto al imperio de la fuerza terrenal, viaja la del espíritu. La organización social, económica, política y religiosa da un gran viraje, quizá sin bases previas, sin análisis anteriores, como no ocurrió tal vez con la América del Norte, en donde los cuáqueros llevaron desde el primer momento un plan de trabajo colonizador y "el ímpetu de su energía creadora en busca de libertad". No exageraríamos, por lo mismo, al decir, como lo hacen los profundos pensadores de la realidad americana, que desde aquí pueden irradiar las verdaderas diferencias del destino de los pueblos y la poca consistencia política de los países que nacieron bajo la inspiración hispánica.

Débiles y amedrentados ante la superioridad de la técnica, los aborígenes ceden ante las pretensiones del conquistador. El arcabuz, el caballo, pueden a la flecha del indio, que se siente incapaz de lanzarse certera. España y Portugal vencen al fin de cuentas, y en el escenario americano se perfilan dos situaciones: o el indio se somete a las ambiciones extranjeras o huye del alcance del blanco. Hispanoamérica confronta ambos casos. En el primero, el andar de los tiempos se encarga de dar una nueva tonalidad al auctóctono, y, en el segundo, ni los siglos han sido capaces de transformar estos residuos numerosos, espejos vivientes de lo que fué una cultura sepultada y trabas verdaderas para el engrandecimiento actual de las naciones.

Los dos grandes Imperios (el de los incas, configurado con lo que corresponde en nuestros días a Bolivia, Perú, parte de Chile, Ecuador y parte de Colombia, con su organización *sui generis*, y el azteca, en el Norte, con su peculiar manera de ser) quedan reducidos entonces a una unidad social, económica, política y religiosa distinta. A la modorra de los pueblos auctóctonos sustituye la dinamia de una raza milenaria con toda la secuela de bondades y pujanzas, es cierto, pero de contradicciones e inconvenientes también, que tiene su expresión más precisa en el largo y discutido período colonial.

En este panorama de incertidumbre comienza el siglo XIX, soplando corrientes de libertad. Sobre el lomo de los mares de Euro-

pa arribaba a tierras indias la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, nacida bajo la inspiración francesa de su Revolución, que prendió, junto con otros muchos factores, la tea de la rebelión en los pueblos americanos. Nacieron los propagandistas de ideas avanzadas: Miranda, Espejo, O'Higgins y Moreno, en el Sur; Hidalgo y Morelos, en el Norte, junto con los Cabildos, instituciones que representan una naciente democracia criolla, son, a no dudarlo, los puntales más sólidos de una segunda transformación en el continente americano. Ejecutores de ella no tardan en aparecer. En efecto, en la gran palestra de la Revolución asoman Bolívar, San Martín, en el Sur, y en el Norte, luego de la ejecución de Morelos, Guerrero e Itúrbide toman el comando de la acción emancipadora, que se extiende amenazante por los cuatro puntos cardinales, hasta que, en 1830, las metrópolis habían sido arrebatadas de la casi totalidad de sus dominios, instituyéndose en su lugar los Gobiernos soberanos de los países independientes.

Nacen los Estados autónomos con ansias del gateo. Se dictan las normas constitucionales que han de inspirar sus realizaciones. Cada cual tira para su lado, y las apacibles tierras de antaño se convierten de pronto en una especie de incubadora de funestas pretensiones. Las clases dominantes, que creen tener derecho para regir el destino de los hombres y de los pueblos, no cederán un paso, y dispuestas están, como lo han hecho, a organizar el nuevo sistema de acuerdo con su voluntad. Se establece entonces una supremacía y se entabla una lucha a muerte en estos pueblos, que recién comienzan a desenvolverse en rutas de liberación política, lo que tantos perjuicios nos ha ocasionado, porque han sido, a no dudarlo, las causas fundamentales para que los pueblos hispanoamericanos reaccionaran continua y violentamente en contra de los tutelajes nefastos y oprobiosos por su sentido absolutista de dominación, redundando en falta de cooperación y acercamiento entre los conglomerados humanos, que se alinean en nuestro continente, ya que están abocados a diarios problemas nacionales aún no resueltos, que representan la vida misma de ellos.

El deseo de resolver lo nuestro, para proyectarnos a tratar el de los demás, impide la ayuda mutua. Hay que sanear el mal propio para comenzar a hacerlo con el ajeno.

LA ORDENADA

Consecuentes los pueblos con los factores que alimentan su desenvolvimiento, van jalonando paso a paso el progreso, que es la meta final que, en mayor o menor grado, aspira todo conglomerado

humano. En estos de Hispanoamérica se nota esta tendencia, pero con algo de autarquía. Falta cooperación en el empuje, a pesar de la identidad de los elementos étnicos, espirituales y materiales que lo conforman. En los últimos tiempos se ha visto (y por qué no confesarlo) una laudable tendencia a conocerse más de cerca, a tratar los problemas de todos desde el punto de vista de todos. La última conflagración mundial fué el toque de llamada para que el hombre de Hispanoamérica comprenda la necesidad de vincularse con sus semejantes. La furia desatada en los campos de Europa clamaba más que nunca la hora de la cohesión; pero América parecía sorda, y más de una vez se sintió la frialdad del aislamiento. El tronar de los cañones anunciaba con sus grandes estampidos la "interdependencia de los Estados y los pueblos de Hispanoamérica, aferrados a los dogmas de la soberanía". El panorama de entonces ha cambiado; pero falta voluntad para afrontar los problemas y sentido común para resolverlos. Verdad que el sentido común es el menos común de los sentidos, como dijo Chesterton. Sin embargo, y a pesar de la verdad que encierra esta frase, todo puede salir a pedir de boca si hemos de considerar que el destino de Hispanoamérica está en nuestras manos. El hombre hispanoamericano debe meditar serenamente en lo bondadosa y sabia que ha sido la Naturaleza para con él.

Quizá somos únicos con tantas prebendas. No confrontamos la diversidad de razas, idiomas, costumbres, religiones con caracteres marcados, como el continente europeo y cualquiera otro, por ejemplo. Si Norteamérica, con su cultura y pensamiento distintos, no hiciese disonancia con los otros pueblos de esta porción geográfica, bien podríamos decir de modo absoluto aquella frase, un tanto profética, que expresara el diplomático mexicano Luis Quintanilla cuando manifestaba: "América es un continente. Comparativamente, Asia, Africa, Europa y Australia son simples ficciones geográficas. América es el único continente integralmente unificado y distinto. América llena el hemisferio occidental con su grandeza solitaria. Es libre, horizontal y verticalmente, del Este al Oeste, del Norte al Sur, de un océano al otro y de un Polo al otro Polo." Los pueblos hispanoamericanos viven estos momentos el período de su juventud, fuertes y abundantes de salud y bienestar. El futuro depende de nosotros, y podemos hacer de él lo que nuestra voluntad nos ordene. Cuando ella actúe, no olvidemos la responsabilidad frente a los destinos propios y ajenos. Sólo con armonía en los procedimientos, con firmeza en las resoluciones y con fe en el porvenir se puede llegar a puerto seguro. Por felicidad, los

hispanoamricanos no andamos del todo ciegos. La venda que cegaba nuestros ojos por obra y gracia de una funesta irresponsabilidad ha sido hecha jirones. Un horizonte de esperanza nos ilumina, y decididos estamos a conquistarlo. Para ello no estaría mal que la luz de la razón, la planificación de nuestros esfuerzos y el practicismo de nuestras realizaciones sean las hadas madrinas que guíen nuestros pasos.

Entonces, Hispanoamérica puede comenzar su larga jornada teniendo en cuenta los siguientes enunciados: *cooperación económica ajustada a las realidades de cada país; diversificación de las economías nacionales; presencia de capitales, con las limitaciones que la independencia económica de los países requiera; industrialización de los pueblos; elevación del nivel de vida de los pueblos; sistemas monetarios saneados; acercamiento continental por las comunicaciones internas e internacionales; abolición de las trabas que impiden el libre comercio; cambio profundo en el Derecho internacional; estabilidad política de los pueblos; constante intercambio de hombres e ideas.*

A base de ellos es posible que el porvenir sea brillante. Pueden faltar, como de hecho faltan, otros muchísimos aspectos. Algunos encuadrados ya en lineamientos anteriores y otros no contemplados porque los considero secundarios, dada la amplitud y generalidad de los expuestos. Un pequeño desarrollo de los mismos servirá de ilustración para lo que se afirme y de punto de apoyo para lo que se concluya.

COOPERACIÓN ECONÓMICA AJUSTADA A LAS REALIDADES DE CADA PAÍS

Es un axioma económico el que todos producen algo, pero nadie produce todo. Con excepción de los Estados Unidos de Norteamérica y la U. R. S. S., no existen otros pueblos en el mundo que puedan bastarse a sí mismos. La interdependencia económica es una realidad. Si analizáramos las economías de nuestros países, encontraríamos que esta verdad se pone de manifiesto. Argentina, con su carne y trigo, abastece a los países que de estos productos requieren. Ecuador con el arroz, Colombia con el café y Venezuela con el petróleo realizan igual labor. Nada mejor para comprobar lo afirmado que valernos de las cifras estadísticas. En el año de 1942, más de un 8 por 100 de las exportaciones de México fueron a diversos países latinoamericanos. El año 1947 arroja resultado seme-

jante, contrastando todo esto con lo que señalaba el año 1938, las que ni siquieran llegaban a un 1 por 100. Los datos de los últimos años casi llegan al 12 y 13 por 100. Argentina es quizá el país que va a la vanguardia del abastecimiento económico hispanoamericano. El año 1951 nos indica que Argentina vendió al Brasil 123.574.000 dólares, adquiriendo a su vez de aquel país 122.539.000 dólares. En el mismo año, Colombia realizó con el Perú transacciones comerciales por un valor de 8.074.000 dólares, y Uruguay con Venezuela operaciones idénticas por un total de 16.069.000 dólares. Todo esto nos está indicando que la economía constituye la piedra angular sobre la que debe levantarse la cooperación en los países de la América Hispana. Claro que por las múltiples circunstancias que conforman la estructura económica de cada pueblo, este intercambio económico tiene que hacerse ajustado a las realidades de cada país. No es posible exigir a Bolivia o Paraguay lo mismo que podemos esperar de Brasil o Argentina. Hay que calcular las posibilidades de cada uno para exigirle el aporte para el bienestar de todos.

DIVERSIFICACIÓN DE LAS ECONOMÍAS NACIONALES

El intercambio económico que hemos venido enunciando no es posible cuando en las naciones de esta parte del mundo existen economías mal balanceadas y equilibradas. El monocultivismo parece ser la pauta dé las economías en la mayoría de los países hispanoamericanos. Hasta hace poco, Cuba se defendía con el azúcar; Chile, con el cobre y los nitratos; Brasil y Colombia, con su café; Ecuador, con el arroz, etc. De esta manera no es posible hablar de economías nacionales desarrolladas. Así parece que comprendieron los pueblos hispanoamericanos, como que, durante la depresión de 1930, realizaron un inaudito esfuerzo para intensificar las industrias locales, incrementar la agricultura y abrir mercados en los que puedan evacuarse los excedentes de producción. Esto, que era de vital importancia, se vió aumentado con la pérdida de los mercados europeos por causa de la última guerra, la que, a no dudarlo, dió origen para que los hermanos de Hispanoamérica aceleraran grandemente el desarrollo del que estamos preocupados.

La mayoría de las naciones que conforman lo hispanoamericano han estado interesadas en la producción de materias primas. Exportando en grandes cantidades las riquezas nacionales e importando de la misma manera los productos elaborados. La industria-

lización ha venido a paso de tortuga. Se puede contar con los dedos de una sola mano los países que tienen industria en período de desarrollo. Se hace, pues, urgente que estos pueblos diversifiquen su economía. Que la estructuren sobre bases sólidas. Hay que comprender, de una vez por todas, que el subjetivismo de la soberanía e independencia no tienen razón de ser sin el respaldo económico. Quienes enuncian el imperio de cien libertades en los países débiles por su economía, están hablando en el aire. Debemos principiar por los cimientos y no por la armazón. América es tierra propicia para trabajar. A base de sus experiencias podemos levantarnos. No estaría por demás crear un sistema económico hispanoamericano inspirado en las nuevas concepciones de la materia. Como joven, como americano, creo firmemente que el trasplante de ideas económicas, sin aclimatarlas al terreno en el que se quiere que germinen, resultan peligrosas. Esto no obsta para estudiar la bondad de los modernos postulados a la luz de nuestras propias realidades. Si la razón nos aconseja, adaptémoslos con entereza, sin temor ni reticencias, que aquello que implica transformación positiva no hay por qué temerlo.

PRESENCIA DE CAPITALES CON LAS LIMITACIONES QUE LA INDEPENDENCIA ECONÓMICA DE LOS PAÍSES REQUIERAN

Huelgan comentarios respecto a la necesidad de capitales que tienen los pueblos hispanoamericanos para acrecentar su desarrollo (1.000 millones de dólares anuales, según cálculo de la C. E. P. A. L.). El capital es un elemento indispensable para construir la grandeza de los Estados. Somos enemigos del imperialismo económico porque lo estimamos nocivo, y bien sabemos que este coloniaje comienza con los créditos que un país da a otro. Sin embargo, procederíamos con ceguera al no admitir que la presencia de capitales es fundamental para los pueblos que comienzan a desenvolverse. El capital es la fuerza motriz que impulsa a la agricultura, minería, industria, etc., por lo que no podemos relegar su importancia. Hay sólo que evitar el espíritu belicoso que trae envuelto la presencia de capitales. Y ello es fácil conseguirlo cuando éstos proceden de un Estado que no tiene interés político en el desenvolvimiento de otro y va destinado no a cubrir déficit ni lagunas presupuestarias, sino a incrementar las existencias económicas de una nación. Con gran acierto, el internacionalista ecuatoriano doctor

Eduardo Salazar Gómez, en su conocida obra *Convulsiones del hemisferio americano,* expresa lo siguiente: "El capital-producción, el capital-construcción, el capital-fomento debe ser bien venido, salvo que provenga de la parte oficial de un Estado que tiene interés político en el desenvolvimiento de otro." "El capital oficial, el capital administrativo debe ser siempre materia de estudio microscópico, de análisis cuidadoso; su aceptación es, por lo menos, de *dudosa ortografía.*" Y es que esta última clase de capital tiene siempre un interés preconcebido, como que no levantaríamos calumnia manifestando que él es el verdadero opio de los pueblos, y que estos de Hispanoamérica han bebido el narcótico por algunas décadas. Momentos ha habido que los capitales extranjeros han copado los horizontes patrios con ferocidad inaudita. De ello, nada provechoso se ha sacado, porque no hemos procedido con cordura. Hemos estado acostumbrados a recibir capitales vengan de donde vinieren, creyendo que de ellos depende nuestra salvación. Fantástica creencia, que se ha estrellado con la realidad de las cosas. Lecciones que han costado lágrimas y risas, pero que nos ponen alerta para proceder en el futuro "con estudio microscópico y análisis cuidadoso".

INDUSTRIALIZACIÓN DE LOS PUEBLOS

Ya hemos indicado anteriormente que los hispanoamericanos hemos estado preocupados en la producción de materias primas, sin considerar los enormes perjuicios que ello nos reportaba. Ahora es necesario que pensemos que, junto a la producción de estos elementos, tenemos que realizar la transformación de ellos, industrializando los países, pues no puede escapar al buen sentido que la industrialización crea consumidores, tanto nacionales como internacionales. Las relaciones hispanoamericanas serán más sentidas cuando los países se coloquen en igual categoría: de industriales a industriales, que de agrícolas a industriales o de industriales a agrícolas, porque de este modo queda abolida la supremacía, que es la gran plataforma que envanece la importancia de un Estado y lo convierte en padrastro protector de otro. Los pueblos hispanoamericanos podemos industrializarnos. Nos hace falta tan sólo capitales, pues los otros elementos indispensables para la industrialización (materias primas y trabajo) los tenemos en abundancia. Así lo entendió por felicidad Nelson Rockefeller cuando en alguna ocasión manifestaba: "Estos pueblos han proporcionado millones de dólares en materiales estratégicos (refiriéndose a los hispanoamerica-

nos); y ¿qué quieren en compensación? Quieren tener la oportunidad de industrializarse para desarrollar sus recursos naturales y transformarlos." He aquí la gran y mejor tarea de Hispanoamérica toda. Por ella podemos y debemos luchar. Por ella lucharemos.

ELEVACIÓN DEL NIVEL DE VIDA DE LOS PUEBLOS

Lamentable desde cualquier ángulo que se enfoque ha sido el nivel de vida de los pueblos hispanoamericanos. Los habitantes, en la mayoría de estas naciones, viven en malas condiciones. La clase media, abundante como ninguna, es quizá la que más perjuicios ha sufrido. Con excepción de contadísimas personas, el voluminoso conglomerado humano de los desposeídos ni siquiera conoce los adelantos de la técnica. Habitaciones antihigiénicas; alimentación, más que mala, pésima; privación de todo lo que significa *confort*, etcétera, son características que conforman la razón de ser de estos ciudadanos. Bastará, a modo de ilustración y para corroborar lo afirmado, presentar someramente el promedio aproximado de los ingresos *per capita* y familiares que correspondió a Hispanoamérica y a los Estados Unidos en 1952: 211,45 dólares y 1.068, respectivamente, para los primeros, y 1.862 dólares y 6.176, en su orden, para los segundos. En semejante situación parece ridículo hablar de cooperación entre los pueblos si éstos todavía necesitan la dedicación de sus mismos habitantes para cohesionarse en debida forma. En ocasión propicia indicamos que era fundamental solucionar los problemas internos para hacerlo los externos. Ahora volvemos a recalcar lo mismo, convencidos que lo que abunda no daña, y, por el contrario, sirve para rectificar errores y enfocar con claridad los nuevos derroteros.

SISTEMAS MONETARIOS SANEADOS

Aun cuando nos duela, debemos confesar que la moneda hispanoamericana, con raras excepciones, ha ido a la deriva. El poder adquisitivo de ella es deficiente. Deficiente para lo interno y deficiente para lo internacional. Y como si esto no fuera poco, la desgracia se aumenta con el comercio exterior, el que se realiza con el patrón dólar. Grandes cantidades de dinero son necesarias para cubrir el monto de lo que en dólares significa. La moneda

latinoamericana se deprecia en general debido a múltiples factores, entre los que descuella la tan bullada inflación. Esta, que es hoja de parra para cubrir proyectos fracasados, es también morbo para enfermar economías. Y las de Hispanoamérica han estado casi siempre atacadas de este mal. León Henderson, al referirse a la inflación, manifiesta: "Una pequeña inflación es como una pequeña preñez: crece por sí misma en quien la tiene." No importa —dice el doctor Salazar Gómez— que sea grande o pequeña la inflación, pues éstas son "palabras demagógicas para presentar el caso mejor o peor vestido". Lo grave es la inflación, y con eso basta. Y es que ella trae consigo una serie de complicaciones que repercuten en muchos aspectos, y de manera especial en la moneda, con lo que se transforma radicalmente el *standard* de vida de los pueblos. El National Industrial Conference Board nos presentó un cuadro demostrativo de la inflación desde 1939 hasta comienzos de 1944, observando que la circulación de papel en los países latinoamericanos ha aumentado en la siguiente proporción: "Argentina, en un 72 por 100; Brasil, en un 134 por 100; Chile, en un 167 por 100; Colombia, en un 125 por 100; Ecuador, en un 258 por 100; Perú, en un 210 por 100; Uruguay, en un 43 por 100; Venezuela, en un 111 por 100; Costa Rica, en un 196 por 100; Cuba, en un 191 por 100; México, en un 270 por 100; El Salvador, en un 187 por 100, etc." Creemos que la situación ha mejorado desde entonces; mas no podemos pecar de excesivo optimismo para estimar que ella ha dejado de constituir un grave y delicado problema.

ACERCAMIENTO CONTINENTAL POR LAS COMUNICACIONES INTERNA E INTERNACIONALES

Por mandato de la Naturaleza, los Estados se han visto aislados por montañas, océanos, selvas y desiertos. Esto ha repercutido grandemente en las relaciones entre ellos, pues han estado privados de un mayor acercamiento por imposibilidad física. Acercamiento en la industria, el comercio y el espíritu, lo que ha dado lugar a la ignorancia entre naciones y, por ende, a la desconfianza. El automóvil, el barco, el avión, etc., han servido para acortar distancias. Ya no resulta problemático el trasladarse de un lugar a otro por muy distante que éste sea. Hispanoamérica ha hecho mucho en este sentido. Si no, que lo diga la gran carretera panamericana, las líneas aéreas que unen los principales centros comerciales y ese gran ensayo, que puede tener mayores proporciones, y que debe te-

nerlo, con la flota mercante Gran Colombiana. No estaría por demás pensar en la formación de Compañías aéreas, terrestres y marítimas con capitales exclusivamente hispanoamericanos, que vayan y vengan a los mercados hispanoamericanos. Si esta visión futurista pudiera realizarse, habremos puesto la primera piedra de la cooperación y concordia prácticas.

ABOLICIÓN DE LAS TRABAS QUE IMPIDEN EL LIBRE COMERCIO

Parece un mal congénito el de Hispanoamérica el querer corchar sus fronteras con verdaderas murallas chinas. Las trabas que se ponen al libre comercio son tan exageradas y cuantiosas que las mercaderías que pasan de un lado al otro casi lo hacen sin cabeza. Verdad que algunas nacieron por restricciones de la segunda guerra mundial y por seguridad de las naciones. Pero ahora que la conflagración terminó hace mucho tiempo, deben también terminar tan absurdas imposiciones. No se puede realizar ningún intercambio cuando a él se lo ata por el cuello. Y sabemos como la tabla de multiplicar que países que no se unen por intereses comerciales no pueden, en el plano de las consideraciones prácticas, juntarse por otros. Hablamos de entendimiento, pues entendamos primero que si no abrimos de par en par las puertas de las fronteras no podremos tener ni entreabiertas las del corazón.

CAMBIO PROFUNDO EN EL DERECHO INTERNACIONAL

La vida internacional, con sus constantes transformaciones, nos indica que es necesario realizar un cambio profundo en el Derecho internacional. No es posible que persista en pleno siglo XX aquel viejo concepto de soberanía, hermético y orgulloso, de antaño. El profesor Alejandro Alvarez dice: "Es menester efectuar un cambio profundo en el Derecho internacional del porvenir, de conformidad con la independencia de los Estados y las nuevas condiciones de vida internacional." Hay que mantener la independencia de un Estado, pero subordinada a los intereses colectivos. Lo que hace una década ocurría a una nación, y que en nada nos interesaba, puede ahora ser de vital importancia en el mundo. Precisa despejar prejuicios, amenguar ambiciones para vivir en paz. La libertad nacional no puede ser ilimitada. Ella se detiene en donde principia el derecho de los demás, y este derecho es el fundamental

para la cooperación entre las naciones. Ya no podemos hablar en función de ciudadanos de tal o cual nación para solucionar un problema. Debemos hablar en función de ciudadanos de América, como soñaba Enrique Rodó cuando manifestaba: "Cabe levantar, sobre la patria nacional, la patria americana, y acelerar el día en que los niños de hoy, los hombres del futuro, preguntados por el nombre de su patria, no contesten con el nombre del Brasil ni con el nombre de México, sino que contesten con el nombre de América." "Hay que estar convencidos de que somos ciudadanos de Hispanoamérica, con el mismo tipo de fe que nos hace sentirnos ciudadanos de cada una de nuestras patrias. Y hay que tener la convicción íntima de que el ser ciudadano de un país hispanoamericano supone—con los derechos y deberes consiguientes—la afiliación de Hispanoamérica", al sentir del eminente profesor uruguayo don Carlos Lacalle. Sólo cuando tengamos conciencia de americanos podremos marchar adelante en la conquista de las más caras aspiraciones.

ESTABILIDAD POLÍTICA DE LOS PUEBLOS

Con gran sentido del humor, el filósofo chino Lin Yutang expresa en su libro *Entre lágrimas y risas:* "En lo que China difiere esencialmente del Occidente es en tres repugnancias: la repugnancia hacia el soldado, la repugnancia hacia la Policía y la repugnancia hacia el abogado..." La América Hispana en general ha tenido que soportar en los últimos tiempos una vorágine incontenible de sublevaciones y volteretas, la mayoría de las cuales han sido patrocinadas por elementos militares. Varios Gobiernos de *facto* se han instaurado a lo largo de la América como una verdadera epidemia. En semejantes condiciones no es posible para los pueblos desenvolver sus actividades con la tranquilidad que los complicados y elevadísimos problemas de Estado requieren. Esta situación ha preocupado sobre manera a los organismos regionales de América, que han tratado por todos los medios de poner coto a semejantes anomalías.

Los Gobiernos se han cambiado, como las fichas de un juego de ajedrez, sin resultados beneficiosos. Los cuartelazos a nada conducen, y deben ser aplastados donde nazcan, porque son un peligro para la democracia. No estaría por demás pensar en la creación de un Comité hispanoamericano, que sea el encargado de instruir a los Gobiernos miembros la posición que deben adoptar

en caso de un Gobierno de *facto*. Este Comité analizaría serenamente la situación producida, las razones que la hayan motivado y los efectos que van a tener. Puede entenderse este principio como una intervención. Pero ya indicamos en el análisis precedente que el concepto de soberanía tiene que evolucionar, porque, de otra manera, sería contemplar el derrumbamiento de un pueblo con el beneplácito y carcajadas de los demás.

CONSTANTE INTERCAMBIO DE HOMBRES E IDEAS

Es lamentable el desconocimiento que existe entre los pueblos hispanoamericanos. Los venezolanos conocen a Eloy Alfaro, Juan Montalvo y González Suárez, del Ecuador, y los ecuatorianos, a Bolívar, Sucre y Bello, de Venezuela. De Chile apenas podemos mencionar a O'Higgins, Diego Portales y a algún otro personaje, y nada más. El contacto espiritual con Cuba se cierra en los límites de Martí y Antonio Maceo. No sabemos lo que somos ni lo que podemos ser los hispanoamericanos. Se hace necesario, por lo mismo, un mayor acercamiento entre los pueblos. Que vengan y vayan los libros, estudiantes, políticos y trabajadores. Con honrosas excepciones, los diplomáticos cumplen a cabalidad la misión a ellos encomendada. La mayoría estima que, con los banquetes ofrecidos en tal o cual ocasión, ya se han estrechado los vínculos espirituales, y eso basta. Si pensamos en entendimiento, debemos conocernos, como cosa primordial. Si no lo hacemos, ese entendimiento se realiza a ciegas, como un viajero que desea conocer un paraje en noche oscura y lluviosa. El conocimiento nada cuesta, y, sin embargo, vale tanto. A las deudas que los hispanoamericanos habremos de saldar algún día con la Madre Patria, habrá que agregar necesariamente los invalorables servicios que para el cumplimiento de tan noble postulado nos ha proporcionado el Instituto de Cultura Hispánica y el Colegio de Nuestra Señora de Guadalupe, ejemplos institucionales de intercambio, colaboración y acercamiento eficaz entre las naciones de su estirpe.

CONCLUSIONES

Conocidas las causas del distanciamiento hispanoamericano, que se remontan a épocas históricas, las consecuencias, que resultan ociosas analizarlas, porque se desprenden lógicamente que ellas son:

falta de cooperación en lo económico, social, cultural, el nomimportismo, aislamiento, egoísmo, etc., etc., de estos pueblos; las medidas que pueden tomarse en cuenta para tratar de corregir el mal, tócanos ahora ver las repercusiones que esta falta de armonía podría tener con el andar de los tiempos en la conservación de la paz mundial.

La Historia Universal nos cuenta que fueron el Indostán y la China en el Oriente las que llevaron el timonel de la civilización en épocas anteriores. Luego, el norte de Africa, con Egipto y Cartago, no podían sustraerse a la influencia en el mundo. Posteriormente, Europa, con griegos y romanos, encendieron la antorcha de la luminosidad en todos los órdenes de la cultura, luminosidad que ha continuado con franceses, alemanes, italianos, españoles, etcétera. Hoy, que la vieja Europa parece que va cumpliendo su misión en el mundo, la América toda será la llamada a dirigir los destinos de la Humanidad. Consecuentemente, Hispanoamérica entrará por derecho propio en el puesto director. La conflagración que terminó nos da la razón de lo afirmado. América se presentó como un solo bloque y triunfó. A no dudarlo, el hombre hispanoamericano desempeñará en el futuro un papel preponderante. En el siglo XIX, Hispanoamérica quizá no pesaba en el concierto universal. Pero en el XX y siguientes, dada la juventud, dinamismo, recursos, etc., de estos pueblos, vendrá a constituirse en el fiel de la balanza internacional, que marcará la inclinación de los platillos según el peso de ellos. Precisamente por esta razón es necesaria la cohesión hispanoamericana, así como la preparación que ella debe tener para dirigir los destinos del mundo. Me atrevo a calificar a Hispanoamérica como el polvorín de los siglos posteriores.

Si una chispa llegara a tocarlo, bien podría saltar la Humanidad en pedazos. Y esto por obra y gracia de la Historia.

Hugo Muñoz García.
Blasco de Garay, 8.
MADRID.

Madrid, diciembre de 1955.

DESARROLLO HISTORICO DE LAS RELACIONES FRANCOALEMANAS Y SU INFLUENCIA SOBRE LAS DIFICULTADES ACTUALES

POR

EL MINISTRO VON MERKATZ

Constituye un gran honor para mí hablar en esta Asamblea ante ustedes, que se han fijado una meta generosa, o sea alentar, sobre la base de una conciencia cristiana, la existencia común, pacífica y amistosa entre los pueblos. Sin embargo, para llegar a ello es necesario aprender a conocerse mejor; por esta razón es necesario acabar con numerosos prejuicios, muchos de ellos sumamente arraigados, y que se transmiten de generación en generación. Vuestra amable invitación, que os agradezco con toda sinceridad, la he recibido con una alegría tanto mayor cuanto que se trata aquí de entablar un diálogo "entre franceses y alemanes". En efecto, yo pertenezco a ese grupo de personas—que, gracias a Dios, hoy día no son raras—que están convencidas de que Alemania y Francia deben "reencontrarse" si se quiere que Europa tenga, como todavía tiene, un futuro. Constituye esto un hecho totalmente objetivo: sus primeros frutos pueden observarse ya en algunas organizaciones europeas, como el Consejo de Europa y la Comunidad Europea del Carbón y del Acero, a las cuales me cabe el honor de pertenecer como miembro de sus Asambleas.

Me he referido a los prejuicios, que tanto entorpecen las relaciones entre los pueblos. Estos prejuicios, desgraciadamente, han sido nutridos muy a menudo por experiencias molestas, que—y digo esto con toda sinceridad, como alemán, pensando en los años posteriores a 1933—provienen del abuso del poder, y que, por tanto, constituyen las consecuencias de los errores y de la insuficiencia humanos. Los prejuicios pueden sustituirse por juicios exactos; el error, en cambio, ha de reconocerse para poderlo reparar y debe delimitársele para poderlo perdonar. De esta manera solamente será posible un nuevo comienzo. Muy peligroso resultaría querer excusar el propio error con los errores de los demás, ya que semejante cuenta no podría ser nunca hecha efectiva. Permítaseme citar, a este propósito, a un historiador francés, Henri

Brunschwig, que ha escrito, en el número correspondiente a noviembre de *Politique Etrangère,* lo siguiente:

"Los franceses y los alemanes han guardado en su espíritu algunas razones sólidas de desconfianza y de resentimiento. ¿Qué alemán, hoy día, no *recuerda* las fechorías de las tropas de Luis XIV en el Palatinado y las apetencias de Richelieu o de Napoleón III sobre Renania? ¿Qué francés *no recuerda* asimismo que, para los alemanes, *la fuerza está por encima del derecho?*"

Por otro lado, resultaría una terrible simplificación pretender analizar la historia, más que milenaria, de las relaciones franco-alemanas como una sencilla cadena de errores y de violencias. En efecto, constituye un principio fundamental en la investigación histórica no aplicar a una época más normas que aquellas que corresponden a las fuerzas que actuaban en esa época. Como dice un proverbio alemán, "una vez terminada la misa, todo el mundo conoce el tema del sermón". ¿Debemos, acaso, lamentarnos, como de un error histórico trágico, de que el Imperio cristiano de Occidente creado por Carlomagno—Imperio que integraba en su seno a todos los pueblos germánicos del continente y a la mayoría de los latinos—fuera dividido entre sus nietos? Es evidente que la separación de Franconia occidental y de Franconia oriental, escisión cuyos términos fueron fijados por los Tratados de Verdún (843) y de Mersen (870), provocó una evolución diferente para los dos países; evolución que originaría más tarde la formación de Estados nacionales completamente independientes. Pero esta formación de espacios limitados a un plan nacional, ¿podía, acaso, haber sido evitada a la larga, y manos menos firmes que las de Carlomagno habrían podido mantener centralizado el poder sobre una estructura política de tan grande amplitud? Además, si, bajo los últimos carolingios, se siembra el germen de lo que debía fructificar más tarde en la discordia en Europa, ¿se paga un precio demasiado caro por la diversidad de formas intelectuales, que debían distinguir, más que a ningún otro, a este continente, y que, de hecho, no podía surgir más que de la lucha entre fuerzas opuestas? He aquí bastantes preguntas. ¿Quién se atrevería a darles una respuesta definitiva?

Sin embargo, el sentimiento de una comunidad era bastante fuerte todavía en las capas sociales dirigentes del Occidente en esa época (príncipes, nobleza, clero) para acabar siempre con las oposiciones políticas que tenían lugar. Son los mismos ideales de la caballería andante los que inspiran a la nobleza europea; es la misma cultura, nacida en las cortes principescas, la que florece en

toda Europa, y cuyos frutos son llevados más allá de las fronteras de los países donde han surgido por los trovadores franceses y los *Minnesänger* alemanes, primer ejemplo de intercambio cultural entre franceses y alemanes. Finalmente, es la cristiandad europea la que se lanza a la aventura común que son las Cruzadas para libertar el Santo Sepulcro.

Sin embargo, es precisamente en esta época cuando ocurre un acontecimiento que anuncia la diferencia—más tarde se marca más aún—entre la evolución histórica de Alemania y la de Francia. Quiero referirme aquí a la batalla de Bouvines, en 1214, en la que el rey de Francia Felipe Augusto derrotó a los ingleses y a su aliado, el emperador alemán Otton IV. Constituye para Francia una victoria nacional, celebrada más tarde por sus historiadores como el primer gran triunfo sobre Alemania; y para Alemania es la batalla librada sobre territorio extranjero, que decide la suerte de la guerra de sucesión entre el güelfo Otton y el gibelino Federico II, siendo éste, por su lado, el aliado de Felipe Augusto.

Si comparo ahora la evolución posterior en nuestros dos países, espero que me disculparán el que la considere como alemán: el contorno de la Historia difiere—a pesar de todos los esfuerzos que puedan realizarse para alcanzar la mayor objetividad del contorno—según el punto de vista del observador. Asimismo nosotros conocemos las crisis severas que tuvo que soportar todavía Francia a lo largo de la guerra de los Cien Años, que libró contra Inglaterra. Pero veamos, sobre todo, el siguiente contraste: mientras la unidad de la nación francesa surgía, cada vez más grande, de todas estas luchas y de todos estos disturbios, y estaba firmemente establecida, desde el siglo XV, por Luis XI, el Sacro Romano Imperio Germánico, destrozado por luchas interiores, se desploma cada vez más.

Los alemanes no podemos hacer responsable de esta quiebra política a nadie más que a nosotros mismos, y, en sustancia, esta verdad la hemos sabido siempre. Baste recordar aquí aquellas palabras que dicen que "el desacuerdo es el mal hereditario alemán". La política francesa ha sabido sacar siempre el mayor partido posible de estos "desacuerdos" de los alemanes, y supo actuar a este respecto siguiendo la máxima de aquella época, que afirmaba: "La desgracia de unos hace la felicidad de los otros." De esta manera, Europa, desde principios del siglo XVI hasta el siglo XX, fué escenario de complicaciones bélicas, constantemente renovadas, que hicieron que se perdieran, incluso, hasta los últimos recuerdos de una comunidad europea. Así puede llegarse a

la alianza de Francisco I con el sultán de Turquía en sus guerras contra el emperador Carlos V. Era el principio de la lucha por el predominio en Europa; el gran duelo entre Francia y la casa de Ausburgo, apoyada esta última por Austria y por España. Y fué precisamente durante esta lucha cuando se conformó el motivo dominante de la política extranjera francesa: jugar contra el poderío imperial de los Estados territoriales de los príncipes alemanes y mantener así en Alemania la anarquía en el Estado. Esta política, a la cual van unidos los nombres de Richelieu y de Mazarino, fué coronada de éxitos: bajo Luis XIII y Luis XIV, Francia se convirtió en la potencia dominadora de Europa. El Tratado de Westfalia, de 1648, acabó definitivamente con el poderío de la casa Ausburgo en Alemania: el Sacro Romano Imperio Germánico se había convertido para el mundo entero en un objeto de burla. Jacques Bainville juzga de la siguiente forma el sentido que tuvo este Tratado: "Nuestra victoria era la victoria del particularismo alemán; la derrota del emperador era la derrota de la unidad alemana." Más tarde surgió la Revolución Francesa, acontecimiento histórico que transformó el aspecto político y la actitud intelectual de toda Europa. Los ideales mantenidos por la Revolución incendiaron también a la juventud alemana, que se encontraba de lleno en la época de *Sturm und Drang,* y que había sido educada siguiendo las enseñanzas de Rousseau. Sin embargo, cuando pasada la Revolución los Ejércitos de Napoleón invadieron Alemania, los alemanes sintieron que despertaba en ellos el sentimiento nacional, que, con toda naturalidad, se volvió en contra de Francia. Bien es verdad que aún subsistía en ese sentimiento un cariz de bondad: "El alemán no tolera al francés, pero le gusta beber su vino."

El período que siguió fué coronado por el signo de las tendencias nacionalistas e imperialistas, que dominaron absolutamente durante el siglo XIX, y que, finalmente, habrían de desembocar en la catástrofe. Cuando Bismarck, cuatro siglos después de Luis XI, comienza a estructurar el Estado nacional alemán, Francia, que habíase acostumbrado a tener, en su frontera del Este, un conglomerado de pequeños Estados, y Estados de poca importancia, que rivalizaban entre ellos, se sintió provocada: "¡Venganza, por Sadowa!" Y así fué como la guerra de 1870 fué considerada por los franceses como una invasión alemana, mientras que, por el contrario, para los alemanes constituía el último medio para acabar con el adversario tradicional de la unidad del Reich. Para Bismarck, Francia era la nación que, "desde hace trescientos años,

ha adquirido la costumbre de entrar en nuestra casa por *fractura*". Para los franceses, Bismarck era el imperialista brutal con botas de coracero. La anexión de Alsacia y Lorena fué para el pueblo alemán una recuperación plenamente justificada de un antiguo territorio del Imperio. (Hay que reconocer que Bismarck no incluyó en esta anexión el territorio de lengua francesa de Metz más que bajo la presión de los militares.)

Francia no pudo nunca—y tampoco lo quiso—resignarse a la pérdida de estas dos provincias, y la actitud de los alsacianos y loreneses le ayudó mucho en este aspecto. Así pudo cerrarse el círculo vicioso del que parecía imposible poder salir. La desconfianza y la hostilidad eran los caracteres dominantes en las relaciones francoalemanas. Bismarck se daba perfecta cuenta de ello cuando escribía, el 20 de diciembre de 1872, en unas instrucciones al embajador de Alemania en París, conde de Arnim: "La manera clarísima, con la cual, después que la paz ha sido firmada, el odio nacional contra los alemanes es atizado y proclamado por todos los políticos en Francia, no nos permite dudar en absoluto de que todo Gobierno, cualquiera que sea el partido que represente, considerará la revancha como su principal empresa."

Estas posiciones se acentuaron aún más después de principios del siglo XX. La crisis marroquí fué el primer relámpago, al que había de seguir pronto la catástrofe: la primera guerra mundial. También en esta guerra, los alemanes, lo mismo que los franceses, estaban convencidos de que combatían por una causa justa.

¡Y nos enfrentamos con Versalles! Hoy sabemos perfectamente que este Tratado de paz no pudo deshacer el nudo trágico de la rivalidad francoalemana. Esta vez era Francia la que, por temor a un desquite alemán, sentía inquietud por su seguridad. Las primeras bases para una comprensión y una reconciliación, planteadas durante la época de Briand-Stresemann, no fueron continuadas, ya que la opinión pública no demostraba una verdadera comprensión hacia una política europea constructiva, ni en Alemania, ni en Francia, ni en Inglaterra. Estas primeras tentativas fueron ahogadas completamente por un nacionalismo y un chauvinismo, llevados hasta el frenesí, de los dirigentes nacionales socialistas, que no querían darse cuenta de que todas las tentativas de hegemonía en Europa estaban abocadas al fracaso, en el cual habían desembocado ya en la época de Luis XIV y de Napoleón I.

Al final de la segunda guerra mundial pareció que en Francia no se podían liberar de las categorizaciones tradicionales, que tanto pesaban en el pensamiento político. En 1914 se reclamaba en

Francia—en el espíritu de la política tradicional del *divide et impera* y en el espíritu de los Acuerdos de Yalta—la internacionalización política y económica del Ruhr, la anexión del territorio del Sarre, la separación de la orilla izquierda del Rin del resto de Alemania y la formación de un Estado renano independiente, así como el fraccionamiento del resto de Alemania en pequeños Estados. Sin embargo, pronto hubo de reconocerse que un cambio absoluto se había producido en la situación política internacional. Europa había perdido la posición que tenía en el pasado en la política mundial y constituía un campo en el que se enfrentaban los dos nuevos grupos de fuerzas. Francia se había visto ya obligada a darse cuenta de ello en Yalta y en Potsdam, cuando los "tres grandes" negociaban a puerta cerrada. Estas amargas experiencias llevaron a Francia a revisar, poco a poco, su política exterior.

Un aspecto que ha sido decisivo para la nueva forma adoptada por las relaciones francoalemanas lo constituye el hecho de que las potencias occidentales alentaron la formación de una República federal soberana y la decisión de Francia de participar activamente en una política europea común. La base de esta política es (en Francia lo mismo que en otros países) el deseo, engendrado como una reacción contra el sentimiento de su debilidad, de agrupar a Europa en una estructura política unificada, capaz de afirmarse entre los dos grandes bloques. A esto se añadía el hecho de que la división de Europa en dos partes, una de ellas libre y la otra supeditada a Moscú, hacía imposible para Francia el retorno a su antigua política de alianza con el Este y Sudeste, cosa que le impedía renovar la *Petite Entente.* A todo ello hay que añadir aún la necesidad de una seguridad eficaz frente al Este y la supresión de la antigua rivalidad francoalemana. Finalmente, de esta manera se ha llegado a reconocer, tanto en Francia como en Alemania, que no puede crearse una Europa unida sino sobre una comprensión total y un acuerdo permanente entre los dos países, y que es de capital importancia para toda Europa terminar de una vez para siempre con el antagonismo francoalemán, tal como existía en el pasado.

El punto de partida de los esfuerzos realizados para acabar con este antagonismo y estrechar, en el ámbito europeo, las relaciones francoalemanas estuvo constituído por los encuentros entre Robert Schuman, a la sazón ministro francés de Asuntos Exteriores, y el canciller Adenauer; encuentros que guardan relación con la visita a Bonn de Schuman en 1950. El pueblo alemán agradecerá siem-

pre a Schuman esta iniciativa, que, por razones de política interior, no era fácil entonces de adoptar. El pueblo alemán recuerda muy bien la firmeza con que Robert Schuman se manifestó, en sus discursos públicos y en los que pronunció ante el Parlamento francés, a favor de una solución constructiva del problema de las relaciones francoalemanas.

Desde el mes de mayo de 1950 había sometido a la Asamblea Nacional el plan de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero. Desde su nacimiento, esta Comunidad Europea no solamente se ha transformado en un importante elemento para una política europea común, sino que constituye, además, un testimonio alentador de la posibilidad práctica de una integración europea, provechosa para todos.

La necesidad de esfuerzos comunes en el ámbito de la defensa, necesidad que ha alcanzado un lugar predominante por la crisis europea, originó la iniciativa francesa de crear una Comunidad Europea de Defensa. Las partes contratantes habían previsto la C. E. D. no solamente en su finalidad militar, sino como un elemento decisivo para una unión europea. Al hacer imposibles las guerras entre las partes contratantes, debía ante todo sentar una base sólida para las relaciones francoalemanas. El rechazo del C. E. D. por la Asamblea Nacional Francesa, en el mes de agosto de 1954, provocó una crisis no sólo de la política europea en su conjunto, sino también en las relaciones francoalemanas.

Sin embargo, la firma del Tratado sobre la Unión Europea Occidental, realizada algunos meses más tarde, y la inclusión de la República Federal en la organización del Tratado del Atlántico Norte son pruebas de la fuerza que tienen las corrientes que, en el interior de la propia Francia, arrastran hacia una política europea, y especialmente hacia un acuerdo con Alemania.

Un acontecimiento que tuvo importancia decisiva sobre la evolución posterior de las relaciones francoalemanas fué el encuentro, en el mes de octubre de 1954, del canciller Adenauer con Mendès-France, a la sazón presidente del Consejo de la República francesa, en Celle-St. Cloud, cerca de París. Este encuentro mostró una vez más, y con mayor evidencia, que una cooperación directa y estrecha entre Francia y Alemania sobre el plano político, cultural y económico, no solamente era posible, sino necesario.

El Tratado comercial francogermano, concluído durante el verano último, por una duración de tres años, consecuencia de las negociaciones de la Celle-St. Cloud, otorga a las relaciones económicas entre ambos países una base sólida y, a la vez, permanente.

La República Federal ocupa hoy día un lugar privilegiado en la lista de los intercambios comerciales franceses, no sólo como cliente, sino también como abastecedor. La creación de la Comisión agrícola francoalemana y de una Cámara de Comercio francoalemana, en junio de 1955, constituyen un doble elemento más para el fortalecimiento de las relaciones económicas entre Francia y Alemania.

Con una especial satisfacción, empero, la opinión pública alemana ha comprobado que el Gobierno francés se inclina por la reunificación alemana, en el sentido de la política federal, y que adoptó, durante la Conferencia de Ginebra, una actitud plenamente clara sobre este punto. Este hecho es, desde el plano psicológico, de extraordinaria importancia, ya que este patente cambio en la política exterior francesa es susceptible de reforzar la confianza del pueblo alemán. Por otro lado, la política alemana proseguirá sus esfuerzos para lograr la confianza del pueblo francés.

El peso de la hipoteca, constituído por el problema del Sarre, y que había pesado sobre las relaciones francoalemanas, ha disminuído también. La reacción francesa con motivo del rechazo del estatuto del Sarre ha estado lleno de moderación no solamente en lo que respecta a la reacción oficial, sino también a la opinión pública, y esto también puede considerarse como un buen augurio para la evolución futura. Un paso importante en el camino de una solución constructiva del problema del Sarre se realizó con la visita efectuada por el ministro francés de Asuntos Exteriores, Antoine Pinay, al canciller federal Adenauer durante la Conferencia de Ginebra. Lo opinión pública alemana sabe que el presidente Pinay se ha declarado siempre favorable no solamente a una política europea, sino también a un arreglo francoalemán. Por esta razón, se ha enterado con satisfacción de que los dos hombres de Estado habían convenido en buscar juntos, dentro de un espíritu europeo, una solución nueva al problema del Sarre. A pesar de numerosos fracasos se admitirá, cada vez más, como lo han demostrado los acontecimientos de los últimos años, la necesidad de una política europea común. El núcleo de esta política lo constituye el entendimiento francoalemán. Por tanto, son más las consideraciones de política realista, fundadas menos sobre los sentimientos que sobre la objetividad, las que definen las relaciones entre los dos países. No considero, de forma alguna, este estado de cosas como un inconveniente: un matrimonio de conveniencia tiene, por lo general, base más sólida que un matrimonio de amor, y, de todas formas, nuestra época tiende a pensar objetivamente. Sin embargo, el desarrollo de una asociación de buena

vecindad entre Francia y Alemania sería coartado por el resentimiento emocional e histórico. Me cabe afirmar, basándome en mi experiencia personal, que este resentimiento disminuye rápidamente de intensidad en el pueblo alemán: la catástrofe de 1954 ha preparado el terreno. Por otra parte, comprendemos que ha de ser difícil para el pueblo francés, que vive tan profundamente inmerso en su tradición y en su pasado, olvidar el recuerdo de dos guerras mundiales, de una invasión, de una ocupación, de los campos de concentración, etc. Y, sin embargo, el hecho de que el resentimiento nacional, o mejor dicho "nacionalista", no se remonte en su forma radical más que al último tercio del siglo XIX, nos hace tener fundadas esperanzas de que sean definitivamente suprimidos.

No queremos, sin embargo, desconocer el hecho de que el pueblo francés y el pueblo alemán hayan desarrollado, en el curso de su larga historia, formas de vida y de pensar que son tan características como diferentes. En este aspecto, consideramos todavía a Alain Poher y al conde Spreti; por ello sólo diré algunas palabras sobre este punto. Nietzsche dijo un día: "Como *pueblo del centro,* en todos los sentidos del término, los alemanes son más incomprensibles, más extendidos, más llenos de contradicciones, más desconocidos, más insondables, más temibles para ellos mismos que lo son para ellos mismos los demás pueblos. Escapan a la definición, y por este hecho desesperan a los franceses." Otros han subrayado el contraste entre lo que se llama dinamismo de la naturaleza alemana y el sentido que los franceses tienen de la medida y de la forma, de lo que es firmemente seguro y constante.

Sea como sea, cabe la pregunta de si esta diferencia de naturaleza constituye verdaderamente un antagonismo inevitable e irreconciliable; o bien, por el contrario, más bien refleja, completándose, toda la diversidad del espíritu occidental, de ese espíritu que tiene sus raíces más profundas en la fe cristiana. Nosotros apoyamos esta diversidad porque apoyamos a Europa.

Traducción al castellano de
Manuel García Miranda.

FENOMENOLOGIA Y MARXISMO EN EL PENSAMIENTO DE MAURICE MERLEAU-PONTY

POR

GONZALO PUENTE OJEA

El existencialismo de Merleau-Ponty solamente es comprensible en el contexto de la fenomenología. El movimiento iniciado por Husserl fecundó corrientes de pensamientos dispares, pero con una intuición fundamental común: la de que la raíz y el sentido de los problemas filosóficos hay que buscarlos en las estructuras *humanas,* tal como se ofrecen con anterioridad a la tematización de las ciencias positivas con sus prejuicios objetivistas. La fenomenología es, en su significación más radical, una ciencia del *hombre* en cuanto instaurador de sentido, y, por esto, el fundamento de una antropología en su significación filosófica radical. Tal es, en rigor, la *fenomenología existencial* de Merleau-Ponty.

Ahora bien: la temática y la perspectiva de esta fenomenología existencial son, en cierta medida, los resultados de un largo proceso de maduración de la fenomenología misma—en el que la experiencia heideggeriana ocupa un lugar central—y, al mismo tiempo, de la incorporación en un molde original de elementos espirítuales intensamente operantes en la circunstancia intelectual europea: Hegel—sobre todo el de la *Fenomenología del espíritu*—, Kierkegaard, Marx, Nietzsche, etc., son otras tantas experiencias filosóficas que gravitan activamente en la intuición creadora de Merleau-Ponty.

Nos proponemos estudiar la peculiar matización que imprime Merleau-Ponty al conjunto de la fenomenología y a sus temas capitales. Pero queremos desarrollar este análisis en dos tiempos, cuya secuencia puede parecer, a primera vista, innecesaria, pero que es ineludible desde nuestro punto de vista: para valorar exactamente la originalidad y el carácter de la fenomenología existencial de Merleau-Ponty es preciso considerar atentamente el resultado general de la obra de Husserl—aun con el carácter provisional de que ha de estar afectado cualquier juicio sobre este filósofo—, y concretar así el nivel problemático desde el cual Merleau-Ponty acomete la tarea de su propio filosofar. Nuestro análisis esquemático

del pensamiento de Husserl tenderá a destacar sus aspectos más relevantes, de acuerdo con la intención que nos guía: introducir al existencialismo de Merleau-Ponty en sus motivaciones más profundas. Al efecto, no evitaremos la cita, cuando el caso lo aconseje, de cualquier clase de textos que presenten con fidelidad y coherencia el pensamiento husserliano o su interpretación más plausible.

Como parte final, intentaremos exponer con brevedad las líneas de la filosofía humanista de Merleau-Ponty, al hilo de su interesante crítica del marxismo. En un primer momento, nuestra intención se concretaba a esta exposición; sin embargo, en seguida se hizo patente la imposibilidad de analizar las posiciones de Merleau-Ponty en este asunto fuera del marco total de su pensamiento y sin un análisis previo de su fenomenología. Su último libro, *Les aventures de la dialéctique,* comienza con estas palabras: "Para tratar los problemas a los que tocamos aquí es necesaria una filosofía de la historia y del espíritu." Precisamente esta filosofía es, en Merleau-Ponty, existencialismo fenomenológico.

I

1. De modo general, puede caracterizarse la obra filosófica de Edmund Husserl como el intento de explicar el misterio del ser por su presencia objetiva en la conciencia; es decir, como la voluntad de encontrar, a través del análisis estructural de la conciencia, en su doble vertiente noética y noemática, un conocimiento absoluto, en el que vinieran a integrarse y revelar su sentido las verdades del saber efectivo acumulado incesantemente por las ciencias empíricas (1). Desaparecido Husserl, y conclusa así su fecunda vida filosófica, podemos preguntar cuál ha sido el resultado de ese ensayo de racionalización de la experiencia por el método fenomenológico.

En 1931 se traducía al castellano el estudio de Teodoro Celms, discípulo de Husserl, titulado *El idealismo fenomenológico de Husserl* (2), escrito con especial referencia al período abierto con la aparición de las *Logische Untersuchungen,* en su segunda edición, refundida, y las *Ideen zu einer reinen Phänomenologie und phänomenologischen Philosophie,* ambas de 1913; en ese trabajo

(1) Cfr. Quentin Lauer: *Phénoménologie de Husserl. Essai sur la genèse de l'intentionalité.* París, P. U. F., 1955, pág. 390.
(2) Versión española de José Gaos. Madrid, Revista de Occidente, 1931.

escribe Celms: "Husserl afirma con toda decisión que el mundo espació-temporal ès, por su sentido, una mera constitución intencional de la conciencia pura, y fuera de esto, una pura nada, es decir, que este mundo puede reducirse, sin dejar residuo, a la conciencia pura" (3). Y señala como pieza clave en tal sentido todo el capítulo III de la sección segunda de *Ideen* (4).

En efecto, Husserl declara allí que "*el ser de la conciencia,* de toda corriente de vivencias en general, *quedaría sin duda necesariamente modificado por una aniquilación del mundo de las cosas, pero intacto en su propia existencia*". La aniquilación del mundo "no implica que quedaran excluídas otras vivencias y otros órdenes de vivencias; lo que nos muestra es la apodicticidad de la existencia de la conciencia, en el sentido de que, por principio, *nulla "re" indiget ad existendum*" (5). Así, queda descubierta la equivocidad radical de términos como *ente, objeto,* cuando se aplican por igual a las modalidades del ser inmanente o trascendente. "Ser inmanente o absoluto y ser trascendente quieren decir, sin duda, ambos "ente", "objeto", y tienen, a no dudarlo, ambos su determinado contenido objetivo; pero es evidente que lo que se llama objeto y determinación objetiva en ambos casos, sólo se llama así según las categorías lógicas vacías. Entre la conciencia y la realidad en sentido estricto se abre un verdadero abismo de sentido." Ningún puente puede tenderse entre ambas; la única relación que las comprende es una relación que está más acá de toda realidad fáctica y se inscribe por entero en la estructura última de la conciencia; mejor dicho, en una relación que *define* la conciencia: la *intencionalidad.* El mundo espacio-temporal, en su totalidad, es un "mero ser intencional por su sentido", un ser que, por principio, "sólo es intuíble y determinable en cuanto es el algo idéntico de multiplicidades motivadas de apariencias—pero que, *además de esto,* no es nada—" (6).

Parafraseando a Husserl, dice Celms que "la afirmación de que el mundo es una constitución de la conciencia significa que está condicionado por un sistema de sentidos o de proposiciones motivado, en último término, intuitivamente. Y si el mundo es justamente este mundo y no otro, es porque en la conciencia pura hay este sistema de motivación y no otro". La conciencia pura habría

---

(3) *Ibídem,* pág. 126.
(4) Cfr. *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica,* trad. esp. de J. Gaos. Méjico, F. de C. E., 1949, págs. 108-131.
(5) *Ibídem,* pág. 113.
(6) *Ibídem,* 114. Los subrayados, mientras no se señale otra cosa, son del autor citado.

podido tener otros sistemas de motivación, y entonces hubiesen existido correlativamente otros mundos. Frente al carácter absoluto de la conciencia pura fenomenológica queda la *contingencia mundi;* y respecto no del mundo como totalidad—como orden de ser espacio-temporal concordante en todas sus partes—, sino de la trascendencia en cuanto referencia ineludible de la conciencia intencional—no existen actos de conciencia de mera dirección inmanente—, Husserl reitera su tesis idealista al advertir que "no se debe dejarse engañar, pues, por la expresión de trascendencia de la cosa frente a la conciencia o "ser en sí" de la cosa. El auténtico concepto de trascendencia de la cosa, que es norma de toda proposición racional sobre la trascendencia, no cabe sacarlo de ninguna otra parte que no sea el contenido actual y propio de la percepción, o bien de los complejos de índole bien determinada, que llamamos experiencia comprobatoria. La idea de esta trascendencia es, pues, el correlato eidético de la idea pura de esta experiencia comprobatoria" (7).

Esta perspectiva idealista trascendental de *Ideen* se apoya toda ella, como muy exactamente indica Tran-Duc-Thao, en la teoría de la cosa material *(Ding),* que conduce de los objetos *reales* a los objetos *intencionales;* la realidad empírica queda absorbida, pero despojada precisamente de sus predicados reales. "*El acceso al dominio fenomenológico se hace así por el descubrimiento de la idealidad del objeto.* Se trata, evidentemente, de una idealidad *trascendental,* en tanto que se identifica a la *realidad empírica*" (8). Más adelante veremos la importancia que tiene en el desenvolvimiento husserliano la consideración privilegiada de los estratos materiales en los análisis de constitución.

Una formulación idealista tan inequívoca habría de sorprender a los lectores españoles, para los que el término *fenomenología* había venido evocando un modo de pensar los problemas filosóficos de estilo predominantemente realista; el Husserl más conocido en los medios intelectuales era, sobre todo, el Husserl de la crítica del psicologismo, el que ofrece la primera parte de *Investigaciones lógicas,* al fin vertidas al castellano dos años antes (9). La sorpresa había sido mucho más intensa todavía bastantes años antes en la propia Alemania; el año 1913 fué un año crítico para

---

(7) *Ibídem,* pág. 109.

(8) Cfr. Tran-Duc-Thao: *Phénoménologie et Matérialisme dialectique.* París, Ed. Minh-Tan, 1951, págs. 74-76. Este libro ofrece la crítica de fondo más seria hecha a la obra de Husserl, apoyada en una interpretación atrevida, pero que se propone ser, ante todo, fiel al contenido de dicha obra. Utilizaremos con frecuencia muchas de sus aportaciones a la inteligencia del intento de Husserl.

(9) Versión española de M. García Morente y J. Gaos. Madrid, Revista de Occidente, 1929.

la escuela husserliana. Thao describe con vigor la crisis: "La fenomenología—escribe—había debido sus primeros éxitos al realismo implicado en el análisis de las esencias. No se trataba solamente de la afirmación de un *en sí* del universal. La *Wesenschau* pretendía alcanzar *la esencia misma de las cosas, el ser de lo existente* en todas sus formas posibles. La tesis era afirmada más bien que demostrada; pero Husserl transmitía su convicción por el ejemplo viviente de su pensamiento. Los inmensos horizontes que descubría contrastaban con el frío intelectualismo de los criticistas universitarios. Ciertamente, los análisis "subjetivos" no faltaban; pero no parecían incompatibles con la posición de un *en sí.* La teoría ontológica de *la cosa misma* no hace sino completarse por la descripción de las vivencias en las cuales nos es *dada.* La doctrina de la reducción, expuesta desde 1907 en los cursos, no había explicitado aún su presupuesto fundamental: la idealidad del objeto. Igualmente, los oyentes habían reparado poco en ella. La aparición de las *Ideen* en 1913 provocó una estupefacción general. El idealismo trascendental era referido allí mismo al texto de la *Crítica de la razón pura.* "El término objeto es para nosotros, dondequiera que sea, un título para formas *a priori* de enlace en la concencia." *(Ideen.)* La fenomenología se define como "eidética de la conciencia purificada por la reducción trascendental": el campo tematizado era concreto, pero no se lo estudia más que en su esencia y, en cuanto que el *a priori* de la subjetividad define precisamente la objetividad del objeto, no se hacía sino reconsiderar los temas gastados del criticismo." Y concluye: "Los discípulos protestaron violentamente en nombre de la tradición oral. La nueva orientación de la doctrina les aparecía como un abandono de la inspiración fenomenológica auténtica. Husserl veía aumentar su prestigio día a día en los medios universitarios y en el extranjero: ya no habría de conocer jamás esta cálida atmósfera de entusiasmo que hizo la celebridad de la escuela de Gotinga" (10).

Las breves indicaciones que hemos expuesto, relativas al análisis de la reducción fenomenológica del mundo físico, permiten valorar la significación idealista de la obra de Husserl al nivel de *Ideen,* y el peculiar matiz de un idealismo que, pese a la honda y no querida influencia kantiana, conserva una gran originalidad, toda vez que la estructura de la intencionalidad hace posible una

---

(10) Cfr. *op. cit.,* págs. 76-77. En las páginas siguientes, Thao hace una exposición valorativa de la actitud de los neokantianos ante la nueva inflexión del pensamiento de Husserl, en especial de la respuesta de E. Fink a las críticas de Kreis y Zocher (1930-1932).

actitud de máximo respeto a cualquier clase de contenido noemático del análisis. Celms caracteriza con justeza y propiedad este idealismo fenomenológico al indicar "que está caracterizado de la manera más neta y se distingue de todos los restantes idealismos porque (...) reduce el mundo de las cosas a la conciencia pura fenomenológica, es decir, al yo puro fenomenológico, con sus componentes de vivencia reales e ideales, mientras que, por ejemplo, el idealismo trascendental considera como imposible por principio reducir el mundo de las cosas a los *yoes* individuales, con sus momentos de vivencia, y, por el contrario, reduce todo lo que es cosa a una "conciencia general" supraindividual" (11). Sin embargo, parece que el estatuto de esa conciencia fenomenológica no fué jamás precisado de modo satisfactorio, y no permitió una fundamentación suficiente de los análisis concretos. Los planos psicológico y trascendental, los momentos noéticos y noemáticos, el yo empírico y el yo trascendental eran perfectamente deslindables en el cuadro conceptual de la problemática metodológica; pero perdían la pureza de sus perfiles en el trabajo operatorio de las constituciones intencionales.

No obstante, Celms concluye que, en todo caso, el "idealismo fenomenológico de Husserl no está trazado de antemano por el método fenomenológico", y que es separable de éste; el idealismo sólo comienza en el momento en que Husserl pasa desde la reducción fenomenológica en cuanto reducción de toda consideración objetiva (trascendente) a la consideración de los correspondientes modos de conciencia, a la reducción fenomenológica en cuanto reducción del ser objetivo (trascendente) al ser de los correspondientes modos de conciencia. El énfasis en esa separación caracteriza aún hoy el patetismo del esfuerzo por anexar las posibilidades del método sin pagar el tributo de un planteamiento idealista.

En 1929, Husserl pronuncia en alemán cuatro conferencias en la Sorbona, bajo el título de *Einleitung in die transzendentale Phänomenologie*, origen de las *Méditations cartésiennes*, publicadas en francés en 1931, obra que, por lo que afecta a la forma más sistemática de su filosofía, constituye la última versión del pensamiento de Husserl (12). En las *Meditaciones* se desenvuelven y radicalizan las líneas directrices de *Ideen*, en una construcción de impresionante arquitectura y que elimina en parte considerable el margen de cierta ambigüedad que ofrecía el pensamiento riquísimo de su obra anterior.

---

(11) Cfr. *op. cit.*, pág. 126.
(12) Cfr. Lauer, *op cit*, págs. 304 y sigs.

En el proceso de búsqueda de un absoluto en el que asentar el sistema de las ciencias, Husserl había llegado, en la época de *Ideen*, a la afirmación de la subjetividad trascendental en cuanto *a priori* que circunscribe todo el saber. En las *Meditaciones* traza el proceso de esa misma subjetividad, realizando así la última identificación de la subjetividad trascendental, en cuanto estructura intencional, y de la objetividad. Veamos brevemente ciertos textos muy expresivos.

Recogiendo lo esencial del momento reductivo, tal como quedaba esbozado en *Ideen*, Husserl ratifica la tesis general de la fenomenología, al decir que "la ἐποχή es el método universal y radical por el cual yo me aprehendo como yo puro, con la vida de la conciencia pura que me es propia, vida en y por la cual el mundo objetivo entero existe para mí, justamente tal como existe para mí" (13). Nada puede sustraerse a la esfera del *ego*, pues el ser se constituye por su racionalización radical; así, el mismo concepto de *trascendencia* es constituído en dicha órbita, pues "esta *trascendencia* pertenece al sentido específico del ser del mundo *(des Weltlilichen)*, aunque no podamos dar a este "mundo" y a sus determinaciones ningún otro sentido que el que sacamos de nuestras experiencias, representaciones, pensamientos, juicios de valor y acciones; de la misma manera que no podemos justificar la atribución a este mundo de una existencia evidente sino a partir de nuestras propias evidencias y de nuestros propios actos. Si esta "trascendencia" de inherencia irreal *(irreellen Beschlossenseins)* pertenece al sentido propio del mundo, entonces el yo mismo, que lleva un mundo en sí a título de unidad de sentido *(Sinneseinheit)*, y que por ello mismo es una premisa necesaria de aquél, este yo se llama *trascendental* en el sentido fenomenológico de este término, y los problemas filosóficos que surjen de esta correlación, problemas filosóficos trascendentales" (14). Hay que señalar aquí, como mero inciso, que el uso histórico del término *trascendental* ha producido una cierta ambigüedad, que la fenomenología no ha tenido el buen cuidado de precisar; esta situación ha contribuído a dejar en una penumbra desazonadora el carácter de la relación de la fenomenología husserliana con las filosofías de la tradición idealista.

Pero el sentido de estos textos es bastante claro: Para Husserl, una fenomenología es válida sólo en la medida en que el ser quede

---

(13) Cfr. *Méditations cartésiennes. Introduction à la Phénomenologie*, traducción de Levinas y Pfeiffer. París, Vrin, 1947, pág. 18.
(14) *Ibídem*, págs. 22-23.

reducido a lo fenomenal—no a lo fenoménico—y, en función de esta reducción, la aprehensión del ser venga a confundirse, en rigor, con su constitución en la subjetividad trascendental, en la conciencia fenomenológica; solamente esta forma de constitución puede garantizar a dicha conciencia de la certeza de lo aprehendido. De ahí que Husserl pueda escribir, en fórmula estricta, fiel al sentido de la fenomenología pura, que "cada forma de la trascendencia es un sentido existencial que se constituye en el interior del *ego.* Todo sentido y todo ser imaginables, que se llamen inmanentes o trascendentes, forman parte del dominio de la subjetividad trascendental, en tanto que constitutiva de todo sentido y todo ser" (15). Esta constitución se efectúa mediante la explicitación de la conciencia intencional. La teoría de la intencionalidad ocupa el centro del idealismo fenomenológico, y rompe con la vieja teoría de la representación: la conciencia ya no es un receptáculo, un reproductor en miniatura. La idea de intencionalidad rompe con el clásico modo de pensar las relaciones de lo interior y lo exterior. "En el idealismo husserliano—advierte Levinas—, el análisis de la intención permite en cada momento definir en qué sentido el objeto es visado y puesto, en qué sentido su existencia es susceptible de verificación. Reconduciendo por intermedio del sentido el sujeto al objeto, Husserl aporta un momento nuevo en el idealismo: la posibilidad de iluminar el sentido íntimo de la trascendencia, el sentido que puede tener la interioridad misma del exterior para cada categoría de objetos" (16). No se trata de absorber las cosas en la conciencia y recomponerlas según esquemas psicologistas; "la intención visa un objeto exterior. La trascendencia del objeto es exactamente lo que es conforme al sentido íntimo del pensamiento que visa, irreductible a funciones matemáticas cualesquiera. La exterioridad de los objetos fluye del absoluto respeto aportado a la interioridad de su constitución" (17). Podemos seguir llamando idealista a este modo de valorar los términos del conocimiento, y en efecto lo es, incluso para Husserl; pero es un idealismo que entiende superar la antigua querella epistemológica, al suprimir la dualidad de mundos e instaurar la conciencia como *intencionalidad.*

Para Husserl, no hay la razón y lo otro: sólo hay ser en cuanto racionalizado; el campo de la conciencia no puede ser trascendido.

---

(15) *Ibídem,* págs. 70-71.
(16) Cfr. E. Levinas: *En découvrant l'existence. Avec Husserl et Heidegger.* París, Vrin, 1949, pág. 33.
(17) *Ibídem,* pág. 50.

La negación temprana del intento de Heidegger encuentra aquí su fundamento. La subjetividad trascendental no podía interpretarse, al nivel de las *Meditaciones*, como un *In-der-Welt-sein*, toda vez que esta estructura heideggeriana supone que, por su existencia concreta, el hombre está de antemano desbordado, trascendido. "La intencionalidad, al contrario, caracteriza una mónada. El hombre conserva el poder de reservarse respecto del mundo, y sigue libre, por este hecho, para efectuar la reducción fenomenológica. En un cierto sentido, la intencionalidad es un *Ausser-der-Welt-sein*, más bien que el *In-der-Welt-sein* de la conciencia" (18).

Si todo ser lo es en cuanto término de una constitución, es claro que la *existencia fáctica* cae fuera del campo de la conciencia y, por tanto, de la filosofía fenomenológica. Si Husserl aceptase la existencia como factor irracional en el ser, quedaría invalidado el ideal de una ciencia *total;* por esto, el ser es exclusivamente "sentido". Ya hemos visto cómo Husserl reintroduce la existencia previamente eliminada, pero no como pura facticidad, sino transformada en la posibilidad de la existencia, "la cual no es sino una expresión de las lèyes esenciales reveladas en el *sentido* del ser" (19); y el problema de la existencia es absorbido en la problemática general del orden de las esencias.

El idealismo fenomenológico concluye, pues, en la afirmación del *ego* trascendental como mónada; pero esto no le impide rechazar formalmente la acusación *solipsista,* en virtud de la explicitación intencional de la experiencia del *otro* y la determinación del dominio trascendental como "intersubjetividad monadológica"—tarea a la que Husserl consagra por entero la *Meditación V*—. Pero no debemos engañarnos respecto del carácter último de esa *intersubjetividad,* al menos en su significación para el conjunto del sistema, toda vez que "el otro, yo lo aprehendo "en" mí, se constituye en mí mismo por la apresentación sin que esté allí presente "él mismo" (20).

---

(18) *Ibídem,* pág. 50. Apoyándose en el sentido de este poder reductivo, Levinas escribe que "la fenomenología de Husserl es, a fin de cuentas, una filosofía de la libertad, de una libertad que se realiza como conciencia y se define por ella". *(Ibídem,* pág. 49.) Este radicalismo de la libertad alcanza su extrema expresión en la metafísica de Sartre.

(19) Cfr. Lauer, *op. cit.,* pág. 409. En la crítica de este fiel expositor, este aspecto es referido a otros momentos endebles de la fenomenología en cuanto "absolutización, etapa por etapa, de la objetividad, por la fundamentación de esta objetividad en la sola subjetividad absoluta". (Véase *ibídem,* pág. 407, y, en general, todo el capítulo VI.)

(20) Cfr. *Méditations cartésiennes,* pág. 127. Husserl denomina *apresentación* al acto que hace el otro *co-presente;* es decir, a "una especie de apercepción por analogía". *(Ibídem,* págs. 91 y sigs.)

En seguida veremos que, como piensan Thao, J. L. Lyotard, etcétera, no parece legítimo que, al nivel trascendental, la explicitación del *otro* pueda hacerse en los mismos términos que la explicitación de la cosa, en especial si se tiene en cuenta que, en la parte inédita de *Ideen,* Husserl subraya la oposición naturaleza-espíritu y la prioridad ontológica del mundo del espíritu *(Geist)* (21). No obstante, podemos preguntar si cabía otra solución a una filosofía que ha hecho del *ego* trascendental el fundamento radical y absoluto; desde el momento en que el problema del *otro* se formule en términos de constitución intencional, la *intersubjetividad* no puede, en rigor, escapar a esta radicalización del *ego.* Todavía en *Die Krisis der europäischen Wissenschaften und die tranzendentale Phänomenologie*—cuyas dos primeras partes fueron publicadas, en vida del autor, en la revista *Philosophia,* de Belgrado, en 1936— mantiene Husserl que "todas las significaciones del tipo Yo y Tú, dentro y fuera, no se "constituyen" sino en el *ego* absoluto" (22). Pero es que la manera insatisfactoria con que pretende resolver el problema del *otro* en cuanto persona no solamente está condicionada por el valor axiomático del *ego* como constituyente universal, sino también por el carácter del análisis constitutivo de las cosas del mundo físico. Como advierte Thao, para mantener una coherencia de base a partir de la afirmación de una existencia absoluta de las personas, y de su manifestación también absoluta, Husserl habría tenido que renunciar al patrón privilegiado de la *Dingkonstitution*—que caracteriza la percepción de los cuerpos físicos como despliegue de siluetas *(abschattende Darstellung)*—, anverso de un idealismo trascendental como negación de la existencia absoluta del objeto, e instaurar una vía de constitución de la cosa material que no la redujese a un equivalente en la conciencia. Naturalmente, esta revisión habría dado como resultado una filosofía nueva.

Husserl sintió su posición idealista no como adventicia, sino como esencialmente vinculada a la fenomenología. Más allá de la fenomenología no hay, en rigor, especulación filosófica; la fenomenología es la filosofía. "Realizada de esta manera sistemática y concreta—nos dice—, la fenomenología es, por ello, *idealismo trascendental,* aunque en un sentido fundamentalmente nuevo." Y añade:

---

(21) Cfr. Paul Ricoeur: *Analyses et problèmes dans "Ideen II", de Husserl,* en el conjunto *Phénoménologie, Existence.* París, A. Colin, 1953, págs. 61-76.

(22) Por supuesto, persiste una tensión, una contradicción, que parece inherente a la fenomenología misma. Cfr. sobre este punto, además del estudio citado de Ricoeur, J. F. Lyotard: *La Phénoménologie.* París, P. U. F., 1954, páginas 33-36.

"La prueba de este idealismo es la fenomenología misma. Solamente quien comprende mal el sentido profundo del método intencional o el sentido de la reducción trascendental—o lo uno y lo otro—puede querer separar la fenomenología y el idealismo trascendental" (23). La asimilación de ambos términos no puede estar expresada de modo más inequívoco; y si se toma en consideración el momento de madurez desde el que dicha afirmación se formula, su importancia no necesita encarecerse. Según Husserl, la incomprensión de su idea de la fenomenología trascendental conduce a los dominios de un psicologismo trascendental *(sic)* que tiende a confundir aquella idea con la de una psicología intencional. En una palabra, se "cae en el absurdo de una filosofía trascendental que permanece sobre el terreno natural" (24).

En el ánimo de Husserl, las cosas no podían ser de otra manera. En efecto, la eliminación de la existencia real por imperativo de la radicalización de la subjetividad trascendental en cuanto fundamento supuestamente absoluto de las ciencias y de la propia filosofía *como ciencia rigurosa,* es necesaria para instaurar una fenomenología infalible y plenamente coherente, es decir, un conocimiento *absoluto* que elimine, si es fiel a sí mismo, la caída en el error. El problema del error, con su alcance tradicional, sólo puede surgir en una filosofía de la trascendencia, no en una filosofía del ser inmanente, "cuya meta es un modo de conciencia en el cual el ser es puesto absolutamente" (25). Si consideramos, por ejemplo, la percepción de cualquier objeto exterior, resulta que es imposible hablar de una falsedad de la evidencia misma, si previamente (ἐπχή) nos hemos negado a poner cualquier clase de trascendencia. "No es fácil de ver—escribe Lauer—cómo esta clase de error puede nunca hacer su reaparición en el campo de las consideraciones fenomenológicas, salvo en la medida en que la actitud natural aflora constantemente para manchar la pureza de aquéllas" (26).

No obstante, esta crítica no debe tomarse en el sentido de descubrir en la fenomenología una debilidad de la que no fuese consciente. Lo cierto es que la propia teoría de la *evidencia,* como modo originario de la intencionalidad y como fundamento del valor rele-

---

(23) Cfr. *Méditations cartésiennes,* pág. 72.
(24) *Ibídem,* pág. 73.
(25) Cfr. Lauer, *op. cit.,* pág. 411.
(26) *Ibídem,* págs. 412-13. Quizá el precio de este aumento de certeza subjetiva de que nuestra aprehensión de las esencias es correcta—el precio de esta filosofía *como ciencia rigurosa*—sea elevado. Tal vez consista en la renuncia a resultados concretos por operar siempre en un plano demasiado formal. Lauer se pregunta "si, habiendo eliminado completamente el error, no nos quedamos con una concha vacía entre las manos". *(Ibídem,* pág. 415.)

vante que reviste la *intuición* en la obra husserliana, instaura una doctrina de la *verdad* radicalmente diferente de la tradicional. La doctrina clásica interpreta la verdad como un *en sí* inmutable, como una *verdad en sí* que hace referencia a un *objeto en sí.* En este sentido, para la filosofía clásica la dificultad consistía en dar forma de ser al error, que sólo podía aparecer como no-ser. La novedad de Husserl estriba en rechazar esa idea de la verdad. Jamás se lograría obtener la evidencia si le fuera preciso poner el absoluto de una verdad en sí; toda vez que la evidencia no es un dato pasivo, "sino—como advierte Thao—un momento privilegiado en el devenir de la vida constituyente, no podría garantizar de manera definitiva las verdades que ella desvela" (27). Una percepción falsa evidencia su falsedad en otra percepción actual; el derecho de la evidencia es el derecho de la actualidad como tal. El hecho de que una fuerza sea vencida por una fuerza mayor "no implica ninguna contradicción, sino que fluye de la noción misma de fuerza" (28). Esta nueva idea de la verdad es reclamada, según la fenomenología, por la experiencia del conocimiento efectivo en cuanto proceso indefinido en el cual la verdad no queda suprimida sino realizada en la propia relatividad de los momentos del eterno devenir de la conciencia como *presente viviente (lebendige Gegenwart).* A esta luz, el error en sentido tradicional no tiene sentido: el error solamente existe como momento superado de una verdad actual. La crítica de Lauer, y la que podría hacerle toda filosofía tradicional, queda desprovista de sentido únicamente si se acepta la gran renuncia que va implícita en la teoría husserliana de la verdad. Advirtamos que esta teoría anticipa lo esencial del pensamiento de Merleau-Ponty en este punto.

2. La orientación idealista de Husserl, en la forma de propósito esquemática en que la hemos expuesto, presenta en el curso de los análisis concretos una complejidad y una riqueza de matices que obligan a considerar toda interpretación de su obra, en cualquier sentido, como sujeta a revisión y esencialmente afectada de provisionalidad (29).

---

(27) Cfr. *op. cit.*, pág. 132.

(28) *Ibídem.*

(29) Como es bien conocido, los Archivos Edmund Husserl, instalados en Lovaina bajo la dirección del reverendo padre Van Breda, realizan un trabajo importantísimo de publicación de la obra completa del filósofo—publicada en La Haya, con el título general de *Husserliana*—, en especial sobre la base de cerca de cuarenta y cinco mil páginas de inéditos, en parte conservados sólo taquigráficamente. Este hecho, unido a la dificultad y complejidad de la fenomenología, imprime un forzoso carácter provisional a todo trabajo de conjunto sobre dicho pensamiento. Como escribe A. de Waehlens, "tan pronto como

La fenomenología posthusserliana ofrece un panorama poco unitario en lo que se refiere a la inteligencia de la obra de su fundador. La línea que se tiene por más ortodoxa insiste en la estricta coherencia del pensamiento del maestro y en la constante y común inspiración de todos los momentos y fases de su filosofía. Así, no solamente rechaza la tesis de "dos filosofías de Husserl"—con una presunta delimitación cronológica—, sino que ni siquiera acepta la tesis de un desajuste interno y relevante entre el cuadro de definiciones formales—que Husserl mantiene, en lo esencial, hasta *Die Krisis*—y los resultados del análisis concreto efectuado en el transcurso de su vida filosófica. Admite, sí, la existencia de "una transformación sensible de las perspectivas, de las afirmaciones, del vocabulario", pero sin que el progresivo profundizar de la investigación comporte, en ningún momento, un alejamiento de su eje (30). Como señala G. Berger dentro de esta línea, la unidad fundamental de la filosofía de Husserl está montada sobre la idea de la subjetividad trascendental: "el Cogito, si es el punto de llegada de una reflexión previa, difícil y prolongada, es también el punto de partida de análisis ulteriores, que Husserl llama "constitutivos". Los dos temas esenciales de la fenomenología son la teoría de la reducción y la teoría de la constitución. Ahora bien: la reducción es la preparación del cogito y las investigaciones constitutivas son su explicitación" (31). Este juicio, formulado en 1941, quiere ser la expresión de una fidelidad estricta a las intenciones del maestro, y ha sido reafirmado recientemente, tras catorce años de estudio y difusión de la obra de Husserl, por Berger, para quien el idealismo fenomenológico sigue siendo, con palabras de Husserl, "nada más que una explicitación de mi *ego* en tanto que sujeto de conocimientos posibles" *(Méditations cartésiennes)*. Segregado del ámbito trascendental de la constitución, incluso el *Lebenswelt* pierde toda su originalidad (32).

Para Berger, "la idea tenaz de una doble filosofía de Husserl

---

se pasa a discutir de la historia de la fenomenología, de la significación profunda de sus diversas consignas, de su compatibilidad y de su jerarquía, del mérito o de la responsabilidad que incumbe a la fenomenología en la eclosión de doctrinas que parecen emparentadas con ella, como, por ejemplo, el existencialismo..., o aún de la legitimidad del desarrollo que la filosofía de Husserl recibe en ciertos fenomenólogos contemporáneos; tan pronto como estas cuestiones son debatidas, la confusión es casi total". (Cfr. Waehlens: *Husserl et la Phénoménologie*, en *Critique*, núm. 55, diciembre 1951, pág. 1045.)

(30) Cfr. Gaston Berger: *Le Cogito dans la philosophie de Husserl*. París, Aubier, 1941, págs. 12-13.

(31) *Ibídem*, págs. 15-16.

(32) Cfr. G. Berger: *L'originalité de la phénoménologie*, en *Les Études Philosophiques*, julio-septiembre 1954, págs. 249-59.

tiene aún por origen la existencia de discípulos más diligentes en desarrollar sus filosofías personales, es decir, de *utilizar* a Husserl, que de traducir la inspiración profunda del maestro y de permanecer fieles a ella" (33).

Sin embargo, la mayor parte de los filósofos que, en una u otra forma, hacen obra dentro de un contexto fenomenológico, no aceptaría probablemente todos los puntos de la tesis de Berger y, *a fortiori,* no suscribiría el pensamiento de Husserl en todos sus aspectos.

No tratamos de zanjar aquí una polémica que, pese a todos los esfuerzos de una interpretación en ocasiones muy inteligente, se mueve todavía en la penumbra respecto del sentido global del pensamiento de Husserl, penumbra que ha sido incrementada por ciertas confesiones últimas del filósofo, que, sin embargo, tampoco ofrecen base suficiente para juicios definitivos, dado el ambiente de intimidad en el que fueron expresadas y la vaguedad de su formulación. En la última etapa de su vida, Husserl escribe en su diario, con cierto patetismo: "La filosofía como ciencia rigurosa, el sueño ha terminado." La filosofía como ciencia rigurosa, ¿no arrastra en su fracaso a la subjetividad trascendental como fundamento radical y absoluto del ser?... ¿Traduce esa confesión el sentimiento, al fin patente, de que la posición de un sujeto de la percepción, incapaz de una reflexión total, obliga a renunciar a esta reflexión total?... ¿O significa, solamente, que la filosofía no puede constituirse como ciencia rigurosa, porque su modalidad es la de un saber que hace justicia a los niveles más modestos del saber vital y que los justifica por igual, sin conferir ningún privilegio a los conceptos científicos?... En su última enfermedad, Husserl confesaba con dolor a sor Adelgundis Jägerschmidt: "Justamente en el momento en que... en las conferencias de Viena y de Praga, después en mi artículo *(Die Krisis),* me he exteriorizado por primera vez con una espontaneidad tan completa y en que he realizado un débil *début,* es en este momento cuando tengo que interrumpir y dejar mi tarea inacababa" (34).

No puede concluirse, respecto del logro de una obra en la conciencia de su autor, por meras alusiones. Sin olvidar, no obstante,

---

(33) Cfr. *op. cit.,* pág. 15. La unidad del pensamiento husserliano es también subrayada por Lauer, para quien los últimos escritos de Husserl no modifican esta unidad en cuanto "conciencia creciente de la subjetividad en el análisis de los conceptos objetivos". *(Op. cit.,* pág. XIV.)

(34) Citado por Walter Biemel en su introducción a la versión francesa, de Paul Ricoeur, de *La Philosophie comme prise de conscience de l'humanité,* aparecida en *Deucalion,* III, 1950, pág. 113.

la gravedad de éstas, analicemos con brevedad ciertos momentos de la obra de Husserl que han sido deliberadamente relegados en las anteriores páginas.

De esta obra puede decirse que el público sólo ha conocido las exposiciones de carácter sistemático; quedaban temporalmente inéditas y siempre inacabadas las investigaciones concretas que, reunidas en un vasto conjunto, ofrecerían, según la intención del maestro, una interpretación filosófica de su método y una serie de ejercicios fenomenológicos encaminados a ejecutar y justificar en el curso del análisis las virtualidades de dicho método. Como decimos, de ese conjunto sólo vió la luz la parte sistemática—*Ideen I*—, con el título general de *Ideen zu einer reinen Phänomenologie und phänomenologischen Philosophie* (35). *Ideen II* e *Ideen III*, aunque casi totalmente redactadas, continúan aún inéditas.

Ideen II se consagra a las investigaciones fenomenológicas sobre la constitución de la realidad en su conjunto, mediante el análisis intencional esbozado en *Ideen I*. El interés de dicha obra, para el conjunto, consiste en que sus análisis aclaran retrospectivamente la *doctrina* idealista, que—como advierte Ricoeur (36)—interpreta, desde 1905, el método fenomenológico, cuya expresión sistemática plena se ofrece en las *Meditaciones*.

El análisis intencional de estos ejercicios de constitución toma siempre como "guía trascendental" un *sentido* ya dado en un objeto, y consiste en ir separando y perfilando las intenciones múltiples que se entrecruzan y anudan en ese *sentido*. El guía trascendental general de esos análisis es la realidad en su conjunto *(die gesamte Realität)*, que se articula en dos grados, la realidad como "naturaleza" y la realidad como "mundo espiritual" *(geistige Welt)*; a su vez, en la Naturaleza se analiza la "naturaleza material" y la "naturaleza animal o psíquica". De esta manera, la cosa, el alma y el espíritu son los tres temas reguladores de *Ideen II*.

Sin entrar en el detalle de este trabajo constitutivo, indiquemos algunas de sus consecuencias. Por lo pronto, el resultado de estos análisis está lejos de despejar toda ambigüedad, y no permite la interpretación coherente y radical que ofrecería *Meditaciones cartesianas*. Se desprende "progresivamente del análisis intencional —dice Ricoeur—una curiosa polaridad, que no deja de recordar la polaridad kantiana del idealismo trascendental y del realismo

---

(35) Aparecidas en 1913, en el célebre *Jahrbuch für Philosophie und phänomenologische Forschung*.

(36) Cfr., para una exposición suficientemente minuciosa y clara, Paul Ricoeur: *Analyses et problèmes dans "Ideen II", de Husserl*, en *Phénoménologie, Existence*. París, A. Colin, 1953, págs. 23-76.

empírico. *Ideen II* no trabaja en el sentido de disipar el prestigio de las ideas de realidad, de naturaleza, ni el prestigio de las ciencias objetivas del hombre; muy al contrario: enraizándolas en un trabajo *(Leistung)* de conciencia, la fenomenología las justifica y las erige frente a la subjetividad trascendental..." (37). Pero una polaridad todavía más comprometedora para la unidad sistemática es la que surge entre el mundo natural y el mundo espiritual. En *Ideen I* ya aparecía la teoría de la constitución enteramente dominada por la estructura de la *Dinglichkeit;* la cosa material era el último soporte del mundo animal y humano y de los objetos culturales. Esta estructura de la *Dingkonstitution* preside el análisis intencional efectuado en las dos primeras partes de *Ideen II:* el objeto se da como una serie de escorzos *(Abschattungen)* al interior de "horizontes", los cuales comportan una determinada estructura espacio-temporal del existente en cuestión que viene definida por un grupo fundamental de reglas *a priori* para las síntesis que se desarrollan en la experiencia de la "cosa". Estas síntesis *constituyen* el objeto visado como unidad ideal. Se trata, pues, de una *idealización,* que no puede aspirar a un valor absoluto. Como señala Thao, esta forma de objetividad era legítima en Kant, que tomaba el objeto solamente como "fenómeno" en contraposición a una "cosa en sí"; pero no es legítima en Husserl, que pretende describir y constituir la totalidad de los objetos. A través de los análisis de constitución de la naturaleza "animada", y, en especial, del "alma" humana, Husserl concluye en la extrema polaridad de un *ego* puro y de un "hombre" objetivado e inserto en la pura naturaleza—de la cual forma parte el psiquismo—, reforzando de esta manera, por otras vías, la constitución de la realidad humana como idealidad trascendental en el sentido formalista de la *Dingkonstitution* (38). Veremos, más adelante, que Merleau-Ponty recoge la teoría husserliana de las *Abschattungen* con semejante generalidad; pero, en cambio, suprime en alto grado la tensión husserliana entre

(37) *Ibídem,* pág. 24.

(38) Para el paralelo de Husserl y Kant y la tesis de la auténtica realización del pensamiento de éste en la fenomenología, cfr. Thao, *op. cit.,* páginas 77-87 y 107-125. Para el problema de las afinidades de Husserl con Descartes y Kant, origen de polémica, son interesantes los siguientes trabajos: P. Thévenaz, *La question du point de départ radical chez Descartes et Husserl,* en *Problèmes actuels de la Phénoménologie,* Bruselas, Desclée de Br., 1952, páginas 11-30; Ludwig Landgrebe, *La phénoménologie de Husserl est-elle une philosophie trascendentale?*, en *Les Études Philosophiques,* núm. 3, 1954, páginas 315-323; A.-A. Devaux, *La phénoménologie de Husserl est-elle un "néo-cartésianisme"?, ibídem,* págs. 260-283; G. Berger, *Le Cogito dans la philosophie de Husserl,* ya citado, págs. 121-138. Para el presunto platonismo de Husserl es precioso el estudio de Alexandre Lowit, *Pourquoi Husserl n'est pas Platonicien,* en *Les Études Philosophiques* cit., págs. 324-336.

la realidad material y la realidad espiritual, mediante una superación simultánea del sensualismo y del espiritualismo idealista.

En *Ideen II*, mediante su análisis del conocimiento de otro—que *Ideen I* denominaba *Einfühlung*—, prepara la solución ofrecida por *Meditaciones* al problema del solipsismo trascendental, y, al mismo tiempo, descubre ya la fisura abierta en el edificio de la *Weltkonstitution*, al dar entrada al mundo espiritual de las *personas*, del que se ocupa la parte tercera de *Ideen II*.

En efecto, la objetividad del objeto, tal como aparece en *Ideen II*, remite a un nivel de orden superior al mero nivel subjetivo: el nivel intersubjetivo, en virtud del cual la objetividad se constituye en experiencias que son no solamente las *mías*, sino también las *de otros*. Al mundo psíquico de los hombres corresponde un mundo común de la objetividad, en cuanto correlato de su acuerdo universal. Pero la dificultad nace aquí: la reducción fenomenológica, al eliminar toda trascendencia, ha eliminado también la del *otro* como tal; el modelo privilegiado de la constitución de la cosa obligaría a constituir a los otros en *mi* conciencia según ese modelo. Sin embargo, la *Meditación V* construirá el conocimiento de otro según un esquema diferente. A la esencia del otro le es inherente el ser *absolutamente* otro en tanto que es precisamente un *yo*. Su trascendencia no remite, pura y simplemente, a un curso infinito de *Abschattungen*, como sucede con la cosa; su existencia trascendental es una existencia *absoluta*. Entonces, el problema de su constitución se plantea—como advierte Thao—en términos paradójicos, que Husserl no rehuye: "¿Cómo es posible que mi *ego*, en el interior de su ser propio, pueda de alguna manera constituir "el otro", "justamente como siéndole extraño", es decir, conferirle un sentido existencial que lo ponga fuera del contenido concreto del "mí-mismo" concreto que lo constituye?" (39). Resumiendo muy brevemente la marcha de dicha *Meditación V*, Thao indica que "la operación se hace en dos tiempos. Una primera constitución, por síntesis de *Abschattungen* en el interior del yo propio, *solus ipse*, conduce a poner una primera naturaleza, "primordial". Esta naturaleza no comporta ningún sentido que no se refiera estrictamente a mí mismo. En este mundo original encuentro mi cuerpo, caracterizado como "mío", y otros fuera de mí, a los cuales no atribuyo aún ninguna existencia "subjetiva". Pero entre ellos hay uno que, en razón de un cierto parecido con mi cuerpo propio, toma por analogía el sentido: "cuerpo de otro". No se trata, evidentemente,

---

(39) Cfr. *Méditations cartésiennes*, págs. 78-79.

de un razonamiento: el cuerpo extraño entra en el campo de la percepción "apareado" al mío, y este "apareamiento" permite una transferencia de significación, gracias a la cual veo, ante mí, *un otro mí mismo*" (40).

Ahora bien: esta descripción no supera prácticamente la estructura de la *Dingkonstitution;* las *Abschattungen* son verbalmente sustituídas por ciertas *verificaciones concordantes*, que, de hecho, no son sino un sistema de síntesis, que hacen del objeto el *correlato* del desenvolvimiento de *mis* vivencias, realizado en forma coherente, es decir, unidad ideal. Y es que la explicitación del sentido del otro no puede hacerse con el mismo método empleado en la esfera de las cosas—cuya existencia absoluta es más fácilmente contestable—; la "persona" no admite, en rigor, ese tipo de reducción fenomenológica. Lo cierto y curioso es que, de hecho, en la parte tercera de *Ideen II*, la constitución de la persona se aparta del análisis constitutivo de la cosa. La *persona* no es simple "unidad de apariciones", sino "unidad de manifestación absoluta" *(Einheit absoluter Bekundung);* mientras que las personas son constituídas de manera "absoluta", las cosas lo son de manera "relativa". Paralelamente a estos modos de experiencia se constituyen dos mundos opuestos: el *mundo de la naturaleza* y el *mundo del espíritu.* "La necesidad de constituir el mundo espiritual a partir de *mi* conciencia—dice Thao—entraña, sin duda, una especie de "relatividad"; pero esta "relatividad" es de un orden totalmente otro que el de la "cosa". No se trata de negar la realidad del "otro", sino simplemente de afirmar la *posibilidad* a priori *de una comunicación de las conciencias.*" Esta intuición no podía escapar a Husserl; por el contrario, le guiaba. Pero "sólo una constitución coherente del mundo espiritual hubiera podido disipar la confusión. La tarea no fué jamás realizada" (41).

Los análisis de *Ideen II* parten de la *cosa* en cuanto estrato material fundamental, y se prosiguen hasta llegar a la vida *humana* en cuanto tal. Cada capa o estrato puede tomarse, según Husserl, aparte; así, la actitud *personalista* constituye una actitud nueva que lleva a un mundo autónomo: el *geistige Welt*, que está en una relación de "precedencia ontológica" respecto de su cimiento (naturaleza) (42). En este mundo, las cosas ya no se definirían, *para mí*, por sus propiedades físicas sino por sus aspectos vividos, con sus predicados de valor y de acción. La actitud personalista es una

---

(40) Cfr. *op. cit.*, págs. 89 y sigs.
(41) *Ibídem*, pág. 93.
(42) Cfr. Ricoeur, *est. cit.*, págs. 69-73.

actitud práctica, que profundiza el sentido del ser al descubrir el carácter abstractivo de la actitud teórica. Las personas no son intuídas como simples realidades psíquicas fundadas en el mundo de los cuerpos materiales—el *psiquismo,* para Husserl, corresponde al mundo natural—sino como sujetos espirituales en cuanto realidades absolutas, que comunican entre sí en el ámbito del mundo intersubjectivo de la cultura, en el que la causalidad es sustituída por la *motivación.* La actitud teórica desprecia la realidad del objeto al reducirla a la universalidad y a la necesidad del proceso de sus apariciones; por el contrario, la práctica de las relaciones vividas nos desvela lo real en su existencia *absoluta, como subjetividad otra que la mía.*

En esta esquemática exposición resulta patente una dualidad de significaciones en la obra husserliana, que el autor nunca explicó de manera clara. A juicio de Thao, en esa dualidad reside la razón del inacabamiento de *Ideen* y, en general, de toda su obra. La fenomenología del mundo del espíritu venía a insertarse en el proyecto general de la *Weltkonstitution,* interpretada según el modelo idealizante de la *Dingkonstitution;* el nivel interpersonal exigía un nuevo cuadro operatorio en el que la noción de *cosa* habría adquirido una significación también nueva. Si la comprehensión de las personas implica ineluctablemente, con palabras de Husserl, "la percepción del cuerpo (en tanto que constitutiva de la corporeidad fundante) como fundamento de la percepción del sentido espiritual", y se mantiene la noción de la materialidad como existencia puramente fenomenal, entonces la realidad absoluta del mundo espiritual resulta difícilmente pensable: ¿Cómo es posible fundar una existencia efectiva sobre un mero "correlato ideal" de síntesis subjetivas?... El contrasentido es evidente si se piensa que toda actitud práctica no es posible sino sobre realidades. Pero una doctrina fenomenológica que propusiese un estilo menos idealizante de constitución habría implicado la liquidación del idealismo trascendental que recubre a la fenomenología (43).

---

(43) La novedad radical de Husserl respecto del kantismo es su concepción del yo constituyente como un yo efectivo, en tanto que *"todo objeto real o ideal encuentra el sentido ontológico de su ser en la temporalidad de su vida trascendental.* Es en una percepción, como acto vivido, en donde se constituye *la cosa misma".* La *Crítica de la razón pura* "sustituye constantemente el análisis del juicio al de la percepción para extender luego a ésta los resultados obtenidos para aquél"; en este alejamiento del suelo de la percepción en beneficio de los momentos puramente formales radica el fracaso del kantismo. "El proyecto implicaba una descripción directa del mundo de la percepción; en lenguaje husserliano, del *mundo de la vida.*" Precisamente, la fenomenología del mundo de la vida—de la que nos ocuparemos en seguida—tomaría justa-

Husserl nunca llega a desasirse de su decidida orientación idealista. El mundo de las personas como existencias concretas y absolutas de la parte final de *Ideen II* no supera totalmente el *hiatus* puesto por Kant entre la reflexión trascendental y la psicología empírica. En efecto, al mismo tiempo que instaura una psicología comprensiva de la persona, advierte Husserl sus límites: la persona todavía no es la pureza de la subjetividad fenomenológica, no es el último *ego;* pertenece aún, en cierto sentido, al mundo de la experiencia objetiva, se hunde en ésta en el curso de todas sus motivaciones y en el proceso de su comportamiento "ingenuo" en el *Umwelt.* Con toda justicia puede escribir Ricoeur que "Husserl mantiene más allá de todo capricho por la persona y por la existencia su ideal de la filosofía como la emergencia de un *Ego meditans,* que no tiene parte en su propia praxis" (44).

3. Si bien Husserl permaneció siempre anclado en su versión fenomenológica del idealismo trascendental—todavía la *Krisis* reitera sus tesis—, no es menos patente que su asimilación de la *subjetividad trascendental* a la *subjetividad concreta,* con su estructura temporal, significa una superación definitiva del idealismo kantiano. Su descubrimiento de un suelo *(Boden)* de la experiencia antepredicativa, en el que las evidencias predicativas hunden su raíz, es decir, de un mundo prelógico condicionante del juicio, de una parte; y su análisis del devenir genético del *ego* a partir del "presente viviente" *(lebendige Gegenwart),* como *temporalidad temporalizante,* de otra; ambos momentos de la obra husserliana significan la superación brillante del formalismo de Kant e indican la dirección segura para superar la antinomia del fenómeno y la cosa en sí, de un lado; y el hiato entre el yo trascendental y el yo empírico, del otro. Los cimientos para el paso de una consideración estática de la objetividad a su consideración *genética* son ofrecidos, fundamentalmente, por los siguientes escritos: *Formale und transzendentale Logik* (45), *Urfahrung und Urteil* (46), *Vor-*

---

mente como título el de *Estética trascendental.* (Cfr. *Formale und transzendentale Logik.)* De ahí la conclusión de Thao: "La reducción fenomenológica, al tematizar el dominio trascendental bajo la forma de una subjetividad concreta, no nos hace recaer en el psicologismo: realiza de manera auténtica la significación original del idealismo kantiano." (Cfr. *op. cit,* págs. 107-125.)

(44) Cfr. est. cit., págs. 76-77.

(45) Aparecida en el *Jahrbuch für Philosophie und phänomenologische Forschung,* X (1929). Hay traducción francesa.

(46) Consiste en una serie de inéditos redactados a partir de 1919, completados y presentados por L. Landgrebe siguiendo las indicaciones del propio Husserl; la obra apareció en Praga en 1939; se reeditó en Hamburgo en 1948. Su subtítulo es: *Investigaciones sobre genealogía de la Lógica.*

lesungen zur Phänomenologie des inneren Zeitbewusstseins (47) y *Die Welt der lebendigen Gegenwart* (48).

Husserl comienza eliminando—por el momento de la reducción—el mundo en su forma constituída, para despejar el acceso a un *ego* trascendental donador de sentido; y concluye en una explicitación de esta donación de sentido original *(Sinngebung)*, mediante un análisis radical de la constitución del sentido íntimo y del sentido interno, como momentos originarios de la génesis de sentido *(Sinngenesis)*. Sobre el mundo de las "cosas" así constituído—mundo de la evidencia antepredicativa *(Lebenswelt)*—se constituye el acto del juicio. De otra parte, la experiencia del *otro* tiene su fundamento en ese mundo primordial, en el que se constituyen las cosas como tales.

Husserl se mueve continuamente sobre una delgada arista, que se levanta entre un racionalismo metafísico que suprime el *ego* y un empirismo escéptico que arruina el saber. Toda la significación de su esfuerzo reside en su voluntad de superar ambos extremos por medio de la instauración de un trascendentalismo que hará reposar todo saber sobre una subjetividad donadora de sentido e inserta en el *Lebenswelt* inmediato, en el cual se inscribe lo que podríamos designar como "complicidad primordial" de sujeto y objeto. En esa complicidad quedaría literalmente disuelto el carácter alienante del objetivismo tradicional y alejados los peligros del psicologismo moderno.

Veamos esquemáticamente los momentos del proceso.

Puede decirse, de modo general, que la constitución de la experiencia antepredicativa y la correspondiente profundización de los análisis genéticos fué preocupación constante de Husserl desde las *Logische Untersuchungen* hasta la *Krisis*. De esta manera, la afirmación de Jean Wahl—referida a *Erfahrung und Urteil* (49)—de que "este libro póstumo se opone netamente a las teorías que parecían ser las de Husserl en *Ideen* y en *Méditations cartésiennes*", no puede tomarse a la letra. En casi todos sus escritos hay referencias más o menos explícitas a los aspectos genéticos de la constitución: de modo perfectamente temático, en las *Meditaciones;* y aún más notoriamente, en la *Lógica formal y trascendental* (1929). En este

---

(47) Se trata de las lecciones dadas por Husserl en 1905, editadas por Heidegger en el *Jahrbuch*, IX (1928).

(48) Aparecido en la revista *Phil. and Phenomenological Research*, VI, 3, año 1946.

(49) Para un estudio serio y detallado de este libro, cfr. J. Wahl: *Notes sur la première partie de "Erfahrung und Urteil", de Husserl*, en *Phénoménologie, Existence*, págs. 77-105.

último libro, Husserl expone nítidamente su idea fundamental de que el problema de la verdad sólo puede ser abordado por una lógica realizada en un nivel superior al puramente formal; y, por consiguiente, que el problema de la evidencia, a dicho nivel, exige una crítica que deberá reinstalarse en la fuente primitiva de la experiencia. La forma no tiene sentido sino como forma del ser. Por tanto, y dado que una experiencia sólo queda justificada por la correspondiente constitución intencional, Husserl se aplica laboriosamente al análisis constitutivo, guiado por la idea de que la lógica, en cuanto teoría de las formas del ser *(intelligibile)*, únimente encuentra su plena justificación en la explicitación de la dialéctica por la que lo inteligible se engendra, en último término, a partir de lo sensible (50).

El análisis de la experiencia precategorial como momento previo en la genealogía de la lógica constituye la tarea de *Erfahrung und Urteil.* Su idea central es que el *ente* (51) debe ser dado *desde siempre*—debe consistir en un *predatum (vorgegeben)*—, a fin de que pueda llegar a ser objeto del juicio. A esa *datio* corresponde una *evidencia prepredicativa,* anterior a la evidencia apodíctica de la lógica clásica. Las verdades de ésta remiten, en su operación, a un "mundo de substratos". Esta afección original de los substratos se cumple en el dominio de esos *predata* pasivos (dominio de la *doxa* pasiva, anterior a la *episteme).*

En esta perspectiva se desarrollan los sugestivos análisis de la constitución antepredicativa (52), cuya exposición alargaría inútilmente este esquema. Detengámonos en el resultado, tal como se presenta a la luz de los trabajos de Husserl citados anteriormente. Partamos del *Lebenswelt* como dominio de las cosas en cuanto *data* precategoriales; estas *cosas,* como unidades espacio-tempora-

---

(50) El análisis, al nivel de *Ideen,* es ya genético en cierto sentido, en cuanto que es *constitutivo.* Sin embargo, trabaja sobre términos *objetivos* ya cristalizados, como si dijéramos. "Mientras que el análisis "estático" se guía por la unidad del objeto visado, y va de los modos de aparición oscuros a la presentación clara, siguiendo los reenvíos intencionales implicados en las representaciones oscuras, el análisis genético visa la totalidad concreta, formada por cada conciencia con su objeto intencional como tal. Son, entonces, los otros reenvíos intencionales los que están inmediatamente en cuestión, los reenvíos que pertenecen a la *situación,* por ejemplo, la del sujeto del juicio: se encuentra así igualmente en cuestión la *unidad* inmanente *de la temporalidad* de la vida, que tiene en ella su "historia" *(Geschichte)." (Formale und transzendentale Logik,* citado por Thao.)

(51) En el sentido de *das Seiende,* de *l'étant:* la existencia ónticamente considerada.

(52) Véase el est. cit. de J. Wahl, y, también de este autor, *Note sur quelques aspects empiristes de la pensée de Husserl,* en la misma recopilación, páginas 107-135.

les, son dadas en una unidad de *doxa* pasiva. La percepción sensible se desarrolla en una serie de síntesis de *identificación simple*, en que cada presentación se encuentra ligada a la precedente como presentación de *la misma cosa* en el interior de un horizonte. Cada aspecto de la cosa remite potencialmente a otros en un desarrollo actualizante relativamente indeterminado, que se cumple según un "estilo" general peculiar de cada objeto. En la serie de síntesis, la percepción de la cosa va enriqueciéndose al realizar sus posibilidades latentes, en un proceso en que el momento precedente continúa presente en la "retención". En el curso espontáneo de la experiencia sensible, por la vía de la modalización, se van destacando ciertos momentos o determinaciones por un proceso de abstracción antepredicativa (forma, color, etc.), siempre en el contexto del objeto como unidad de conjunto. Un esfuerzo de atención permite explicitar ciertas determinaciones en el interior de la cosa por un proceso de "explicación" (53), en que la percepción, por ejemplo, de este cenicero sufre una modificación importante: ya no se realiza como acto originario, sino como acto retencional—manteniéndose según el modo del "aún"—; ahora, el cenicero como objeto total ha pasado a un plano de fondo, mientras que pasan progresivamente al primer plano los momentos particulares que lo recubren, a título de momentos. Como advierte Husserl, "a cada paso de la "explicación", el momento singular que se explicita recubre el substrato y se incorpora así a su contenido de significación": aparece, entonces, una "determinación" de ese substrato.

Ahora bien: en ese plano antepredicativo de la receptividad, la "explicación" no pone el substrato como *sujeto*, ni la determinación como *predicado*. Ese es, justamente, el resultado del juicio predicativo en un nuevo modo de *actividad*. Hasta ahora, la relación antepredicativa de substrato y determinación—que es, desde luego, el resultado de una cierta actividad del yo—se ofrece en forma *pasiva*. Una intención *activa* realizará explícitamente lo que no era más que un recubrimiento *pasivo* del substrato por la determinación; mediante un retorno del yo al substrato y una nueva explicitación de la determinación en un acto particular, se vuelve, finalmente, la mirada intencional, de nuevo, al objeto, tomando conciencia plena y explícita de su enriquecimiento de sentido (se trata del doble movimiento de síntesis y análisis de la lógica tradicional, pero aprehendido de una manera efectiva).

Thao llama la atención sobre la importancia decisiva de este

---

(53) Para más detalle, cfr. Thao, *op. cit.*, págs. 197-204.

laborioso trabajo de constitución: "Por muy extraña que pueda parecer la noción de una *preconstitución pasiva* de las significaciones ideales, en la *actividad antepredicativa* que se desarrolla al nivel de la percepción sensible como tal, no por ello constituye menos un *dato fenomenológico* absolutamente evidente, y que encierra la única solución efectiva del paso de lo sensible a lo inteligible. El *trabajo de la subjetividad*, en el *mundo de la vida*, da su sola justificación posible a las idealidades del *mundo del espíritu*, en tanto que su sentido efectivo de verdad, en su ser ideal, no puede consistir más que en ponerse como *la verdad misma* de este mundo" (54).

Pero no solamente las evidencias predicativas del mundo cotidiano encuentran su raíz y su sentido en ese mundo anterior de la vida; el valor fundante de la experiencia antepredicativa se extiende, de modo general, a las categorías con que opera el lógico profesional en el ámbito de su ciencia: la genealogía de la lógica desvela el fundamento sensible de las diversas modalidades del juicio (55). Asimismo, este dominio de la primitividad no es exclusivamente el fundamento de lo teórico, sino que envuelve igualmente las experiencias de acción y de sentimiento; las experiencias según los modos del querer, de la apreciación y de la acción práctica, con su peculiar horizonte de familiaridad. El yo, que vive concretamente en su perimundo *(Umwelt)* entregado a fines prácticos, no es, ante todo, un yo considerante o contemplativo, sino un yo inserto en la urdimbre vital de la *praxis*.

En este análisis del plano antepredicativo hemos tomado un punto de partida en sí mismo relativo y no rigurosamente último: en el regreso hacia experiencias puras y simples hemos llegado a las sensaciones tomadas en su desnudez, tal como se nos ofrecen sin elaboración y anteriormente al trabajo originalmente abstractivo de la atención como tendencia hacia un horizonte intencional; pero en la constitución de ese mundo de sensaciones, la exigencia de primitividad nos llevará a la *impresión*. Las *cosas*, como unidades espacio-temporales de identificación, no son, en realidad, los *data* rigurosamente originales. Como indica Thao, con un rigor y una claridad que hacen inútil una síntesis más personal (56),

---

(54) *Ibídem*, pág. 202.

(55) Cfr., para el análisis genético de la *negación*, de la *posibilidad*, etcétera, y, en general, para todos los aspectos de la preconstitución pasiva, J. Wahl, *Notes...*, ya cit., págs. 83 y sigs.

(56) La constitución de las vivencias como "objetos inmanentes" en el tiempo inmanente del sentido íntimo es tema, principalmente, de las *Vorlesungen* de 1905, mencionadas.

la inmanencia vivida, tematizada por la reducción trascendental, es, a su vez, un *constitutum* que remite a lo absoluto del *presente viviente (lebendige Gegenwart)*. Se impone, así, una nueva reducción de la unidad inmanente de las vivencias, que nos conduce a las puras *impresiones* actuales, en la corriente originaria del presente absoluto: en esa corriente van a aparecer, precisamente, las primeras intencionalidades que permitan superar el mero *dato*.

En efecto, cada impresión, tomada en su inmediata actualidad, se mantiene en una *retención—presente,* a su vez—, que la *retiene* justamente como *lo que acaba de ser*. "En la intencionalidad pasiva de la retención, lo que era impresión presente aparece como cada vez más *pasado*. Así se constituye la primera dimensión del sentido íntimo: el presente viviente llega a ser *objeto* para sí mismo *reteniéndose* a sí mismo. Se *aparece* a sí mismo en la retención, en donde el puro dato impresional se constituye en una *unidad vivida*, la *sensación*, que se presenta como idéntica a sí misma en este deslizamiento por el que se hunde continuamente en el pasado inmanente. Entre las sensaciones así constituídas conviene reconocer una importancia particularísima a las *kinestesis*, que motivan una organización del dato sensible en un *campo sensorial (Sinnesfeld)*, en el que los momentos aún no presentes se anuncian ya por anticipado: así, aparece la *protención*, ella misma presente, pero en la que el presente se *sobrepasa* a sí mismo, conduciéndose hacia su *futuro inmanente*. Con la intencionalidad de la protención se acaba la constitución del sentido íntimo: el dominio de la inmanencia vivida se constituye en él como la primera forma de la "objetividad", apareciendo cada vivencia como un "objeto en mí", que dura, idéntico a sí mismo, en el tiempo inmanente" (57).

A partir del sentido íntimo, y como eslabón intermedio para acceder al mundo de las *cosas*, se constituye el sentido externo como *pendant* del objeto externo primordial (58). Por un proceso cinestésico se dibujan en el campo sensorial ciertas configuraciones como *unidades de perspectiva*, en las que aparece el primer sentido de exterioridad. La teoría del *objeto-fantasma*—desarrollada en *Die Welt der lebendigen Gegenwart*—explica esta constitución, todavía incipiente, de un objeto fuera de mí que se va perfilando en el campo sensorial, según una mera unidad de estilo; el mundo de los objetos-fantasmas no es aún el mundo de las cosas en cuanto

(57) Cfr. J. Wahl, *ibídem*, págs. 84-85, para la constitución del tono como unidad de duración pasivamente pre-dada, que ejemplifica expresivamente lo esencial de la descripción de Thao, en un caso determinado. J. Wahl establece un paralelo aclarador entre la duración bergsoniana y la husserliana.

(58) Para el concepto de "primordial", cfr. *Meditación V*.

realidades sustanciales y causales, sino el primer conato de una espacio-temporalidad como forma de exterioridad; en el juego de movimientos de ese mundo interviene de nuevo la acción de las *kinestesis* para constituir un cierto *estilo,* correlato de una cierta regularidad intuitiva fundada en el *hábito,* que define la unidad sustancial y causal de la *cosa.* Sobre esta plataforma se va constituyendo la *realidad sensible* en cuanto tal. A su vez, esta realidad primordial es el fundamento de la percepción de esta "cosa", como *mi cuerpo, mi realidad orgánica;* por esta percepción se constituye la experiencia del *otro* como *alter ego;* y sobre esta experiencia se constituyen las primeras significaciones sociales. En el contexto de esta génesis de la experiencia antepredicativa habría de situarse la de las formas de la predicación, según el modo anteriormente descrito.

Con esta exposición hemos tocado el trasfondo de los análisis husserlianos, de extraordinaria minuciosidad. Pero es justo preguntarse, con Thao, si estos análisis genéticos no se sitúan, "por el hecho mismo de la exactitud escrupulosa de la descripción, sobre un terreno incompatible con el cuadro filosófico en el cual había sido concebida" (59). Si consideramos el contenido *efectivo* de ese último peldaño de la *Weltkonstitution,* parece evidente que se trata del desarrollo animal o del lactante. Por esto, según Thao, el *ego trascendental* viene a "identificarse, de hecho, con el hombre histórico real" (60). Tal vez resida aquí el motivo de no publicar jamás los trabajos concretos de aplicación, siempre inacabados.

Es evidente que Thao destaca deliberadamente los aspectos más empiristas de Husserl; pero es un hecho que dichos aspectos son importantísimos en el conjunto de su obra. Sin pretender decidir sobre el valor exacto de la crítica de Thao, algo es indudable: que la tesis de una *filosofía como ciencia rigurosa,* fundamento de la validez objetiva del saber científico acumulado por la cultura occidental, queda al alcanzar el último recodo de la *Weltkonstitution,* radicalmente afectada en su sentido original: el dominio de la *episteme* ya no disfruta de ningún privilegio de certeza respecto de la *doxa.* En *Erfahrung und Urteil,* Husserl escribe que "este dominio de la *doxa* no implica evidencias de un rango menor que el de la *episteme,* el del conocimiento predicativo y de sus resultados: define precisamente el dominio completamente originario, al que remite, por su sentido mismo, el conocimiento exacto, que es necesario caracterizar como un simple método y no como un modo

(59) Cfr. *op. cit.,* pág. 217.
(60) *Ibídem.*

de conocimiento que mediatizaría un en sí". Esta es la explicación a la célebre afirmación de Husserl en la *Logik,* de que la verdad del comerciante en su mercado vale tanto como la del sabio en su mundo de la ciencia, e incluso más (61).

Al término de su periplo, la fenomenología, que comenzó poniendo el mundo entre paréntesis, redescubre el mundo como la realidad misma de la subjetividad constituyente; no el mundo de las apariencias constituídas, el mundo del sentido común, sino el mundo primordial de la subjetividad. Ahora bien: Husserl no podía, en rigor, presentar las circunstancias reales como momentos originarios y fundantes de la subjetividad constituyente en cuanto *factum;* pero, de hecho, el edificio de la *Weltkonstitution* se apoya en la contingencia de un mundo de impresiones como últimos elementos de la constitución (62). El carácter absoluto del *ego* trascendental tampoco podría lograrse por el recurso a la trascendencia como definidora del sujeto. De esta manera, el proyecto de una reflexión total dentro del marco trascendental, como fundante de todo el edificio del saber, queda radicalmente en entredicho. Así, el pensamiento de Husserl, para las generaciones que le suceden, habrá de quedar sujeto a corrección. Tal vez él mismo lo presintió en las postrimerías de su vida.

Comentando las consideraciones de Jean Wahl sobre ciertos aspectos empiristas del pensamiento de Husserl, Ludwig Landgrebe escribe a éste lo siguiente (63): "En el regreso de Husserl a una experiencia pura, inmediata y última, regreso que, por una destrucción abstractiva de todas las donaciones de sentido que parten de la actividad, conduce a la "hylé sensual" *(Ideen,* pág. 171), se ocultan de hecho, todavía, elementos de un sensualismo del que

---

(61) En opinión de Thao—y éste es el nudo temático de su libro—, "la realidad sensible no puede definirse con precisión en el plano de la pura vivencia como tal"; la descripción de la génesis de la experiencia antepredicativa "remite a las condiciones de la existencia material y sitúa necesariamente el tema en el cuadro de la realidad objetiva" (pág. 218). Tomando por base la significación del *comportamiento,* Thao describe la tesis de su *materialismo dialéctico,* en estos términos: "Puesto que la *vida sensible* en el hombre no consiste en intercambios inmediatos con el medio, sino que se mediatiza por la *producción* de sus condiciones de existencia, el paso de lo sensible a lo inteligible no puede describirse correctamente más que por el análisis de las formas *técnicas* y *económicas* de esta producción." (Pág. 220.) La crítica de Thao a la fenomenología es rica y profunda, aunque exigiría una discusión larga y laboriosa.

(62) Reconocer la subjetividad trascendental como momento del mundo fáctico, como sugiere Thao, tampoco eliminaría el carácter de contingencia radical de dicha subjetividad, a no ser que se tome la dialéctica material como un absoluto, a la manera marxista.

(63) Cfr. *Lettre de Mr L. Landgrebe sur un article de Mr J. Wahl concernant "Erfahrung und Urteil", de Husserl,* en *Phén. et Exist.* cit., pág. 205.

Husserl no ha jamás triunfado completamente"; de esta manera, la cosa en su aparición sensible es, para Husserl, el substrato último, y los caracteres de significación son comprendidos como productos de cumplimientos intencionales fundados en esta sensibilidad interpretada de manera sensualista. Los datos hiléticos serían, así, los elementos últimos de la sensibilidad (64).

Husserl intentó fundar un idealismo trascendental que diese cuenta de la realidad sensible en términos precientíficos y absorbiese, al mismo tiempo, toda realidad en el *ego;* paralelamente, quiso enraizar al hombre en la historia e instalar la historia en la conciencia (65). Creyó lograr este propósito instituyendo un idealismo *intencional* que operase la *Weltkonstitution.* Con Ricoeur podemos preguntar, a la postre, "si la constitución es una operación efectiva, la solución verdadera del problema de las trascendencias diversas, o si es solamente el nombre dado a una dificultad cuyo enigma queda intacto y la paradoja expectante" (66). Es decir, si la subjetividad trascendental es algo más que una cláusula de estilo.

El destino de la auténtica tarea filosófica es y será concluir el análisis de los problemas en un nuevo planteamiento de los mismos; un planteamiento que representa un valor positivo, porque es más experto y más profundo. Los problemas últimos de la filosofía no son instancias suprimibles; de otro modo, la filosofía valdría paradójicamente menos, porque, en su vertiente vital, consistiría en una actividad cándida e inocente. Los llamados problemas *eternos* no son tales en el sentido fuerte de la expresión. Lo que define un problema no son tanto los términos que lo integran cuanto la peculiar estructura en que se ofrecen y el estilo con que son vividos en su circunstancia humana. En este sentido, es lícito hablar de un progreso en filosofía. La irreductibilidad final de los problemas

---

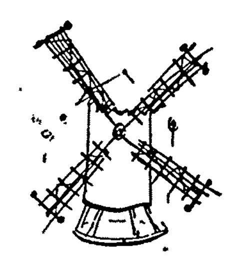
(64) En *Ideen* aparecía ya patente el valor privilegiado del substrato material: "Como grado inferior está, finalmente, en la base de todas las demás realidades en sentido estricto la realidad material, por lo cual le corresponde ciertamente *a la fenomenología de la naturaleza material un lugar destacado.*" *(Ideas,* versión esp., pág. 366.)

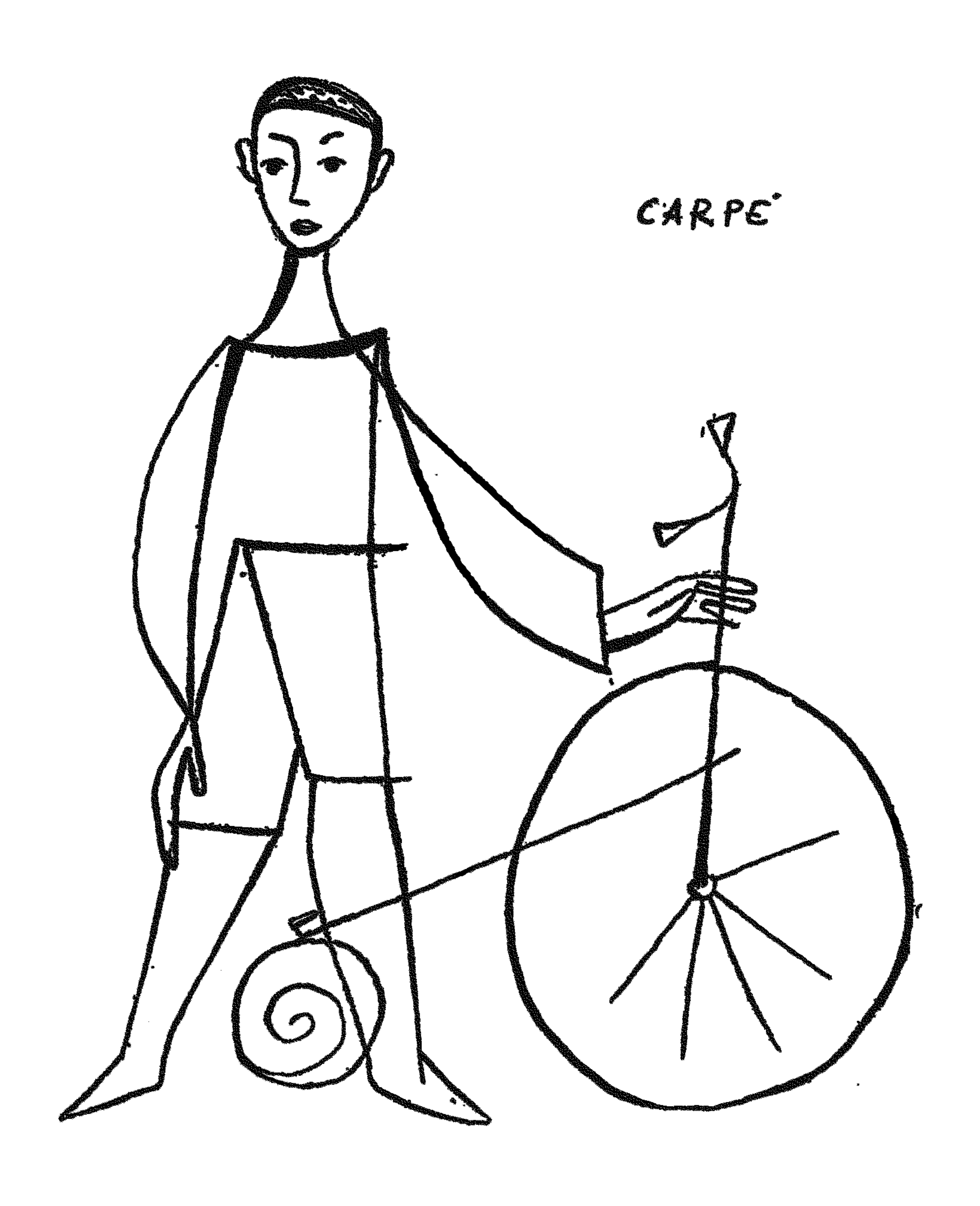
(65) *Die Krisis,* ya mencionada, y *Die Frage nach dem Ursprung der Geometrie als intentional-historisches Problem (Revue Int. de Phil.,* I, 1938-39, páginas 207-225) trasladan el método genético al campo del análisis *histórico-intencional.* Se ha hablado, refiriéndose a estos análisis de génesis histórica, de una *reducción filosófica* (A.-A. Devaux), que aportaría, por una vía nueva, una prueba suplementaria al idealismo fenomenológico. Lo cierto es que en estas obras es en donde resulta más patente la violencia de los cuadros de la fenomenología husserliana para justificar una verdadera trascendencia de la historia sobre la base de la subjetividad trascendental.

(66) Cfr. P. Ricoeur: *Husserl et le sens de l'histoire,* en *Rev. de Métaphysique et de Morale,* julio-octubre 1949, pág. 315.

no disminuye el valor del esfuerzo intelectual en la historia; sin ese esfuerzo, la historia no tendría sentido. La irreductibilidad de los problemas también rige en el campo más modesto de la interpretación, cuando el pensamiento interpretado constituye, por su riqueza y su fuerza transformadora, un acontecimiento estelar: tal sucede con la obra de Edmund Husserl.

Gonzalo Puente Ojea.
Hermanos Miralles, 87.
MADRID.





ARTE Y PENSAMIENTO

LAS DOS ULTIMAS NOVELAS DE ENRIQUE LARRETA

POR

ARTURO BERENGUER CARISOMO

1. VUESTRO-NUESTRO

Si existe algún ejemplo enérgico y típico de escritor hispanoamericano, igualmente fuerte en el tratamiento de asuntos así españoles como argentinos, ninguno más claro que el de Enrique Larreta.

Ambos tienen para Larreta idéntica vigencia, y se entremezclan en su sangre sin diferenciarse en cuanto a potencia motivadora; para encender, para iluminar los variados sectores de su novelística, la Península y nuestra tierra acumulan en el espíritu del gran escritor el mismo formidable voltaje.

No es caso único en América—Darío, Martí, Reyles, Montalvo, etcétera, lo probarían—, pero sí de los más singulares y genialmente logrados: las experiencias metafísicas, estéticas, hechas por Larreta de esas biologías espirituales llamadas España o la Argentina son, en no pocas ocasiones, definitivas, y siempre de una finísima y sorprendente agudeza.

Aunque ambos mundos se correspondan por razones de común origen histórico, es evidente ya existen para ambos modos distintos de conducta, de interpretación vital, de pensamiento. Tales distingos, muy sutiles algunos, son precisamente los que vuestro y nuestro novelista suele analizar con vigor más intenso, los que más sorprenden por su tensión poética y humana.

En sus dos últimas novelas (1), el protagonista común, Gerardo, es un argentino. Gerardo ha vivido un segmento de su vida en España; el final de este segmento, ocupa la que podríamos llamar primera parte del relato; sus peripecias al retornar a la tierra nativa componen los hechos de la segunda.

Original ensayo, que sólo un escritor con las cualidades que hemos señalado en Larreta puede llevar a cabo sin caer en convencionalismos, en la ciénaga del tópico.

---

(1) Son dos partes de una misma acción: *Gerardo, o La torre de las Damas* (1953) y *En la Pampa* (1955).

2. GEOGRAFÍA DE ESPAÑA

España, variadísimo tapiz geográfico y humano, cada tantos kilómetros una emoción distinta, podría, con todo, admitir una división horizontal tripartita en cuanto a su manera de ser física y espiritual: el Norte, el Centro y el Sur.

Cántabros y vascos, si diferentes entre sí, tienen el signo uniforme de la recia estirpe inicial, cuya firmeza desciende hasta las zonas ásperas de la Rioja y Aragón. Castilla, en el centro de la meseta, es tierra dura y gestánea, fundadora de pueblos y activo fermento de instancias históricas decisivas; hacia el Sur, entre los riscos de la Sierra Morena—dilecta hija de Roma y avizor anuncio africano—, Andalucía establece una de las variedades humanas más originales de Europa. La periferia peninsular corresponde a promociones ajenas a lo concretamente español: o es céltica, como toda la franja galaicoportuguesa; o es provenzal, como todo el norte levantino.

Larreta nos dió el tono de Castilla en su novela más ambiciosa y elaborada: *La gloria de Don Ramiro* (1908). Eligió un punto neurálgico geográfico e histórico: Avila y la época de los Austrias: *Emblema completo de España, de la España de la historia, de la España creadora y profunda,* como él mismo ha explicado (2).

Esta misma España permanece intacta. Un personaje muy castizo de *Gerardo*—el conservador de la Alhambra—dice a propósito de la guerra de 1936: *Lo que acaba de suceder en esta tierra será considerado, tengo la seguridad, como un acontecimiento tan trascendental y decisivo como lo fué Lepanto en su tiempo. España, salvándose ahora a sí misma, ha salvado otra vez a Europa, al mundo, y todo gracias al mismo ideal, la fe católica, la de Isabel, la de la Conquista y, por fin, la de ahora.*

En 1949, la Rioja alavesa fué el marco de una novela recia, trabada con pasiones modernas, pero llena de aquel viejo espíritu campesino, religiosamente austero y severamente doméstico, del noreste peninsular: *Orillas del Ebro.*

Ahora Larreta llega a Andalucía. Ha elegido como centro de la novela, y siempre dentro de un plano muy actual, una de sus ciudades más deslumbrantes: Granada, Granada la bella, como dijo Ganivet.

---

(2) Nota preliminar al soneto: XIII—*Avila*—de *La calle de la vida y de la muerte* (1942).

3. LA ALHAMBRA

Granada es una ciudad mágica, no tanto por el sabor oriental de su parte alta cuanto por la superposición de capas históricas que, como en los estratos geológicos, se acumulan en un estrecho perímetro, donde es posible seguir el rastro de acontecimientos, que van desde las glorias califales a los enterratorios imponentes del Renacimiento, y aun entrar en contacto vivo con curiosas figuras humanas, cuyo remoto pasado se hunde en los más viejos pueblos del Oriente.

Fácil le hubiera sido a Larreta darnos una Granada convencional de guía turística tomando el clisé de su elemento más significativo: lo musulmán; pero el novelista ha compuesto una narración de dinámico sentido moderno, en la cual ha soterrado, como fermento de pasiones y como última causa del conflicto, aquella ineludible presencia histórica, sensual y trágica de la prodigiosa ciudad.

No se busquen en *Gerardo* descripciones macizas y anecdóticas, descripciones naturalistas; Granada surge acotada por una serie de observaciones singulares y punzantes, que nos la dan en su esencia más pura, más trascendental.

Podríamos aislar así, entre otros, el tema del agua:

> *Aquí no es eterno sino lo fugitivo*—dice Larreta—, *no dura sino lo frágil. El secreto y la risa del agua. Sus reflejos repintan las alcobas. Todo este palacio es como una antigua cantárida apresada y conservada por un antiguo cristal.*

Hubiera sido fácil extender el característico motivo hidráulico con sólo describir ese palacio líquido que es el Generalife—¡aquellos *barandales del agua*, de Federico García Lorca!—; pero el novelista elude hábilmente prolongar, a fin de no disminuir la fuerza de la sugestión, el penetrante apunte; en cambio, anota indirectamente una deliciosa referencia sobre la Alameda, que, al borde de la Alhambra, lleva al palacio de verano y la Silla del Moro: *Era* —dice—*como andar por dentro de un agua verde e inmóvil.*

Sólo quien ha convivido días u horas aquel laberinto embrujado conoce su tremendo poder sensual. Es un sortilegio superior a toda reflexión. La *cantárida aprisionada* chirría infinitamente su rumor erótico por los dos montes que aprisionan el Darro y el Genil: Oriente y la gitanería.

Pero este sensualismo—en realidad, como veremos, el misterioso conductor de la novela—encierra para vuestro Larreta, para

el Larreta de España, un valor de contraste superior a la patética circunstancia vital que en sí mismo encierra: el hecho de haberse cruzado con la civilización germánica, que dió al tipo castellano rudo y ascético.

El bisel de este corte lo describió Larreta con poderosa elocuencia en *La gloria de Don Ramiro,* al enfrentar las figuras de éste y Aixa, y, quizá mejor, al hacer incidir el mundo abulense, de católica tradición irrenunciable, sobre el morisco, imbricado dentro de su sistema. Puede verse plasmado en algunos sonetos de *La calle de la vida y de la muerte* (3), y, en el *Gerardo,* se sintetiza vigorosamente con estas palabras:

> *Tú sabes*—le dice el conservador de la Alhambra al protagonista— *que nuestros lejanos antepasados... abominaban del baño, de los perfumes, de los mismos jardines, porque, según ellos, afeminaban el ánimo; en cambio, se complacían en su olor a polvo, a sudor, a ajo castrense, y no se les caían del alma los nombres de Cristo, de la Virgen, de Santiago Apóstol. Entre tanto, los temibles guerreros musulmanes perdían poco a poco su fe y su pujanza en estos templos del goce y, según mi amigo, el cura de San Nicolás, parroquias del Diablo. Sucedió que vencieron los rudos, los sobrios, y quién sabe si, hoy mismo, esa semipobreza de España, esa falta de sensualismo excesivo, ese desprecio de muchos progresos inútiles y a veces verdaderos enemigos del espíritu, no la llevan de nuevo al poderío de otros tiempos. No sería sino recobrar el hilo de aquella gran reina, que no quiso cambiar de camisa mientras no cayese Granada.*

Pero, también, es Granada ciudad para soñar; ciudad de evasión. El drama de Gerardo, un drama oscuro y anónimo, uno de los tantos de la guerra civil, encuentra por entre las salas desiertas del palacio árabe o entre los jardines iluminados cómo escapar de su temida angustia:

> *Parecíale que allí, en el ámbito del encantado palacio y sus especiosos jardines, era otra vez dueño de sí mismo, como le había sucedido, años atrás, en las llanuras de su patria.*

Así, casi subrepticiamente, con estos datos singularizados, Granada penetra en la conciencia del lector no como una decoración espectacular y hechiza, sino como un medio humano, necesario, que da sentido al relato. No es, en consecuencia, paisaje puro, como ocurre con algunos aspectos de Avila en *La gloria de Don Ramiro,* nacida dentro de la técnica modernista; Granada es en el *Gerardo*

---

(3) Por ejemplo, los que llevan los números XIII, XIV, XVIII y XIX.

mucho más: es parte, plasma de la acción novelesca, tanto que, colocada la misma en otra perspectiva, carecería de auténtica naturalidad.

4. LA PAMPA

Gerardo ha nacido en la Argentina. De niño ha vivido en la Pampa. Tiene vocación de llanura; nostalgia de lejanía y soledad.

Entre esta Pampa, híspida y casi salvaje, y aquella Alhambra, enjoyada y hecha como de música, hay, con todo, secreta afinidad: *También la Alhambra, oasis petrificado, fiesta del agua, era una creación del desierto, el gran sueño del árabe.*

Pero más que el oasis—verde, agua, descanso de las caravanas—, un misterioso afán lo empuja a Gerardo al desierto mismo; a la paz dramática de una soledad compacta y definitiva.

En todo protagonista de Larreta con perfil recio hay siempre como un dejo de él mismo. También nuestro Larreta es un hombre con vocación de llanura, con ansia de soledad. Todo hombre entregado por entero a las circunstancias exigentes de la estirpe española tiene, sin remedio, algo de asceta, de ermitaño.

Pocos escritores argentinos conocen nuestra Pampa nativa como Larreta. Yo me atrevería a decir que, después de Hernández—un misterioso solitario—, y salvo el caso moderno de Benito Lynch —otro asceta laico—, ninguno ha tenido de aquélla una vivencia tan radical y profunda. Casi todos nuestros evocadores contemporáneos la conocen de segunda o tercera mano, generalmente por mediación de los viajeros ingleses del siglo XIX. Como ha dicho el propio don Enrique: *La verdad actual de esa Pampa, que muchos en Buenos Aires sólo conocen por lecturas anacrónicas* (4).

Y la conoce porque él mismo ha levantado en esa llanura el oasis de *Acelain:* una *estancia* argentina, ahora cubierta de bosques umbrosos plantados por su mano; sus ermitas, lejanas y misteriosas; su palacio, con reminiscencias árabes; con jardines colgantes multicolores y estanques de agua quieta, al modo de los de la Alhambra.

Por todo esto es legítimo que, en el capítulo XXVI de la segunda parte de *Gerardo—En la Pampa—*, el autor se incluya dentro del cuadro—*el viejo escritor que Mari Franca le había señalado*

---

(4) *Tiempos iluminados* (Espasa Calpe, Argentina, Buenos Aires, 1939, página 204).

una noche en el dancing—y conviva brevemente con las criaturas de su fantasía, y, por lo mismo, pueda Gerardo evocar el desierto a través de versos del propio Larreta:

> *Anhelosa llanura desmaterializada.*
> *Fantasma de ese mundo que el mundo me escondía...* (5),

y aun llegar el autor a su propia autocrítica al llamarlos *vehementes y desoladas estrofas.*

Mas esta Pampa, húmeda y ecuménica, encierra todavía otra dimensión abismante: puede haber sido la tierra genesíaca del hombre quizá durante el terciario, en la época fabulosa de los megaterios gigantes y los saurios inverosímiles (6). Aquí toca Larreta el punto esencial metafísico de sus dos últimas novelas. Tras del fuego sensual, de los tules alucinantes, del ardor de la vida sólo queda el residuo calcáreo de una muerta persistencia infinita y milenaria, el único bien seguro del hombre.

Gerardo, en *La torre de las Damas,* ha soñado una noche que concluiría sus días refugiado en la cáscara ósea de un *gliptodonte* en plena Pampa blanca, alejado y solo; esta premonición onírica se cumplirá en la segunda parte. Ya veremos con qué supino poder artístico ha sabido unir Larreta el tema cálido y sensual de *La torre de las Damas* con el desolado, áspero y mortal de *En la Pampa.*

5. DON JUAN

En casi toda la novelística de Enrique Larreta es posible sorprender una técnica peculiar: el hombre aparece como aprisionado y sujeto al destino impuesto por una constelación femenina: Ramiro, en Beatriz, Aixa y Casilda; el Federico de *Zogoibi,* entre Zita y Lucía; igual le acontece a Eugenio en *Tenía que suceder;* lo mismo, al romántico prisionero de su comedia: *La que buscaba Don Juan.*

Hay en este procedimiento un *donjuanismo* implícito y de la

(5) Soneto LII de *La calle de la vida y de la muerte.*

(6) Es la tesis sostenida por el famoso paleontólogo bonaerense Florentino Ameghino en su obra fundamental en dos tomos: *La antigüedad del hombre en el Plata* (1880-81). Sus colecciones arqueológicas, de gran valor, pasaron a integrar el mundialmente conocido Museo de la Plata, lugar donde Gerardo toma contacto por primera vez con aquellas formas milenarias de pesadilla, testimonios de los *tanteos de la Divinidad* antes de alcanzar la perfección de las formas armoniosas: el cisne, el caballo, el ciervo. (Capítulo XXIV de *En la Pampa.)*

mejor calidad. La verdadera naturaleza satánica de Don Juan no radica tanto en su poder activo de conquista cuanto en su magia pasiva, inconsciente para enamorar. El es la lámpara hacia la cual convergen, alocadas y ciegas, las falenas.

Don Juan, cuando se propone una conquista, tiene la batalla ganada de antemano; la resistencia será, en su enemiga, coqueteo para hacer más picante el sabor de la entrega descontada.

Tema radicalmente español, lo es porque la educación judeo-cristiana de su más escondido temperamento ha dado al sexo una dimensión sobrenatural y pecadora. Ese fué, como obra de buen teólogo, el acierto genial del fraile mercedario Gabriel Téllez al componer su *Burlador* ejemplar.

Biológicamente, el donjuanismo no es monstruoso en cuanto a su comportamiento estrictamente varonil, de conquista; eso pertenece a la escala zoológica. Lo es, sí, como inversión de actitudes normales; lo es por esa receptividad inerte del varón, que lo hace, a la postre, una víctima de su mismo poder fascinador (7).

La primera parte de esta narración de Larreta se denomina *La torre de las Damas.* Ya se sabe que esta maravillosa estructura es la primera con que se tropieza recorriendo la Alhambra, apenas salidos del cementerio real o Rauda e iniciado el viaje por el adarve en dirección al Sur. El nombre, evocador y galante, le fué puesto hacia finales del cortesano siglo XVIII, y adquiere, dentro del *Gerardo,* un tenso valor simbólico. No sería extraño que nombre y lugar hayan sido para Larreta las células germinales de toda su última concepción novelística.

Gerardo es como una torre indiferente y sombría, llena por dentro de angustia y tragedia, sobre la que se abaten unas tras otras, embravecidas y delirantes, las seis mujeres del relato, como las olas iracundas contra el torreón vigía, que parecía llamarlas.

Literariamente, esto es, aplicando un concepto tradicional, no podría decirse, *strictu sensu,* que Gerardo sea un Don Juan. Le faltan las cualidades externas que el consenso legendario atribuye al burlador: empaque, fanfarronería, dispendio, locuacidad. Gerardo es demasiado metafísico, reconcentrado, profundo, e, incluso, su último arrepentimiento está muy lejos de esa aureola religiosa, sencilla y cándida, del donjuanismo romántico.

Pero sí lo es psicológica y aun filosóficamente. Gerardo es un

(7) Se sabe cómo Marañón ha llevado hasta sus últimas consecuencias esta condición extraña de Don Juan. De Gerardo, por ejemplo, no ha hecho Larreta ningún retrato completo; pero mediante una serie de referencias aisladas sabemos tiene la condición primaria para un donjuanismo: una varonil belleza física. (Capítulos VIII y XVI de *La torre de las Damas,* verbigracia.)

Don Juan sobrio y desengañado de nuestro tiempo. El Don Juan moderno debe llevar, como nueva condena, esa carga de escepticismo que lleva Gerardo; para éste, las mujeres constituyen otra forma de evasión, otro recurso para eludir la mecanización, la indiferencia de la vida contemporánea; pero el carácter de esos amores, que Gerardo provoca y recibe con tan dramática fatalidad, hace de cada aventura una catástrofe; de cada intento por evadir la realidad, quedar en otra, si cabe, más agresiva y desconcertante.

Las mujeres asedian a Gerardo, y él concluye, a pesar de su indiferencia religiosa y de su escepticismo recalcitrante, siendo la víctima del asedio. Después de su último fracaso sentimental—ya en la Argentina—, *ya no era una mujer, sino la vida toda, con traza de hembra, la que le zamarreaba y ultrajaba despiadadamente, acabando por arrojarle en un pozo sin fondo, donde su personalidad se deshacía en una irrisoria lluvia de añicos, con un rumor frío, sepulcral, un rumor de otro mundo.*

6. GALERÍA FEMENINA

Las seis mujeres que conocemos en la vida de Gerardo o, mejor, en el segmento final de su vida, constituyen, cada una, un retrato imborrable: Un perfil tenso y claro, sin cargazón de tintas ni complacencias abominables.

El maravilloso escritor nos da, al término ya de su gloriosa carrera literaria, una lección sin precio. Personal, puro, él mismo siempre, no ha buscado la fácil trampa de un *neorrealismo* chocante, a fin de atosigar el relato con escenas turbias ni echar sobre los personajes cuanta basura psicológica hallara al paso. El procedimiento ya es tópico, y recurrir a su artimaña, para deleite de *snobistas* e incautos, es pasarse de listo.

¡Cuánto más difícil, más exigente, más artístico es que el personaje quede firme, diferenciado, exento por una profunda y natural calidad humana y no por una acumulación espectacular de miseria, que, en resolución, concluye por deshumanizarlo!

Pilar es una noble muchacha española, orgullosa de su estirpe, con mucho de casera y campesina; es, para Gerardo, el amor intelectual y correcto; pudo ser el matrimonio. Pilar lo desea, porque el atractivo de Gerardo, ya lo sabemos, es inapelable; pero una circunstancia extrínseca, ajena a la pasión misma—Gerardo ha combatido, por deserción, en el bando rojo, y pudo matar, en Te-

ruel, al hermano de la noble granadina, muerto en la guerra del lado nacional—, corta el frío y ceremonioso idilio.

Nucha, cuñada de Pilar, fracasada en su matrimonio con el hermano de aquélla, muerto en la guerra, es una especie de *flapper* moderna, mundana, inteligente, viajera infatigable, quizá para olvidar, con un apasionamiento retenido por el cálculo, la experiencia, el fondo de ese orgullo de infanzona que yace en toda mujer de buena sangre hispana. Es admirable cómo se siente, ferozmente vigilado, el deseo que tiene de Gerardo—al fin de cuentas, para toda aquella gente del carmen aristocrático de la marquesa de Armilla, un advenedizo, un aventurero— y cómo se plasma, indirectamente, en la honda escena del capítulo XVIII con el *santón* de Guadix.

La tercera figura de este friso incomparable es Ana María, una sensual reprimida, de cuerpo opulento y modos recoletos, si bien repentinamente zafados y explosivos. Ha derivado—agudo apunte humano—, apremiada por la educación intolerante de un padre calderoniano, todo ese ardor en el cauce de una mística espectacular. Es, naturalmente, la que con más decisión, con mayor ímpetu trágico se entrega a Gerardo, para quien, como es lógico dado su temperamento, es la mujer de entre ese grupo diverso que más despierta su apetencia sexual. Por eso mismo, en un rapto de espantada y deslumbrante conciencia, es la rechazada con vehemencia más heroica. Verdadera cala de almas este duelo soterrado y candente entre dos sensualismos de igual potencia.

Una cuarta mujer se une con profundo sentido español a las tres aristócratas: *la Mariposa*, una hembra calcinante, *bailaora* gitana, de ojos malignos y agoreros. Es, en la trama del *Gerardo*, el sexo opuesto con todo su ímpetu físico, exigente; es, además, el otro misterio de Granada—el cañí—, en gran medida prevaricado y contrahecho para aliciente del bobalicón turismo internacional (8); pero que, con todo, aún mantiene secretas esencias inviolables, capaces, al ser agitadas, de provocar y dirigir un Destino.

La Mariposa conserva todo su dramático sortilegio, mientras la vemos, en Granada, más como un sentido fatídico de la tragedia de Gerardo que como una presencia humana. Al llegar a Buenos Aires, en la segunda parte de la narración, se deslíe aquel misterioso poder, y un episodio puerilmente absurdo pone en ridículo todo el empaque supersticioso de la raza calé, aunque los presagios

(8) Léase la irónica escena del alemán arqueólogo Meyer, un amigo de Gerardo, quien acompaña el baile gitano de *la Mariposa*, implacablemente seducido por ésta. (Capítulo XVIII de *La torre de las Damas.)*

queden intactos. Es éste, creemos, uno de los aciertos irónicos y uno de los mejores hallazgos como apreciación psicológica, y aun metafísica, en esta rica galería femenina.

Ya en su país, Gerardo tiene una aventura con Mari Franca: su último fracaso. Quien le promete fidelidad y ternura, resulta un tipo muy porteño de mujer fría, calculadora, teatral, que engaña, con alardes de colegiala, al marido y al amante.

Gerardo huye, entonces, de la civilización. La inmensa Argentina aún permite esos yermos casi sin vibración de vida. Pero solo, vencido, definitivamente desarraigado, aún se impone, por última vez, su trágico sino de Don Juan: de él se enamora, callada y tercamente, Cristina, la penúltima hija de un gaucho viudo, Cardoso, de cuyo lejano *puesto* se surte Gerardo cuando se interna en el desierto.

Cristina, la bonita de cinco hermanas feas y *terriblemente empolvadas,* no tiene más que una sola y honda manifestación de amor; una manifestación salvaje: robar a Gerardo el caballo con el que éste piensa internarse aún más lejos, más separado de todo contacto humano.

Y cuando de aquél se pierde toda noticia, es Cristina, con instinto de *baqueana,* alucinada y silenciosa, quien guía su búsqueda.

Hay en Larreta, como en todo gran escritor, determinadas formas estéticas, especies de esquemas inalterables para situaciones semejantes, como ideas matrices en las que, necesariamente, se vacian luego los hechos singulares de la vida. Cristina, *gimiendo y sollozando* sobre los despojos que, al fin, encuentran de Gerardo, recuerda a aquella otra figura rota y desmelenada, Casilda, que sobre las playas de Cádiz veía mar adentro el galeón donde Ramiro se alejaba hacia un mundo desconocido, para siempre.

7. LA SOBERBIA, LA SOLEDAD Y LA MUERTE

Otras tres mujeres invisibles rondan y atormentan la vida de Gerardo; mujeres de constante presencia, de un poder feroz e irremediable: la soberbia, la soledad y la muerte.

La soberbia lleva a Gerardo a sus peores trances, a jugar toda la fortuna siempre sobre la carta más desdichada, más insegura. En eso revela su herencia hispánica, y esa irreprimible disposición es como una esencia más de su *donjuanismo* instintivo, natural.

Pero, de niño, vivió un desierto puro, *desmaterializado;* y esa imagen indeleble, fraguada en el momento en que las ideas

fundamentales, el repertorio de la futura conducta toma sus formas decisivas, le da a Gerardo una intensa pasión de soledad.

No es una soledad anhelada por soterraño impulso místico ni siquiera alentada por el continuo fracaso; es algo más trascendental y más profundo; es casi una necesidad de todo su ser, y hasta se llega a pensar si la vida fracasada de Gerardo no ha sido, en cierta medida, planeada por fuerzas inconscientes para alentar en secreto aquella ansia de soledad, de reposo; si, a la inversa, no es la desdicha la que impulsa el afán solitario, sino éste quien busca en aquélla su propio aliciente, su punzante acicate.

Pero detrás de esta pasión queda un último sueño, una última mujer: la más cautivante, por ser la más misteriosa, la de vértigo más sensual e inevitable: la muerte.

Gerardo, desilusionado, maltrecho, ya sin horizontes, al finalizar la segunda novela, podría suicidarse como Federico en *Zogoibi;* pero Gerardo no es tan fundamentalmente honrado; no es el muchacho de aquella fuerte historia nativa, nacido y criado como un campesino de la Pampa: la vida le ha ido quitando a Gerardo una serie de valores normales, de prejuicios, de claudicaciones y compromisos, para dejarlo solo con él mismo.

Tocamos aquí el fondo del alma de Gerardo: el refinado sentido egoísta, el narcisismo, que, en sustancia, es otra condición de Don Juan. Gerardo, frente a las seis mujeres de su friso erótico, de quien se enamora es siempre de él mismo, y este sentimiento anhela —porque, además, Gerardo es exigente, y no se conforma con soluciones ambiguas—el hallarse al fin consigo mismo de un modo definitivo: con el yo puro, desenmascarado y absoluto.

La Muerte puede ser su última amante; es el hallazgo, al fin, de la búsqueda, siempre insatisfecha. Gerardo se interna en nuestro árido desierto, como lo hizo Martín Fierro, otro solitario desengañado y rebelde (9), y no se quita la vida de modo apremiante y concreto; pero abandona, sí, toda vigilancia para sostenerla.

En ese desierto, donde yacen los restos calcáreos, fósiles de seres fabulosos muertos hace millones de años, quizá pueda encontrar la solución de su egoísmo, aquel último *ser en sí,* inalterable, que todo Narciso persigue más allá de cualquier razón y cordura.

Las palabras que aparecen al final del capítulo XXIV de *En*

---

(9) También se paseaba solitario por la Alhambra, que es una evasión del desierto, una deslumbrante metáfora musulmana para olvidar la sequedad arenosa que perduraba en la memoria de las tribus berberiscas; misteriosa y sutil conexión arábigo-andaluza-americana, que Larreta siempre ha sostenido con arte insuperable, como filosofía fundamental de lo argentino.

la Pampa—nueva edición Kraft, de 1955—son de las más profundas y trascendentales que haya escrito nunca vuestro y nuestro Enrique Larreta:

> *Toda carne era putrecible y efímera; el hueso quedaba. En efecto, siglos y siglos habían resistido esas armazones calcáreas y seguirían resistiendo quizá hasta el fin de los tiempos. Pero ¿no sucedería, por ventura, otro tanto con los restos del hombre? ¿No sería ésa la razón de la risa eterna, que espera por debajo de sus terrores y llantos? Vióse a sí mismo Gerardo extendido en un árido yermo prehistórico, sin alimañas y sin pájaros. Vió sus propios huesos calcinados, blanqueados por el sol, por el viento, por el rocío. Su yo mineral, su yo definitivo, indestructible.*

Filosofía, por cierto, irónica y amarga; pero, en el fondo, con un aletazo consolador de eternidad, de perduración, de que Dios no borra del todo—una vez separado del espíritu—la huella de los afanes, fracasos o esperanzas que pasaron, infinitos, para componer la historia del hombre, del mundo.

8. HUMORISMO

Filosofía irónica. Cuando en la cumbre de su dominio creador, un novelista como Larreta echa una mirada sobre el mundo, necesariamente comprende la condición relativa, temporal, incierta de toda circunstancia. El escepticismo es entonces la actitud más necesaria, más imperiosa; pero el hombre no es la causa, sino la víctima de aquella relatividad; el cauterio irónico no debe, pues, caer sobre la llaga para enconarla; antes bien, debe ser como un bálsamo que, sobre las heridas de aquella incertidumbre, ponga la frescura de una droga maravillosa.

Toda ironía verdadera debe ser edificante, consoladora. Destruir sobre lo destruído no es humor digno y estético; es la risa de Satán sobre el pecado. Por el contrario, la sonrisa de los ángeles debe ser porque alcanzan, misericordiosamente, la pequeñez orgullosa y vana del hombre, y la perdonan.

Por ambas partes del *Gerardo* corre una onda burlesca, que presta a cada episodio su exacta dimensión humana; es una narración patética, exactamente porque su ironía alcanza a dar preciso relieve al doloroso vivir humano; a colocarlo en su verdadera latitud.

Personajes y sucesos, sobre todo en la segunda parte, viven, sí,

en una atmósfera de tragedia; pero los episodios que, sumados, alcanzan aquella dimensión están, en sí mismos, reflejados sobre una honda y chispeante perspectiva humorística.

¿Desengaño? ¿Amargura? ¿Otra vez el golpe duro de nuestra tierra indiferente, tan enérgicamente señalado en el inquietante soneto a Lugones? (10). ¿Quizá, en última instancia, comprensión definitiva? El humorismo, cuando alcanza esa dramática tensión que adquiere en el *Gerardo*, no puede tener una causa singular y circunstanciada. Es una toma de posición frente al mundo; una interpretación de la vida, y toda posición filosófica responde al cúmulo total de la experiencia.

Esa experiencia, al final, en todo gran autor profundo y responsable, debe tener, necesariamente, la invisible envoltura del escepticismo; lo contrario supondría, casi, no haber aprendido nada. Pero como sobre el mundo y los hombres se cierne, inmensurable, el misterio de Dios, esta ironía, este *no creer*, lleva siempre, en todo auténtico poeta, un signo de redención, un tolerante ademán de bondad.

En el *Gerardo*, el humor, a veces acre y cáustico, encierra siempre—*risa eterna que espera por debajo de terrores y llantos*—una fresca luminosidad de agua lustral, purificadora: la sonrisa de la redención.

9. EL ESTILO

Larreta comenzó a escribir durante el pleno dominio de la escuela modernista. En mi libro *Los valores eternos en la obra de Enrique Larreta* (1946) señalé con suficiente análisis estilístico la calidad enjoyada y densa de su prosa en *La gloria de Don Ramiro*, de 1908, y en el *Zogoibi*, de 1926.

Estilo deslumbrante y castigado, respondía claramente a un momento de la estética hispanoamericana.

Artista de los más severos y profundos que haya tenido América durante esta primera mitad del siglo XX, Larreta ha sabido restañar aquella elocuencia, aquella riqueza de sus primeros libros, a fin de adecuarse, sin perder genio ni personalidad, antes acusándolos, al sentido actual de la prosa, que pide, antes que nada, sobriedad, contenido, impactos decisivos sobre el espíritu del lector.

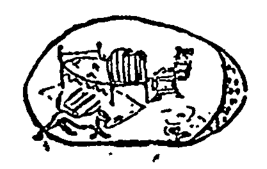
Esta nueva dirección de su arte—la despedida al *modernismo* podría darse en los encendidos ochenta y ocho sonetos de *La calle*

---

(10) El número LVI de *La calle de la vida y de la muerte.*

de la vida y de la muerte—se va afirmando durante estos últimos diez años de su producción, hasta llegar, en las novelas recientes, a esa prosa escueta, acerada; a ese modo de relato hecho de instantáneas; especies de secuencias cinematográficas, en donde la imagen queda apresada en lo más esencial y vivo, en lo puro y necesario de su naturaleza. Todo ello, claro está, sin perder nunca lo cardinal del estilo (Larreta: el hallazgo de la metáfora insustituíble, la palabra definidora irreemplazable, ese ajuste maravilloso, esa precisión para exponer, cálida y transparente, la idea más sutil).

Nueva lección la del gran maestro de las letras argentinas esta continencia dinámica y moderna; este haber sabido domeñar, mediante una evolución paulatina, aquella generosidad de su primer estilo, y haberlo hecho, para ejemplo de quienes por obtener el éxito del momento se desconocen a sí mismos, sin renunciar a lo que es esencia y principio de todo gran artista: la personalidad inconfundible, insobornable.



CREO EN LA RESURRECCION

POR

LUIS IRAOLA, Schp.

I

Tan sencillo como es que no lo sepa
nadie de tus amigos impolutos,
de esos que Tú ya sabes
y yo también, Señor.

Si hasta quieren tachar con una cruz
todas las risas de las flores
y la luz de neón de los anuncios
y las caras melcochas de los niños
y los labios de todas las novias
y los gritos de todas las montañas
y la brisa
y los pájaros. Si por tachar
hasta se tachan ellos mismos
para que quedes Tú, sólo Tú, el Rey,
bostezando el vacío de tu reino.

Huyen a gritos de sí mismos.
Quieren la soledad para gozarte,
la soledad sin sombras, egoísta.
Te aman tan poco que hasta tienen miedo
de dejarte en la esquina de las cosas.
Y temen encontrarse con las calles
que pasean sus cromos vulgarotes
y no quieren mirar las azucenas,
quizá más blancas
de lo que pueden ellos resistir.
No conocen las cosas, las buenas y las malas;
se exorcizan de todo lo de fuera
y todo lo de dentro
y miran con las órbitas vacías
de todos los colores

y se creen que te hallan en la Nada,
innominado a todos los halagos,
criaturas de Dios, pobres beduínos
de un espejismo voluntario.

II

Las cosas, las cosas, las cosas.

Yo las llevo grabadas a mordiscos
y gritos sin retorno en mis veinte años.
Las cosas son de barro, sin relieve;
nosotros las tenemos,
las pintamos de luna,
las hacemos montaña, flor, sonrisa...
Nosotros damos brújula a este caos
de sonidos, colores y deseos.
Las cosas son de barro.

Capitanes de a bordo en nuestra vida,
equivocamos ruta tantas veces
por no saber oír a las estrellas
que nos gritan mensajes.
Rompemos—total qué—nuestra bitácora
y nos lanzamos tras de las gaviotas,
que rebotan el agua
y abren surcos de ensueño por los aires.

Y nos hacemos daño con las cosas.
Las cosas son de barro.
Ingenieros del mundo
de Dios, nos extraviamos
entre la pirotecnia de valores
que incendiamos la víspera
de nuestra propia vida.

Y nos hacemos daño con las cosas.

Y queremos matar las carteleras
de los cines, criaturas de Dios,
y el simpático trole de los buses,

y la barra del bar
y el neón rojo y rojo del jazz-band
y ahogamos a los pobres pajaritos
y el grito del clavel en la solapa
y no queremos que en las calles se paseen
de arriba para abajo.
Liquidamos a precio de chatarra
todo lo que hay expuesto
en el escaparate de los ojos.
Y ya está.

Las cosas son de barro
y nosotros tenemos la culpa.

III

Y después nos mordemos
el vacío suicida que nos bulle
en el alma cimbreante
sobre la sepultura de las cosas,
y palpamos ingenuos
esa concavidad viscosa y fría
de la Nada de todo que nos hemos creado
y nos rebota ahora,
vengativa como una carcajada,
en la cara inauténtica, sin rostro
a fuerza de negar
el color y el aroma de las cosas

El vacío nos gira
sin sentido, ni forma, ni distancia.
Nos sentimos hundir
soñolientos de un mundo que negamos,
y buscamos la brújula
y un asidero a nuestro vértigo
en Dios, en Dios, en Dios.

Y Dios está infinito como siempre,
más sin eco que nunca.

Más sin eco que nunca,
impotente de darnos
lo que nosotros hemos renegado.
Dios no puede terebrar el vacío
para venir a sonreírnos.
El estaba en las cosas
sosteniendo su gesto polifónico
de arcángeles vestidos de colores.
Nosotros apagamos
la voz de las estrellas y los árboles,
el guiño de la luz
y dejamos a Dios Omnipotente
más sin eco que nunca.

Dios huye en espiral
de nuestro centro sin circunferencia
y somos incapaces de llamarlo,
nuestra voz ya no tiene sonido;
nos seguimos hundiendo
en esta arena movediza del vacío
y queremos gritar
un gesto de dolor y no podemos.
No sabemos ya nada
y nos hundimos en un vértigo sin nombre.

IV

Las cosas, las cosas, las cosas.

Que resuciten todas, que resuciten todas.

Las cosas son de barro.
Que resuciten todas, que sin ellas
no podemos vivir, nos renegamos.
Nos hemos extraviado
en la red de valores que nosotros hicimos
y nuestras calles tienen imprevistos
chirriantes finales.

Santificadas sean todas las cosas.
Amémoslas. Ellas son la bitácora

de nuestro viaje eterno a Dios.
El neón del anuncio tiene un grito
en sus fauces sedientas;
el chirriar del jazz-band
tiene polvo de estrellas escondido
para el que hambrea a Dios.

No indaguemos a Dios en el desierto
de la Nada, si está entre las cosas.

Pontifiquemos sus canciones íntimas,
manchemos de bondad las que son malas
—perdón, que no son malas
sino que somos malos—.
Sacerdotes de Dios y de las cosas,
abracemos sus voces
y gritemos con ellas.

Volvamos a las cosas; son un hada
y en su varita mágica está Dios.

Y llevemos su gesto
a los hombres sedientos del camino
que no hallan un apoyo en lo infinito
de la nada de dentro.
Las amarán; y su milagrería
les hará levantar
los ojos llenos de sonrisas
y cantos y colores
y, al trasluz, está Dios.

Luis Iraola.
Senillosa, 854.
BUENOS AIRES (Argentina).

VISION ESQUEMATICA DE LA III BIENAL

POR

JOSE M.ª MORENO GALVAN

I

No es posible condensar en un solo trabajo el análisis exhaustivo de una muestra que, como esta III Bienal barcelonesa, alberga cerca de dos mil quinientas obras, si no es procediendo por generalizaciones sintomáticas. Las distinciones individuales quedarían inscritas así—un tanto arbitrariamente, si se quiere—en esquemas previos, que, si no atienden a las matizaciones extremas, contribuyen al menos a limar ese excesivo gregarismo en el punto de vista de las artes, que nuestro siglo ha impuesto como tributo a sus conquistas.

Eludiendo, por el momento, establecer una clasificación en orden a las tendencias del certamen, atenderemos primeramente a lo que, por el carácter especial de estas Bienales, traza perfiles más acusados: las localizaciones geográficas y lo que ellas significan como configuraciones previas a todo arte. Casi todas las manifestaciones de este tipo en el mundo, al acoger indiferentemente a las aportaciones nacionales de todo orden, parecen pretender implícitamente una internacionalización del arte contemporáneo, en la que las diferencias conceptuales vengan a sustituir a las viejas diferencias regionales.

En efecto, cada día se van desdibujando más en todos los grandes certámenes internacionales aquellas distinciones específicas que venían a caracterizar a la obra de arte por el ámbito espacial donde se produjese. En la Bienal de Sao Paulo, por ejemplo, ya no es tan significativa la diferencia entre el arte europeo y el americano, cuanto la diferencia entre el arte figurativo y la abstracción. La Bienal hispanoamericana, en cambio, al restringir su actuación a la órbita casi exclusiva del mundo hispánico, parece querer acentuar la evidencia de unas características distintivas para el arte que a este mundo representa, y trata de indagar en las identidades de intención. En esto consiste su originalidad específica. Originalidad que a muchos se les antojará producto de una especie de

reaccionarismo, al ponerse al margen de esa tónica general del momento, que parece pretender la internacionalización del arte. Pero que, al no restringirse en absoluto en cuanto a tendencias, trata de poner de relieve lo que, por encima de las tendencias, configura y presta carácter unitario a cada aportación.

Nuestro trabajo va a consistir en tratar de polarizar una serie de maneras estilísticas de hacer el arte, derivadas de unas características regionales, las cuales, vistas en conjunto, tienden a diferenciarse muy genuinamente en el arte universal.

LAS FRONTERAS DEL ARTE EN LA III BIENAL

Para el previo esquema divisor del arte de la III Bienal habrá que partir de sus diferencias más acusadas, para llegar, por una lógica ley de adyacencias inmediatas, hasta las matizaciones más estrictas que pudieran señalarse.

La primera gran línea divisoria habría que establecerla entre el arte hispánico propiamente dicho y el norteamericano, que, procedente del Museo de Arte Moderno, de Nueva York, ha formado parte de la muestra. La amplitud de esta última aportación, que por su carácter, al mismo tiempo retrospectivo y actual, alcanza la categoría de antológica, nos induce a preparar un estudio monográfico independiente para otro número de esta misma revista.

En cuanto a la aportación hispánica, una obvia y primaria distribución geográfica nos lleva a separar en un principio las zonas propiamente americanas de las europeas, es decir, de España y Portugal. Las aportaciones hispanoamericanas giran, hoy como siempre, en torno a sus dos grandes polos de irradiación cultural, Méjico y Buenos Aires, aun cuando un nuevo polo se insinúe desde estos últimos años en la cuenca del Caribe, como lógico mediador geográfico, si bien, hasta la fecha, ni la Habana ni Caracas puedan afirmar una supremacía. El primer polo, Méjico, es de influencia directísima y manifiesta. El segundo polo, Buenos Aires, lo es mucho más por afinidad conceptual que por un palpable acercamiento. Los matices, sin embargo, se complican extraordinariamente, confundiéndose concepciones "mejicanas" y "platenses", superando con mucho al simple giro estilístico que podría darle el crisol de una nacionalidad.

De la aportación española se podrían sacar algunas consecuencias al establecer el paralelo de sus dos grandes centros artísticos, Madrid y Barcelona, que es lo que vamos a hacer seguidamente.

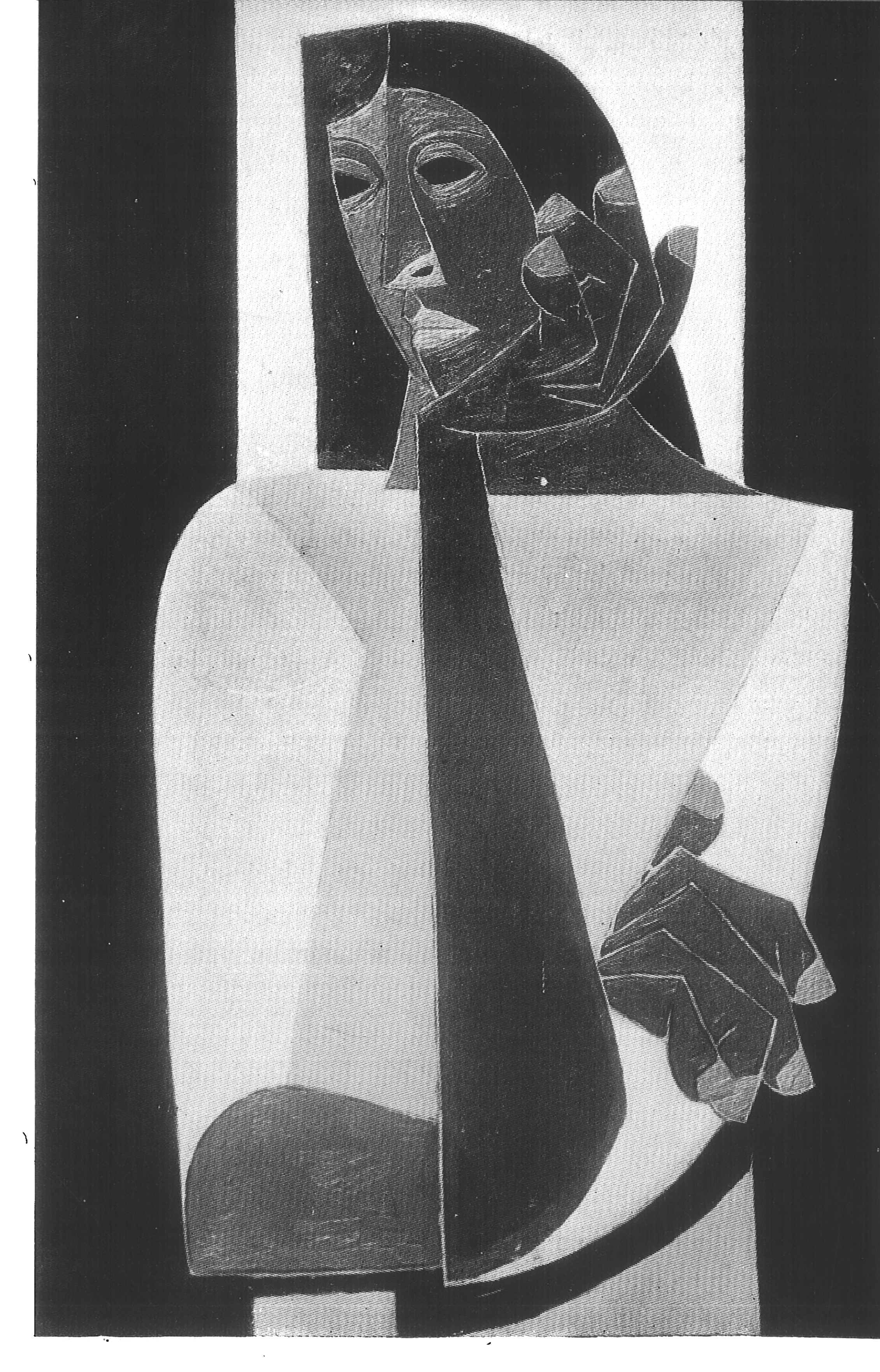
Desde principios de siglo puede advertirse en España una manera dual de enfrentarse con el arte, según que éste venga acuñado por los crisoles mediterráneo o central, crisoles para los cuales Barcelona y Madrid alcanzan la categoría de símbolos.

Cabría hablar de una contumacia en un cierto aborigenismo rupestre de todo el arte de tierra adentro, que trasciende el núcleo central para captarse a todas las latitudes españolas no tocadas por el Mediterráneo. Frente a él existe un arte configurado por una norma más rigurosa, que, al mismo tiempo, se siente más solidario de las lógicas evoluciones establecidas por el momento, y que—por estar atento al latido de su enclave especial, el Mediterráneo—está también mucho más atento al latido del tiempo. Del primero cabría decir que parece un perpetuo conato de retorno a los orígenes. Del segundo, que pareciera estar abocado a un continuado intento de abandono de los orígenes, a los que, sin embargo, se encuentra indeleblemente atado. Bastaría reparar en la función de Madrid y Barcelona en estos últimos cincuenta años del arte para encontrarle a estas dos actitudes todos los antecedentes inmediatos que se quieran. El representante más caracterizado de la actitud madrileña, el que ha logrado la validez universal más genuina, sería José Gutiérrez Solana, pintor absolutamente inclasificable dentro de cualquiera de los moldes conceptuales del arte moderno, absolutamente refractario al encajonamiento estilístimo de los "ismos" de última hora. El representante más clasificado para Barcelona sería, claro es, Pablo Ruiz Picasso, el cual, por el contrario, ha fijado casi todas las normas de clasificación con las que ha tenido que ser medido el arte contemporáneo.

Mas, para restringirnos con exclusividad a la muestra, comencemos por trazar un paralelo de lo que, dentro de ella, sintomatiza a los grupos centrales y mediterráneos. Echemos, por ejemplo, una ojeada al paisaje:

¿Cabe nada más arquetípico, para el paisaje de la España central, que la obra pictórica de Benjamín Palencia, Godofredo Ortega Muñoz y Rafael Zabaleta? Frente a ellos, no tanto en oposición cuanto en ejercicio de contrapeso y equilibrio, hay que señalar la obra del recientemente fallecido Pablo Roig—presentada en esta III Bienal con carácter retrospectivo—, Miguel Villá y Boch Roger. La diferencia fundamental entre un grupo y otro habría que señalarla en un punto en el que la obra de los segundos alcanza un grado de domesticación de elementos absolutamente

GRAN PREMIO DE PINTURA

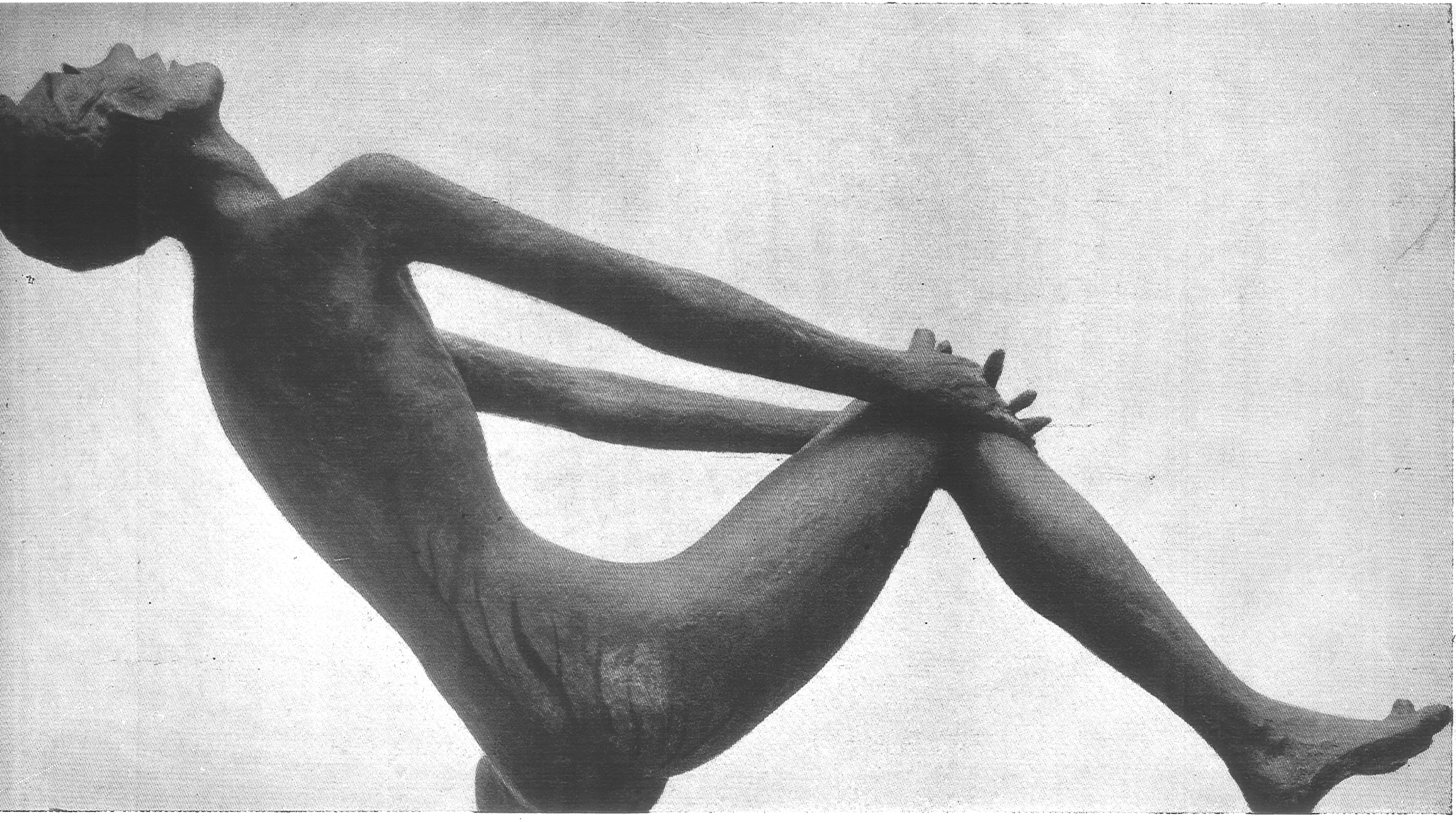


GUAYASAMIN *Mujer india.*

GRAN PREMIO DE ESCULTURA



Desnudo.
ANGEL FERRANT



GRAN PREMIO DE ESCULTURA — P. SERRANO: *Sol.*

GRAN PREMIO DE GRABADO

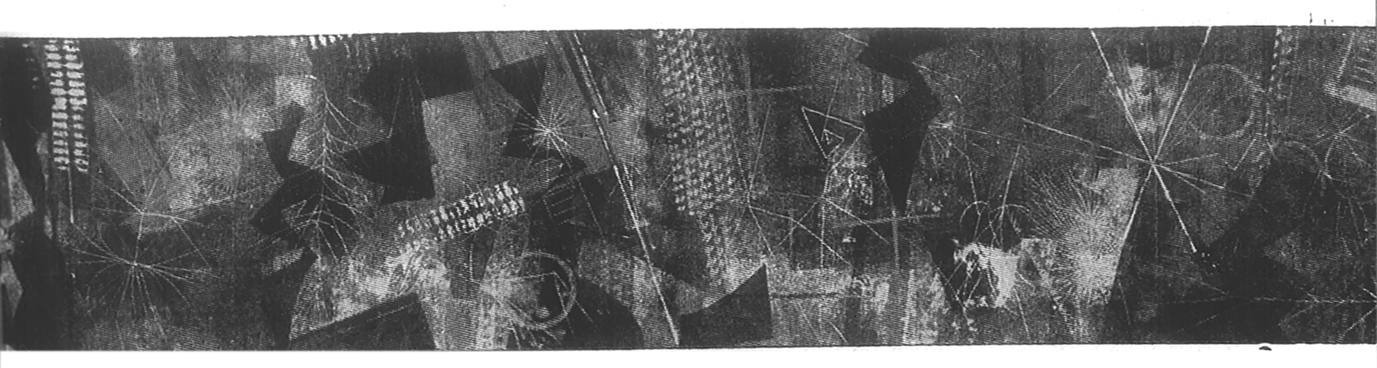


HORTUÑA: *Flores.*

MENCHU GAL
Retrato.

PREMIO DE LA CÁMARA DE COMERCIO DE SAN JUAN DE PUERTO RICO

J. THARRATS
Maculatura.



EMILIO BOSCH
ROGER

Amsterdam.

El pintor y la modelo.

JUAN A. RODA

SILVERA

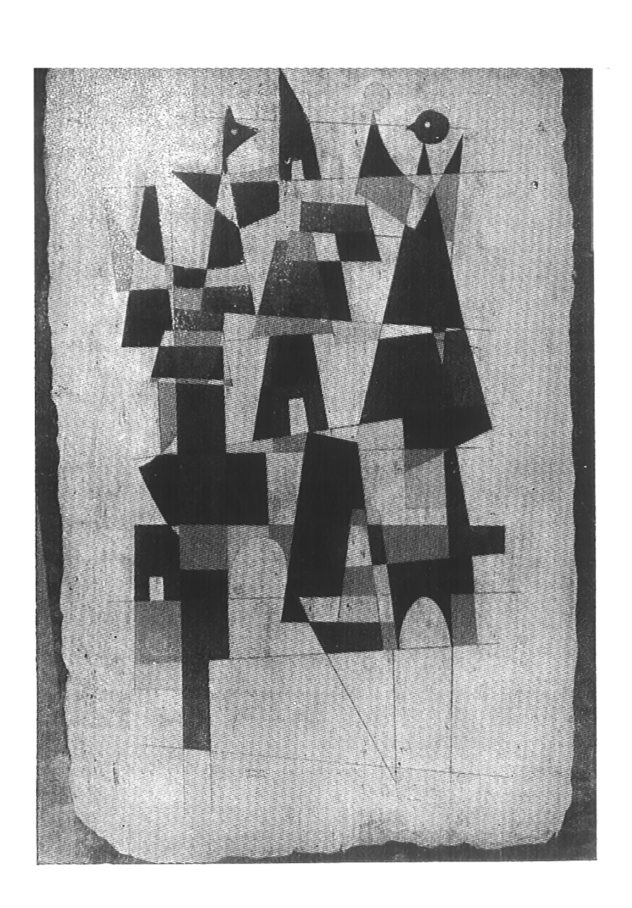
Mujeres tristes.

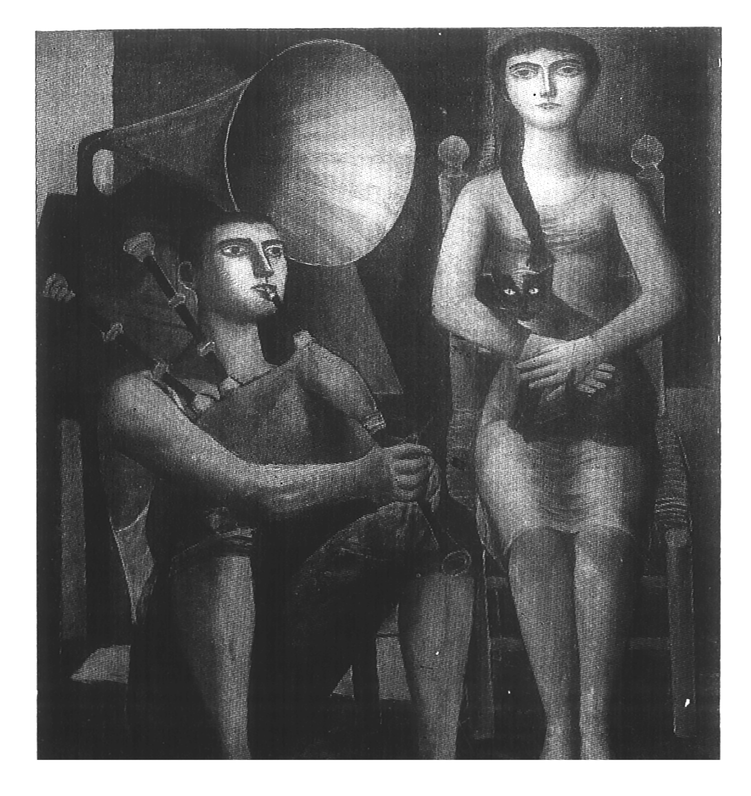


REDONDELA: *Pueblo.*

CARLOS MERIDA

Pintura.





Composición estática.

ALEU

imprevista por los postulados previos de los primeros. Es ésta una facultad casi privativa de las gentes del mundo mediterráneo, por la cual ellos saben hacerse en todo momento responsables de la obra creada, que es la síntesis rigurosa de muchas sedimentaciones conceptuales. Los primeros, en cambio, son un poco espectadores de su propia obra, que, en cuanto a las formulaciones previas, se les da un tanto gratuitamente, pero que está pagada por una gran dosis de febril apasionamiento. En este sentido, la obra de Benjamín Palencia, Ortega Muñoz y Rafael Zabaleta ofrece ciertas dificultades para ser correctamente entendida desde ángulos no españoles. Hay que estar en posesión de un elemental secreto de España para poder apreciar en ellas una justa correspondencia plástica. El paralelo Benjamín Palencia-Miguel Villá puede iluminar un tanto nuestras aseveraciones.

No sería una tarea absurda determinar hasta qué grado la pintura de Benjamín Palencia está creada por una impaciente improvisación. Improvisación que, a fuerza de hacerse cotidiana, se ha hecho costumbre y casi norma y ha llegado a crear una interior sabiduría. Paradójicamente, se podría afirmar que la pintura de Benjamín Palencia es la anárquica improvisación hecha norma. Ningún esquema previo le pone límites a su pintura, realizada con colores enteros y sin modelar, eludiendo casi siempre una armazón o estructura compositiva. Con todo ello alcanza un alto clima de fuerza expresiva, pocas veces conseguido antes de él en el paisaje de España. Sin embargo, cuando la composición de su cuadro exige una armazón compositiva previa—es decir, cuando no es fiel a su propia norma interior, que es la de carecer de normas—, puede caer en lamentables errores, como esa figura de pastor con su perro, expuesta en sala especial de esta Bienal. "Si tu orden es el desorden—cabría decirle aquí, con Valéry—, pagarás prenda por haber introducido el orden."

Frente a él, Miguel Villá asienta sus reales de pintor en cimientos muy firmes: autolimitación y limitación de los elementos de que su pintura consta. En ningún momento cae en la tentación de dotarla de un expresivismo dramático, pues ello implicaría introducir un elemento romántico y descomponedor en su rígido racionalismo. Aquí, la armazón previa domina a la masa cromática, la cual está modelada, incluso físicamente, adquiriendo grandeza por su serena gravidez. Esta rígida ordenación de sus cuadros a un orden conceptual previo presupone una capacidad de abstracción que si, en su caso, no está llevada a los límites extre-

mos, indica bien claramente que Villá pertenece a un mundo artístico donde campea la concepción abstracta.

Hemos aludido con una cierta prioridad a la obra de Benjamín Palencia y a la de Miguel Villá, no por suponerlos con una superior jerarquía sobre los otros paisajistas españoles, sino por ejemplificar una tesitura antagónica, que en ellos se hace más sintomática.

Ortega Muñoz, como Palencia, se encuentra en un perpetuo diálogo con el paisaje, del que ha extraído confidencias magistrales; pero no lo ha puesto nunca en ese borde extremo de tensión expresionista, sino que, por un ensordecimiento consciente del color, ha sabido dejarlo en un dificilísimo punto de equilibrio.

Rafael Zabaleta siente más la Naturaleza por la humanidad que ella puede encerrar que por su confidencia vegetal o geológica. No es un humanista—a la manera de Villá, y también de Sunyer, quienes, por muy poco elemento humano que su paisaje encierre, siempre queda éste reducido a la medida elemental del hombre—, sino que parece más bien pretender una vegetalización de los hombres sobre su paisaje. De los tres cuadros expuestos, el titulado *Paisaje con figuras* insiste en esa su ya tradicional línea.

Pablo Roig y Boch Roger, aun dentro de esa línea del paisajismo catalán, tan preelaborada por conceptos, se desentienden un poco de la armazón rígida, en aras de una mayor musicalidad cromática. Mucho más profunda en el primero, para quien el color es un elemento composicional. En el segundo, el color es, sobre todo, un elemento de brillantez decorativa.

Muy cerca de Villá—o Villá muy cerca de él—está el veterano Joaquín Sunyer. Una orgánica correspondencia de hombres y paisajes unifica la temática de su pintura, en la que una impalpable genealogía ática hace delimitar las masas sobre el espacio en una sinuosidad de curvas delicadísimas. Mompón persiste en esa línea, tan significativa en muchos maestros catalanes, de una supervivencia del cromatismo brillante, que ya no recuerda al impresionismo, aunque sea una consecuencia de éste. Y, por último, si no vinculado a Barcelona, sí al menos al Levante mediterráneo, Francisco Lozano injerta al mediterraneísmo un aporte de indomados colores cálidos, casi inconcebible en los pintores situados al norte del Ebro.

Independientemente de Benjamín Palencia, Ortega Muñoz y Zabaleta—los tres maestros naturales del paisaje central—, el paisaje español de tierra adentro tiene infinitos representantes en esta Bienal. Pero tal vez al considerarlos, tanto el crítico como el mero

observador, se sienta tentado a vincularlo con exclusividad a ese grupo ligado por la temática paisajística que se llama "la escuela de Madrid". Aquí está representada por Cirilo Martínez Novillo, Francisco San José, Juan Guillermo, Agustín Redondela y Menchu Gal (bien que algunos de ellos hayan preferido el retrato y el bodegón como exponentes). Y fuera de esta clasificación exclusivista, José Luis Díez Caneja y Carretero, que, por sus edades, pudieron muy bien ser los catalizadores de esta manera de sentir el paisaje de la meseta.

La gran dualidad de la pintura española no se pone de manifiesto solamente por una manera especial de sentir el paisaje, sino que trasciende a todas las demás manifestaciones pictóricas. El mismo paralelo que antes establecimos para Palencia y Villá pudiéramos establecer ahora entre Francisco Mateos y José Hurtuna, en la elaboración de "la figura" (para transigir con un término asaz caduco e insuficiente), o entre Alvaro Delgado y Xavier Valls, para el bodegón. Y aún podríamos acentuar los conceptos definitorios para dejar más definido el paralelo.

¿Se entenderá suficientemente que no afirmamos aquí que la pintura catalana está en un grado más avanzado que el resto de la pintura peninsular? Lo que pretendemos demostrar es que cualquiera de sus manifestaciones, se encuentre en el grado progresivo que se encuentre, parece estar situada en una posición analítica más decidida, desde la que se diría a punto de dar el salto hacia adelante, mientras que la pintura central, aun situada en la vanguardia más extrema, parece no pretender analizar su propia postura, no razonarla, y aun tratar de volver hacia un punto de partida que se considere más originario.

Retornemos al paralelo Mateos-Hurtuna. Ellos no representan solamente para nosotros un enfoque dual del problema de la "figura", sino, sobre todo, un enfoque dual del problema del expresionismo; mejor, del enfoque de una posibilidad española del expresionismo. No hay ninguna falacia en proponer este paralelo Hurtuna-Mateos, aun sabiendo que en Hurtura el expresionismo es una consecuencia y en Mateos una vocación. (Es evidente que el expresionismo, como problema pictórico, no está planteado de una manera exclusiva en el dominio de la forma; más aún—el nombre es claramente definitorio—, está planteado desde su nacimiento como un problema de expresión, aun cuando la forma sea su máxima apoyatura. Por otra parte, nosotros creemos que hay una línea española de continuidad expresiva, y que, por tanto, el expre-

sionismo es una de las corrientes fundamentales del arte de España.)

En Hurtuna, el expresionismo es una consecuencia de... el carácter de su forma pictórica. Una determinada vocación de forma se ha abierto camino hasta constituir una determinada necesidad de expresión. Su pintura está planteada inicialmente como problema pictórico; pero el carácter de su grafía y de su cromatismo la lleva, incuestionablemente, a ser problema expresivo.

Francisco Mateos plantea su cuadro, desde su origen, como problema expresivo, y, sólo de pasada, la necesidad de su apoyatura formal lo lleva a hacer también del mismo problema pictórico. Hurtuna se apoya en un juego geométrico de rectas y curvas; Mateos, difícilmente utiliza la línea recta, y, en cuanto a la curva, siempre es de una sinuosidad tan orgánica que se escapa a todo posible centro geométrico. El expresionismo del primero se apoya en aristas geométricas; el expresionismo del segundo se apoya en un color caracterológico.

Pues bien: en ellos se ejemplifica también esa doble postura, la analítica y la irracional, con las que quedan distinguidas las actividades mediterráneas y centrales. Naturalmente, las clasificaciones no son tan rigurosas como para que en uno y otro campo de actividad artística no se produzcan escapadas hasta el terreno opuesto. Por ejemplo, en el caso de los catalanes Jordi Mercadé y Jaime Muxart, más afines con Mateos que con Hurtuna, de la misma manera que el central Francisco Moreno Galván se encuentra más cerca de la postura catalanista. Pero, en general, la pintura de tendencia expresionista realizada en el paralelo madrileño lleva un sello de especial irracionalidad, como la de Constantino Grandio, el gallego revelado casi en esta III Bienal. Y, de la misma manera, la pintura catalana lleva un sello de formalismo razonable, de la que en esta Bienal es su ejemplo más evidente Marcos Aléu.

¿Hemos agotado, con lo referido, a la pintura española de la Bienal con posibilidades de comentario? De ninguna manera. Tan sólo hemos querido señalar, como advertimos desde el principio, los límites de lo sintomático.

En orden a ese sintomatismo se han señalado algunos nombres que, claro está, no tienen validez antológica. La amplitud de la Bienal no permite otra reseña. Por otra parte, creemos que el extraer consecuencias generales ha de ser la finalidad básica de estas exposiciones gigantescas, en las que la cualidad personal y distintiva queda casi siempre minimizada.

Con todo, hay un aspecto de la pintura española que merece capítulo aparte, siquiera sea porque su planteamiento problemático es hoy tema candente. Nos referimos al arte no figurativo.

EL ARTE ESPAÑOL NO FIGURATIVO

Las diferencias formales que hemos querido ver originadas por una territorialidad no tienen efecto, o al menos quedan limadas hasta lo imperceptible, cuando se refieren al arte abstracto. No puede, como fácilmente se comprenderá, plantearse tesitura antagónica derivada de un regionalismo cuando el problema todavía está planteado, en lo que al arte abstracto se refiere, en lo que podríamos denominar su reconocimiento legal como tal arte. Por una vez, una parcela de la Bienal hispánica tiene que ser medida con el mismo criterio con que se juzgaría cualquier exposición de tipo internacional, es decir, desde los conceptos internacionales formularios. En lo que al arte abstracto de esta Bienal se refiere, no hay frontera regional, sino frontera de concepciones formales. Por lo cual, y ateniéndonos al papel sintomático que esta crónica quiere para sí, lo que aquí quede dicho para el arte no figurativo español es válido también para el arte hispánico en general.

Naturalmente, eludiremos, si nos es posible, ese insistente replanteamiento de la fundamentación primaria en que se apoya el llamado arte abstracto, y que, por verdadera necesidad casi, constituye la base previa de toda referencia escrita a este tipo de arte. Damos por enterado al lector de tal fundamentación.

Lo que sí haremos señalar, una vez más, porque nos es necesario para afirmaciones sucesivas, es nuestra sospecha de que este llamado arte abstracto no se encentre tan lejos, como podría pensarse por su denominación, del surrealismo.

Hasta tal punto es esto así, que el más marcadamente abstracto de todos ellos—por tanto, el pintor que más filias y más fobias ha suscitado en toda la Bienal—, Antonio Tàpies, procede del campo surrealista más estricto. Y no es que su actual postura abstractista signifique un nuevo punto de vista en la pintura, sino que su actual manera de entender la pintura es el final de una evolución consciente y lógica desde la ortodoxia del surrealismo. No se puede pasar por evoluciones lógicas desde una especie de superior realismo hasta una especie de negación de la realidad, de la misma manera que no se puede pasar de la materia a la nada, por muchas y muy laboriosas que sean las transformaciones. A nuestro

entender, la nueva forma pictórica de Antonio Tàpies, como de tantos otros de los llamados pintores abstractos, es una *nueva forma de un realismo superior.*

Esta, que creemos la cualidad fundamental de Antonio Tàpies, es también la de un grupo muy significativo del abstractismo universal: que rechaza la rigidez de la línea geométrica, como en el caso de Tàpies, para volver a encontrar la vieja línea orgánica de conjuración demiúrgica, o que, contrariamente a Tàpies, adoptan la geometría, pero no con intención de matemática abstracta, sino para provocar efectos de resonancias interiores.

Juan José Tharrats se encuentra también en la misma línea mágica de Tàpies, aun cuando la apariencia sensible sea absolutamente distinta. Y ya es revelador que estos dos pintores abstractos de hoy hayan militado juntos en el mismo grupo surrealista, el grupo *Dau al Set,* de Barcelona, grupo que, a mi entender, representa la última tentativa histórica del surrealismo universal.

Si llamamos a esto abstracción realista, y señalamos seguidamente un tipo de abstracción geométrica, perfectamente evadida de la realidad, tenemos ya definida una de las fronteras del complejo no figurativo. Para polarizarlo en la Bienal, ya que es a ella a la que nos referimos, tenemos que aludir también a su representante más significativo: Planasdurá.

En el tiempo en que Tàpies y Tharrats militaban más o menos directamente en la ortodoxia surrealista, Enrique Planasdurá estaba ya en las filas de la abstracción rigurosa. Lo cual no significa un adelantamiento histórico, porque, como ya hemos visto, el abstractismo de unos y de otros significa algo absolutamente distinto. Planasdurá, como todos los abstractos mundiales que se quiera—e inclúyese en éstos hasta a los neoplasticistas—, plantea su cuadro como un problema de relaciones geométricas y, muy en segundo término, como un problema de relaciones cromáticas. Tal vez, llevando nuestras ideas anteriores hasta sus consecuencias más rigurosas, encontraríamos arcanas correspondencias entre este mundo de relaciones y la estructura interna humana. Pero ello nos llevaría ya a negar de plano a la abstracción, en el arte y en matemáticas, como tal evasión de la Naturaleza.

Finalmente, hay una segunda frontera, que viene a definir un tercer tipo de abstracción: la que podríamos denominar del "abstractismo ornamental", que consiste en un no figurativismo, apoyado exclusivamente en su valor decorativo, del cual es Luis Feito el valor más demostrativo.

Quizá sea la escultura el arte español que, de una manera más nítida, ha señalado esa radical diferencia de intuición de la forma entre el mundo mediterráneo y el mundo central.

Por fuerza hemos de referirnos a lo que es ya historia de estos últimos cincuenta años en el arte. Ahí está todavía como testigo (testigo, por cierto, presente, una vez más, en la Bienal) el maestro José Clará. Clará representa en España lo mismo que Arístides Maillol en Francia—y, otra vez, lo sintomático se asocia a nuestras aseveraciones, pues tanto Maillol como Clará son catalanes: uno, de la Cataluña francesa, y, otro, de la española—; representa, decimos, una línea de gravidez clasicista, en oposición a la orgía romántica de la escultura impresionista de un Rodín. Otra vez vemos en esto una constante de la vida catalana. Ya Manolo, el gran Manolo Hugué, afirmaba que, sin el Renacimiento, el arte de hoy no sería posible, y reivindicaba la contundencia de las formas masivas y pesadas como la gran virtud de la escultura. Por cierto que, aun cuando en retrospectiva, también está Manolo presente como testigo en la exposición barcelonesa.

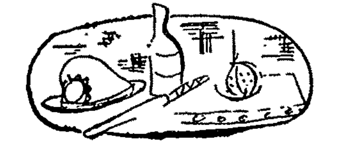
En la actualidad, si bien adaptándose a todas esas exigencias que la escultura moderna, desde Gargallo, Julio González y Moore ha impuesto, el arte mediterráneo de la escultura señala también esa línea fundamental, en la que desde un principio venimos insistiendo: de una parte, serenidad y gravidez mediterráneas; de otra, expectativa a todas las sugerencias que vienen de la mano del momento. Ahí está, por ejemplo, Angel Ferrant, escultor madrileño por muchos conceptos, pero catalán por naturaleza interior y hasta por ascendencia. Angel Ferrant ha llegado a un grado de esquematización en la escultura que le ha permitido ser maestro de todos los escultores españoles contemporáneos con vigencia futura. Y, en su línea, Eudaldo Serra, claro y directísimo discípulo. Ambos han comprendido la validez que para la escultura contemporánea tiene no sólo la masa, sino la ausencia de la masa como contraste, y en eso estriba su cualidad de contemporáneo, además de en su capacidad de abstracción de la forma. Su mediterraneísmo está en la ya señalada gravidez y en un punto de acabamiento formal muy exigente.

En cuanto a la escultura central, el maestro más significativo de esta Bienal es José Planés, mediterráneo, sin embargo, por su nacimiento murciano; pero del interior no sólo por radicación, sino también por gravitar decididamente dentro de la órbita de

Madrid. José Planés está en la línea de la escultura más exigentemente moderna, aceptando todas sus conquistas. Pero un último estrato, irreducible en él, lo lleva a la situación que pudiéramos llamar de retorno a la tierra. Efectivamente, Planés, a pesar de su extremada modernidad, nos recuerda siempre un presentido celtiberismo de la forma, incluso en ese signo incisivo con el que remarca las sinuosidades de sus masas.

Para el efecto sintomático que perseguimos, queden aquí reseñados con exclusividad estos tres escultores.

(Concluirá en el próximo número.)



EL GALLEGO DEL CAFETAL

POR

MARIANO TUDELA

Tuvo una buena cabalgadura. Desde la plantación del Norte corrió a alegre brida pegado a las márgenes del Araranguá. Espingardo *trotó contento. Cruzó en un soplo el cerrado, sin detenerse a ver la* mangabeira, *cosa que le hubiese gustado, porque así podría hablarle después a Lima Duarte de cómo iba el látex por aquellos días otoñales.*

Llegó con noche al cafetal. El capataz, según le dijeron, le estaba aguardando. Se fué derecho a su casamata. Inacio Pereira no demostró contento por verle llegar. Inacio Pereira era hombre de pocas palabras y menos gestos, que no parecía sentir jamás frío ni calor.

—¿Se dejó el recado en la plantación de allá?

—Sí, capataz.

—¿Quedó enterado Funchal Pinto?

—Sí, capataz.

—¿Mostró enojo al enterarse?

—No, capataz.

—¿Crees que cumplirá?

—Ni lo creo ni dejo de creerlo, capataz.

Inacio Pereira, con su rostro de hacha, con su frío de muerto en la expresión, le dió las buenas noches. El se fué pensando que Inacio Pereira, el capataz, hablaba un portugués difícil, demasiado duro y demasiado seco, un portugués extraño y casi atroz. Pensándolo, se dió de narices con la cantina. Se pasó la lengua por los labios y sintió deseos de alcohol. Se imaginó su cuarto y el trozo de techumbre desconchada que contemplaba a la fuerza todas las noches, antes de dormirse. También se imaginó el lecho duro y angosto. Y el ruido obsesivo del despertador. Y el mármol frío de la mesilla. Y..., sí, también la carta que había dejado allí muy de mañana, antes de emprender la cabalgada... Entró en la cantina.

—Un traguito de ron.

—Y ¿cómo por aquí a estos instantes?

—Ya ve...

Benito, el gallego del cafetal, ya hacía sus buenos años que respiraba por aquellos andurriales. Benito, el gallego del cafetal, había visto platear sus sienes en aquellos pagos del ricacho Euclides de Carvalho, allá a un buen galope de la Serra de Cantareira, tan hacia el lado del mar que podría jurarse que hasta allí llegaban el viraçao y el terral, los dos mejores vientos mareros del Brasil y aun de casi toda la América de abajo. Benito, que entonces aún no era el gallego del cafetal, había llegado caminando por la Serra das Vertentes, viviendo un poco de lo que caía, que no era mucho, perfeccionando su portugués y aprendiéndose el tupí, que no era poco.

Entonces fué cuando se armó el jaleo de los bandeirantes de cafetales. El excelentísimo señor Euclides de Carvalho le había dicho al capataz Agostino (el que siete días después habría de morir de bala):

—Tú vas y les haces mangas a los del oficio. Con un centenar de buenos brazos tendremos cincuenta peones en un mes.

Benito, el gallego del cafetal, era de la promoción de los buenos brazos. En poco más de treinta días se hizo tan buen peón, que ya casi se había convertido en insustituíble, y no podía ser listero, ni capataz, ni ninguna otra cosa.

—Mire, amigo—le decía a su compañero Lima Duarte—, la suerte es para quien la atopa, y no hay más músicas. ¿No me ve usted a mí? Cuando se cargaron al capataz Agostino, el patrón presumía con su idea de hacer mangas a los del oficio: pronunciaba mi nombre, y decía que yo era tan buen peón como el que más. ¿Ha visto usted, amigo? Inacio Pereira y Funchal Pinto eran de mi clase, y andaban a tarascadas con el trabajo. Hoy, Inacio Pereira es primer capataz, y Funchal Pinto está de listero en la plantación del Norte. ¿Qué le parece, amigo?

Lima Duarte, el amigo de Benito, el gallego del cafetal, nariz anchota y labios gordezuelos, cabeza monda y mirada de través, procuraba mantener en la serenidad a su amigo.

—Otros van peor, Benito. No hay que quejarse.

Pero a Benito, el gallego del cafetal, las palabras de Lima Duarte le resbalaban por la epidermis. A él no le convencía nadie.

* * *

Con dos traguitos de ron de la cantina, Benito, el gallego del cafetal, se acostó rendido. Como todas las noches, llegó hasta sus

narices el hedorcillo picante del sudor de Alberto Carneiro, el peón compañero de cuarto.

Benito, el gallego del cafetal, no pudo dormir así de buenas a primeras, y se quedó desvelado como una damisela histérica, sintiendo ahogos y palpitaciones. Creyó que dormiría porque el trayecto había sido largo en la silla, y porque, además, le levantara a pique de amanecer, al sonar las cuatro y media. Pero ahora, con la noche desplomada sobre el cafetal, desgranándose los minutos del despertador, caminando inexorablemente hacia otra jornada de trabajo, Benito comprendió que ya no dormiría. Entre otras cosas, porque rompió a pensar en la carta recibida ayer, imaginándose párrafos enteros. Manuel le hablaba de los demás. Recordaba a todos perfectamente. Ramiro, Candal, Sobrado, el propio Manuel. Cuando él emigró, según decían, todos le seguirían al poco tiempo. Ninguno lo hizo, después. Manuel heredó unos duros y puso una taberna en el campo de la feria. Ramiro y Sobrado trabajaban en la aldea. Candal no fué a la ciudad. Menos Sobrado, los demás se habían casado. Le escribían con frecuencia. Unas veces Manuel, otras Ramiro, otras Sobrado o Candal. El les contestaba cuando ya había pasado mucho tiempo, pidiéndoles, invariablemente, perdón por la tardanza. Voy sobre ruedas, amigos—*les decía a cada dos por tres*—. En unos cuantos años, que no serán muchos, me voy a la tierra a disfrutar de los ahorros... *Un buen día se inventó un ascenso y le escribió a Candal, diciendo que ya había dejado el peonaje para convertirse en segundo listero de la plantación.* Una mina, bien mirado, porque da su plata y su dignidad. *Durante algo más de un año se imaginaba segundo listero cuando escribía a los amigos de allá. Después, listero sin nadie delante, sin cortapisas ni jefes en su cometido. Ocho meses más y Benito, el gallego del cafetal, se dejó una noche llevar de la imaginación y le escribió a Sobrado, diciéndole que, al fin, había conseguido de la confianza de sus jefes el puesto de capataz.* Con esto, el día del regreso se acerca. Pronto beberemos juntos en la taberna de Manuel. *La carta recién llegada acusaba recibo a la gran noticia. Le pedían una fotografía para enseñar a las amistades. Benito, el gallego del cafetal, tendría que fotografiarse a la puerta de su puesto y al frente de su peonada. Se acordó de Fidelino, el compañero que se sacaba un bonito sobresueldo con la monserga de la fotografía. La máquina de Fidelino era de cajón, y actuaba con frecuencia en las lindes del cafetal. Pero ¿cómo iba él a conseguirse una fotografía en solfa de capataz cuando aún no había podido pasar, al cabo de los años, de humilde peón?*

Quizá por eso, justamente, Benito, el gallego del cafetal, no podía conciliar el sueño y daba vueltas en el catre, percibiendo con nitidez el hedorcillo picante del sudor de Alberto Carneiro, el peón compañero de cuarto.

* * *

Ocho, diez o doce días pasan pronto y no se notan. Benito, el gallego del cafetal, tampoco los hubiese notado de no ser por los momentos en que pensaba en la carta de Manuel.

Por las noches, al cesar el trabajo, se reunía en la cantina con Lima Duarte y hablaban de lo que cayese por pura casualidad.

—Albertino Soares dió en el clavo. Se despidió para irse a una plantación del valle de Paranapanema y se casó con una hembra rica en ganado bovino.

Benito, el gallego del cafetal, respondía a tontas y a locas:

—Uno no sabe en dónde tiene su suerte.

—No lo sabrás tú; yo sí que lo sé.

—¿Sí?

Lima Duarte hablaba confidencialmente, moviendo con lentitud sus labios abultados, en son de muchacho que mira hacia su porvenir con ilusiones recién estrenadas.

—Mi suerte está en el látex. Lo sé hace años. Unicamente espero la ocasión...

Benito, el gallego del cafetal, oía las palabras de Lima Duarte sin demasiado entusiasmo. Bien sabía él que todos los peones de la plantación acariciaban parecidos proyectos. Era como un fondo perdido de ilusiones, que muy pocas veces se realizarían.

A las horas del sol—y de lluvia, por aquellos días—, Benito, el gallego del cafetal, trabajaba sin ganas, y contemplaba, casi con asco, el aspecto frío y sin alma del capataz Inacio Pereira.

—Dentro de tres días tendrás que volver a la plantación del Norte.

—Sí, capataz.

—Hablarás con Funchal Pinto.

—Sí, capataz.

—Cuando yo te avise, preparas a Espingardo.

—Sí, capataz.

Benito, el gallego del cafetal, también contemplaba el rostro como vomitado, pálido amarillento, de Fidelino, el fotógrafo de ocasión, el peón avisado, que tendría que hacerle la fotografía de ser ciertas sus invenciones.

Un día, Lima Duarte le sopló al oído:

—En el poblado me ha dicho María Francisca que si te puedes dejar ver.

Benito, el gallego del cafetal, casi había olvidado a María Francisca, la del poblado. ¿Para qué dejarse ver? En aquello de mujeres, Benito iba perdiendo entusiasmos.

—O que si no, que le mandes una carta.

A Benito, el gallego del cafetal, lo de la carta de María Francisca le trajo a la memoria la de Manuel. Se le esquinó el gesto y sintió como un vago mareo. Se le ocurrió de pronto que, para acabar con aquella preocupación, no se podía tirar más que por un solo camino. Y se dispuso a dirigirse por él.

* * *

A la hora de la cantina, Benito, el gallego del cafetal, se escondía entre las sombras. Su cuerpo achaparrado se deslizaba bajo la lluvia. Sabía que la casamata donde se cobijaba Fidelino era la última de la vereda, la misma en que él se había cobijado recién llegado a la plantación.

Benito, el gallego del cafetal, no tuvo dificultades. Todos estaban en la cantina. Entró como pudo en la casamata y buscó el rincón de Fidelino. Arrambló con la maquinita de fotografiar del peón. Volvió a mojarse bajo la lluvia, a esconderse entre las sombras. Arrojó al lodo la máquina y la golpeó con una piedra grande que encontró en la vereda. Se fué contento a la cantina, convencido de que ya nunca más el peón Fidelino volvería a dedicarse a la fotografía.

—Un traguito de ron.

—Y ¿cómo tan tarde hoy?

—Y...

—Y ¿cómo tan mojado?

—Y...

Antes de acostarse, en su cuarto, rompió con rabia la carta de Manuel.

* * *

A Benito, el gallego del cafetal, le fué a avisar Lima Duarte de que el capataz Inacio Pereira quería verle la oreja.

—Y ahora mismo, que ha dicho...

Benito, el gallego del cafetal, se fué temblando a ver a Inacio Pereira. Se le había ocurrido que muy bien podría ser a causa de lo de la maquinita de Fidelino. Pero ¿cómo iba a haberse enterado el capataz?

—Usted dirá, capataz.

El tímido sol, que entibiaba la mañana húmeda, iluminaba la cara de Inacio Pereira. El capataz tenía algo de realmente humano en aquella ocasión. Su rostro no tenía nada de amarillenta palidez. Había calor cordial en su expresión. Nada, en cambio, de su proverbial frialdad mortuoria.

—Usted dirá, capataz.

—Mira, Benito, tú sabes que yo sé conducirme con los peones que lo valen.

—Sí, capataz.

—Y que, por mucho que digan, yo sé distinguir y ser justo...

—Sí, capataz.

—Y que a mí no se me engaña así como así...

Benito, el gallego del cafetal, temblaba como nunca había temblado.

—Sí, capataz.

Inacio Pereira guardó un silencio. Sonreía. Benito, el gallego del cafetal, esperaba, como diciendo:

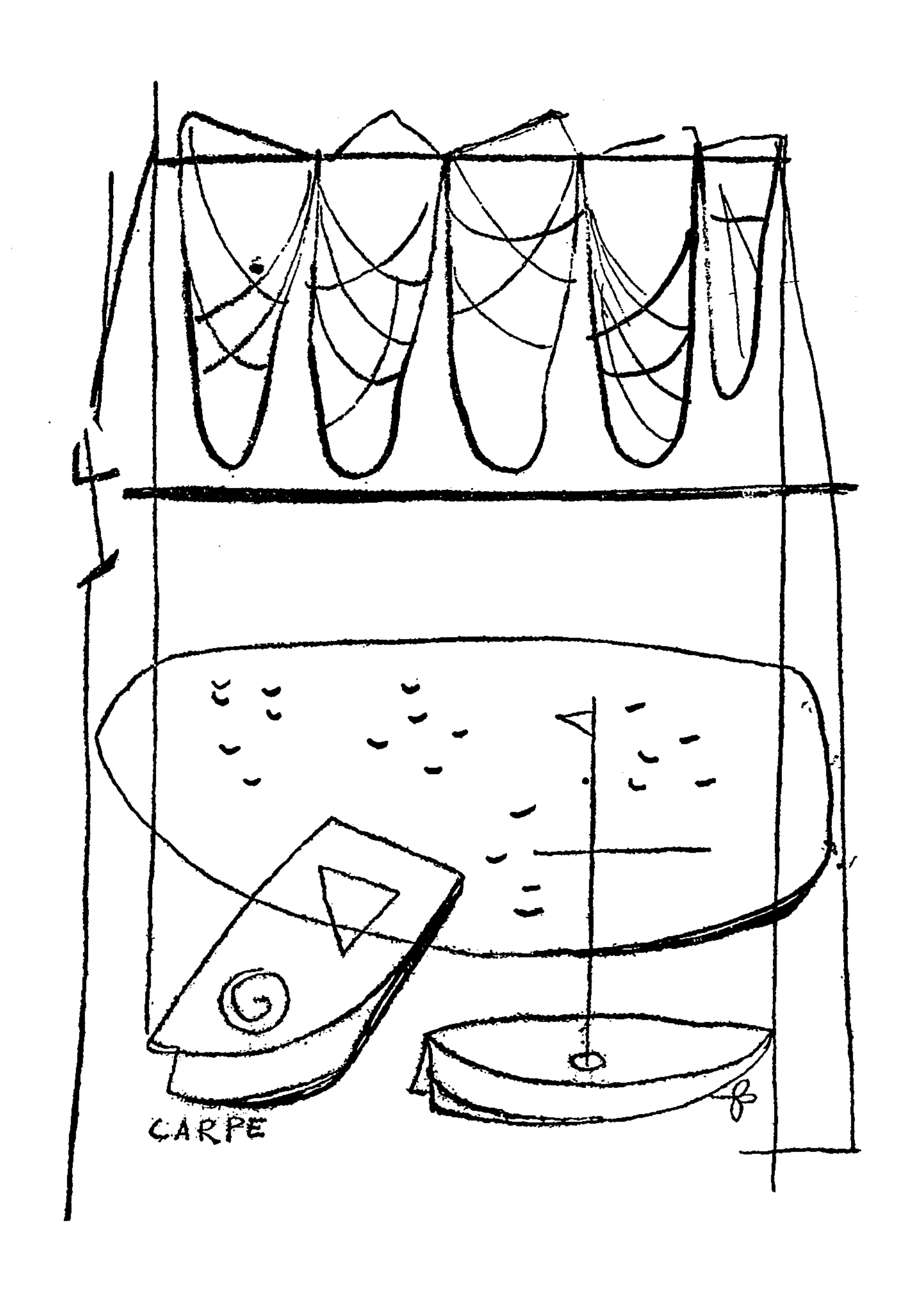
—Usted dirá, capataz.

Inacio Pereira, al fin, se decidió:

—Pues... que, con la venia del excelentísimo señor Euclides de Carvalho, eres, desde ahora mismo, segundo capataz de los cafetales del Norte...

Cuando Benito, el gallego del cafetal, salió de hablar con el capataz Inacio Pereira, un suspiro se le iba y otro se le venía. En el trabajo, todos los peones hablaban entre dientes de lo de la maquinita de Fidelino. Lima Duarte se quedó mirándole, pero no le dijo nada. A Benito, el gallego del cafetal, el aire le resultaba insuficiente y no podía tragar saliva. Tenía la cara roja de vergüenza, de indignación, de contento, de todo a la vez...

Mariano Tudela.
Cantón Pequeño, 31.
LA CORUÑA (España).



BRUJULA DE ACTUALIDAD

EL MES DIPLOMATICO: ¿UNA CONTRARREVOLUCION FRANCESA?

Tras la terminación de la segunda guerra mundial se ha dado con frecuencia en decir que Francia estaba prácticamente acabada. La catastrófica derrota de 1940, luego de que tantas personas creyeran en la imbatibilidad de las armas francesas; el deplorable espectáculo que acompañó a la liberación y el establecimiento de la Quatrième République enajenaron la confianza de los más inveterados francófilos. Y los acontecimientos que sucedieron más tarde, las cuestiones de Indochina y de Africa del Norte—sin hablar de la inestabilidad política interior—no han contribuído ciertamente a recuperar un prestigio tan gravemente afectado.

Si, no obstante, se tiene una visión más amplia y se observan los acontecimientos en su perspectiva histórica, se convendrá que sería imprudente enjuiciar ahora definitivamente a Francia. Porque en la historia de las naciones conocemos decadencias definitivas y desfallecimientos transitorios. Estos últimos apenas se distinguen, en sus manifestaciones objetivas, de los primeros. Pero si se estudia a fondo la actitud mental y moral de una nación, podrán percibirse ciertas diferencias fundamentales. Porque una decadencia definitiva provoca un abandono más completo, un desánimo mucho más general que esos momentos de flaqueza, que son siempre el resultado de ciertos accidentes históricos—guerras excesivamente costosas en sangre humana o revoluciones demasiado destructivas—, que dejan más o menos intacto el sólido fundamento, que es la auténtica sustancia de una nación.

Así, pues, sería prudente una reserva de juicio sobre Francia, tanto más si los signos externos parecen apuntar la directriz de un relevo, de una renovación. Si todavía es prematuro afirmar nada definitivo, no es menos cierto que el observador del escenario político deberá tomar necesariamente buena nota de los nuevos hechos. Además, desde el punto de vista más general de Europa, nada de cuanto acontezca en París debe dejarnos indiferentes.

Incuestionablemente, Francia ya no es una gran potencia. No cabe duda a este respecto, y los esfuerzos para perpetuar una ficción sólo pueden ser infructuosos. Por otra parte, ninguna nación europea aislada, incluída Alemania, puede pretender ya una posición de primer rango. En la era atómica, mientras surgen potencias mundiales de las dimensiones de los Estados Unidos y la U. R. S. S., el territorio de cada una de nuestras naciones es

demasiado pequeño, y su economía excesivamente restringida para permitirle por sí sola aspirar a un papel mundial. Pero, al mismo tiempo, es incontrovertible que una Europa unida puede convertirse en primera potencia en virtud de su superioridad económica y de la alta calidad de su población. Es, en consecuencia, incontestable que hoy día la actitud de cada nación europea tiene su importancia ante la unificación del continente. Y si ésta ha de lograrse, a cada una de las partes que la compongan le incumbirá el deber de contribuir a su éxito. Y es aquí donde el papel de Francia alcanzaría un primer rango. Porque ni en el orden geográfico ni en el orden económico, una unión sin Francia sería efectiva. Sin ella, esta unión podría indudablemente realizarse; pero estaría muy lejos de ser perfecta.

A mayor abundamiento, en el campo del pensamiento político de Europa, Francia ha representado siempre un papel de importancia. En cierta medida podría decirse que muchas de las grandes corrientes del espíritu europeo tienen sus orígenes en Francia. Esta realidad no ha sido siempre afortunada. Muchas de las grandes desgracias de nuestro mundo proceden de las márgenes del Sena. Basta con recordar a la Revolución Francesa. Pero junto a estos acontecimientos, cuyas consecuencias sufrimos, otras ideas más constructivas hallaron sus fuentes en Francia. Mientras todas las fuerzas europeas sean necesarias para reconstruirla, no es el momento indicado para privarnos de una de las fuentes vivas de nuestro porvenir. A condición, por supuesto, de que no esté completamente agotada.

* * *

Para comprender bien los fenómenos de la hora presente, es preciso remontarse a un cierto pasado, y en especial a la Revolución Francesa. Esta Revolución no fué un simple accidente histórico; fué la consecuencia de una evolución larga y lógica. El elemento laico del Renacimiento, en parte alguna fué recibido con mayor avidez que en París, en la Corte de los grandes monarcas. Porque en Francia, al contrario que en los países germánicos, la tendencia se inclinaba hacia el absolutismo real. Este absolutismo exigía la absorción gradual en el Estado de todos los organismos vivos, que tradicionalmente se interponían entre el poder central y el pueblo. Pero para justificar este fin se invocó, sin embargo, la omnipotencia monárquica del Rey Sol. Y como la idea cris-

tiana se opone a semejante concepto, es lógico que el poder central favoreciese estas tendencias paganizantes que justificaban el absolutismo.

No es sorprendente que, en buena lógica histórica, semejante evolución acabara por destruir a quienes fueron sus creadores. Las doctrinas de Rousseau o de Voltaire, celebradas en París y en Versalles, fraguaron por sí mismas los cimientos de la Revolución. La idea del contrato social y el anticristianismo destructor socavaron la base del Estado. Ciertamente, los teóricos de la Revolución no llegaron a conocer las consecuencias lógicas de su obra. Todos ellos habían muerto cuando su semilla germinó. No es menos cierto que la entronización de Voltaire por un París delirante representó mejor el primer acto de la Revolución que la toma de la Bastilla. Esta última no fué sino el correlato inevitable de una operación realizada mucho antes.

Esta evolución política nos prueba un importante hecho. No se presta suficiente atención a los movimientos intelectuales. En nuestro materialismo político, nos olvidamos que es justamente el pensamiento la precedencia obligada de la acción, y que la idea es mucho más fuerte que el poderío económico y las armas. Además, la idea no puede aislarse. De este modo, la ideología de la Revolución Francesa no pudo contenerse en Francia. Porque, a pesar de los esfuerzos de todos los soberanos reunidos, acabó por conquistar a Europa entera en el plazo de dos generaciones, y triunfó por doquier después de 1848. A partir de esta fecha, el triple lema de "Libertad-Igualdad-Fraternidad" se convirtió en un tabú de la política internacional. Nunca jamás se pensó en oponerse a él, con la excepción de la rebeldía individual de grandes pensadores, como Donoso Cortés. Pero incluso las ideas del gran español parecieron caer desde el principio como semilla en roquedal.

Desde luego, este triunfo absoluto de la ideología revolucionaria hubo de provocar la reacción. De forma significativa, ésta se originó igualmente en Francia. Porque en este país el exceso mismo del mal se deja sentir en primer término. A la orilla del Mediterráneo se elevó la voz del escritor francés Charles Maurras, quien, en su *Enquête sur la Monarchie* y en sus estudios subsiguientes, atacó el fundamento mismo del pensamiento político de la Revolución Francesa. En relativamente poco tiempo, Maurras consiguió asegurarse una amplia vigencia en el mundo intelectual y universitario: el mismo mundo que aclamara en tiempos a Rousseau y a Voltaire. Pero, al igual que las ideologías revolucionarias, tampoco supo ganar para su causa a las masas. Su pensamiento era

excesivamente abstracto. Hablaba un lenguaje que las gentes no podían comprender. Pero la semilla que sembró durante décadas cayó esta vez sobre terreno fértil, incluso a pesar del hecho de que su racionalismo le impidiera llegar a la conclusión lógica de su propio pensamiento. Porque sólo demasiado tarde en su vida de político comprendió el sentido auténtico y cristiano del Estado, que por sí solo puede permitir una edificación ambiciosa. No obstante, había puesto los cimientos de su obra futura. Porque en la buena lógica de las cosas Maurras hubo de morir sin conocer tampoco los resultados de su obra.

* * *

La estructura establecida por la Revolución Francesa había tomado, a partir de 1870, la forma de la Troisième République, que se fué a pique en el verano de 1940 bajo los embates del Ejército alemán. Todos los franceses de la época—incluídos los más altos dignatarios de la República—se pusieron de acuerdo en decir que el Régimen llevaba en sí mismo, en gran medida, la responsabilidad de su decadencia. El Gobierno del mariscal Pétain intentó someter a Francia a normas diferentes. Pero hubo de fracasar en su intento porque este esfuerzo se realizó en condiciones desfavorables, mientras el país se hallaba ocupado por el enemigo. En semejantes circunstancias, era imposible hacer nada estable. Porque la misma presencia del ocupante hace sospechosa toda acción gubernamental. Asimismo, la liberación de 1944 agrupó, a pesar de todas las promesas, a los mismos hombres bajo el mismo espíritu que animó a la Troisième République, tan desacreditada... En fin, los errores del pasado no sólo no fueron enmendados, sino que acabaron por multiplicarse. La Constitución creada entonces hizo ingobernable al país, porque llevaba en sí mismo sus propios gérmenes destructivos. Por otra parte, la crisis se instaló permanentemente en Francia, y de tal modo, que las grandes masas del pueblo vivían bajo la sensación de encontrarse siempre ante lo provisional. En momento alguno de su ajetreada existencia, la Quatrième République dió impresión de estabilidad. En su estructura se mostró incapaz de hacer frente a las responsabilidades sociales, económicas y políticas de la nación.

El primer signo tangible del descontento popular fué la victoria gaullista en 1952. Pero este triunfo no tuvo porvenir. Porque la mayoría de los representantes de este movimiento eran adictos al

régimen, y fueron incorporados fácilmente. En lugar de intentar una lucha de renovación, se los encontró al poco tiempo en las poltronas ministeriales. Desde la perspectiva del poder, las reformas les parecían menos urgentes. Así se siguió el viejo lema: "Bueno es hablar siempre de reformas, pero jamás hacerlas." Sólo que en el juego perdieron la confianza de las masas. La derrota del partido degaullista en las pasadas elecciones del 2 de enero es la consecuencia ineluctable de una política seguida durante cuatro años.

Pero si el régimen procedió a asimilar a quienes habían sido comisionados para reformarlo, no sucedió igualmente con las masas. Hastiados de sus jefes, partieron a la busca de nuevos objetivos. Y así fué como, en 1953, apareció un hombre joven y dinámico, excelente orador, popular hasta el colmo, que en menos de dos años consiguió cristalizar la oposición. Sin dinero, sin apoyos poderosos, y en los primeros momentos sin organización, Pierre Poujade acabó por crear en dos años el movimiento de masas más destacado de la hora presente, y a conducirlo al triunfo electoral, que hizo de él, ante la general sorpresa, el único vencedor del 2 de enero de 1956.

* * *

Mucho se ha especulado en torno al poujadismo en las últimas semanas. Por regla general, parece que se ha comprendido muy poco la profunda significación de este movimiento. Se ha parado mientes demasiado fácilmente en sus aspectos superficiales para no ver las auténticas causas de este fenómeno político.

Es absurdo, naturalmente, clasificar arbitrariamente al poujadismo dentro de la ideología fascista. Desde luego, es dar pruebas de pereza mental. Porque el fascismo, sobre todos sus aspectos, representa una actitud típica de entreguerra, y hoy nada tiene que hacer. Es necesario juzgar un movimiento de 1956 siguiendo los criterios de hoy día, y no según los que tuvieron vigencia hace veinte años.

Por supuesto, sería asimismo malintencionado querer detenerse en ciertos aspectos personales o económicos del movimiento. El poujadismo como tal nada tiene que ver con estas cuestiones, en lo más interesante de su fenómeno político. El movimiento puede triunfar o sucumbir. Los meses venideros nos lo dirán. La prueba más difícil, la de la acción práctica parlamentaria, se encuentra

todavía ante él. Y este partido, compuesto por hombres del pueblo, por hombres sin práctica política, en uno de los Parlamentos más refinados del mundo, con ciertos veteranos profesionales que lucharán contra él, puede muy bien fracasar. De hecho, sería casi milagroso que el poujadismo consiguiera hacer frente a obstáculos tan formidables. Pero que lo consiga o no es cosa aparte. Lo que nos interesa, ante todo, en cuanto se refiere a este movimiento, es la realidad profunda que expresa. En efecto, prueba una reacción de las masas contra la quiebra de la Revolución Francesa, un triunfo de la doctrina preconizada por Maurras, y es el comienzo de una contrarrevolución francesa, que se dibuja muy claramente en el hecho de que sea la juventud la fuerza victoriosa del nuevo partido.

En efecto, es interesante señalar que, mientras antes de la guerra, los movimientos llamados "Ligas", "Cruces de Fuego" y otros eran conducidos esencialmente por una generación que frisaba o superaba la cuarentena, no sucede lo mismo hoy día. El poujadismo francés es, por lo general, menor de treinta años, y expresa esa renovación de la juventud europea, que determinará el hecho más destacado de los años venideros.

Nuestros regímenes democráticos actuales son esencialmente regímenes de provectos. Los partidos políticos han heredado sus programas del siglo XIX. Sus objetivos podrían justificarse entonces; hoy día no lo son en la era atómica. Además, con dificultades crecientes, los beneficiarios del régimen introducirían reglas tendentes a hacer casi imposible el ingreso de jóvenes o de fuerzas nuevas en la vida pública. Actualmente, en la mayor parte de las llamadas democracias europeas le es imposible a un hombre joven la participación en la vida política, a menos de haber manifestado previamente su sumisión a los felices usufructuarios del poder. Bajo pretexto de defender la democracia, se han establecido regímenes de seguridad vitalicia en favor de políticos profesionales en activo. En consecuencia, no es sorprendente que, en la hora actual, la Europa occidental esté en gran parte regida por hombres anteriores a la primera guerra. Y tampoco debe sorprendernos que jamás tengan sucesores. Porque el mismo régimen es hostil a quienes mantengan una opinión independiente o libre.

La rebelión de los jóvenes que contemplamos en el fenómeno Poujade es interesante, porque prueba, en efecto, que la juventud desea una renovación total. En los países anglosajones, en que los regímenes están correctamente establecidos, la juventud ingresa sin dificultad en los cuadros políticos existentes. Los partidos que go-

biernan no conocen dificultades a la hora del reclutamiento. Pero en la Europa continental sí existen problemas. Porque la juventud no se deja impresionar por el Régimen y exige una reforma radical, una ruptura con la tradición de la Revolución Francesa y una auténtica renovación. Ahora bien: esta renovación es todavía una vaga idea. Falta el concepto preciso. Pero también faltaba este concepto entre los fautores de la República Francesa. Y se precisa en la acción, sobre bases ideológicas aportadas por los pensadores.

* * *

Así, pues, los movimientos políticos en Francia presentan un sentido más profundo de lo que se admite por regla general. Es preciso tomarlos seriamente, y necesitan ser considerados en su conjunto. Sería falso dejarse impresionar por esta o por aquella personalidad; lo que importa es este gran mar de fondo que se anuncia.

La significación de los acontecimientos de París rebasa las fronteras de Francia. Nos encontramos en vísperas de una crisis política general en Europa. Puja una juventud que quiere romper con las falsas tradiciones de siglos caducos, que no admite ya ideologías que condujeron a la bancarrota. No busca su inspiración en el extranjero. Esta juventud la busca en la nación misma y en los valores eternos de su auténtica tradición. Se trata de un movimiento sano, una contrarrevolución en puertas. Los signos iniciales se muestran ya en todos los países occidentales. 1848 fué un año de revolución europea. Nos aproximamos a una fecha similar. Sólo que esta vez su sentido será diferente.

OTTO DE AUSTRIA-HUNGRÍA

UN PERFIL DE LA ACCION COMUNISTA: LA PENETRACION COMERCIAL EN IBEROAMERICA

En ocasión anterior—en el número 59 de CUADERNOS HISPANOAMERICANOS—hacíamos alusión al significado de las relaciones comerciales entre algunos países iberoamericanos y el bloque del Este. Actualmente, la cuestión se hace acreedora a un mínimo de atención. Basta tener la mente medianamente equilibrada para pensar de esta forma.

En los pasados dieciocho meses—pero particularmente desde la Conferencia de Ginebra—se ha asistido a un incremento marcado en el comercio entre el bloque comunista y las naciones del hemisferio occidental.

En el presente, la ofensiva comercial soviética está dirigida principalmente hacia la Argentina, el Brasil, el Uruguay, Chile, Cuba y Canadá. Mas hay indicaciones de que los comunistas dedican amplios esfuerzos a toda el área iberoamericana.

En los tratados comerciales firmados hasta ahora, el punto destacable ha sido la disposición soviética para comprar cantidades sustanciales de excedentes de productos agrícolas. En los casos de Argentina y Uruguay, las compras principales han consistido en trigo, carne y cuero; en el Brasil, en café, algodón y azúcar; en el Canadá, en trigo y manteca; en Cuba, en azúcar. Tal vez la única excepción notable haya sido Chile, donde, en esencia, las presiones comunistas se han enfocado a inducir a los chilenos a una relajación en las restricciones a las exportaciones de cobre.

Una vez que se han establecido las relaciones comerciales, a través de la adquisición de los excedentes agrícolas, el paso siguiente supone, usualmente, el establecimiento de un mercado para los productos industriales del entramado soviético. Argentina resulta un testimonio palpable. El Gobierno de Perón firmó acuerdos comerciales con todos los regímenes comunistas, a excepción de Albania y Bulgaria; y los soviéticos han tenido un buen éxito en la venta de equipo industrial a esta nación. En estos parajes, como en otras partes de Centroamérica y Sudamérica, la ofensiva mercantil ha ido unida a una activa campaña política contra los Estados Unidos. Los propagandistas soviéticos, mientras atacan al llamado imperialismo estadounidense y señalan el estatuto colonial de las Repúblicas de Iberoamérica en sus relaciones con la gran República norteamericana, proclaman repetidamente que vínculos más estrechos con el bloque comunista promoverán "la independencia" y el bienestar de tales países.

Y no se olvide que esta doble ofensiva ha tenido resultados afortunados (aunque sean parciales). Por ejemplo, el 19 de julio de 1955, el Presidente del Consejo de Gobierno del Uruguay declaraba que sería una gran equivocación mirar con desdén a Rusia como una fuente de comercio. No cabe registrar todos los hechos existentes en apoyo de la aserción precedente. Pero sí puede advertirse que las únicas "resistencias" a la acción comunista se han encontrado en Guatemala, donde el Gobierno anticomunista ha revocado la trayectoria inaugurada por el anterior régimen; y en

el Ecuador, donde el ministro de Economía indicaba recientemente que su país no necesitaba comerciar con el bloque soviético, a causa de que no tenía dificultad en disponer de sus artículos de exportación.

En resumidas cuentas, las exportaciones al universo comunista alcanzaron en 1954 su mayor nivel desde 1950, en que se vieron reducidas al mínimo como consecuencia de la introducción de rigurosos controles sobre los materiales estratégicos, tras el estallido de la guerra de Corea. (Los expertos esperan una expansión mayor para el año 1956.)

En todo caso, nótese cómo se ha dilatado el comercio de la Argentina con la urdimbre sovietizada. (De pasada, percíbase que tal tráfico es mayor que el conjunto de las otras naciones del hemisferio.) En el año 1954 aumentó casi cuatro veces con relación al anterior: las exportaciones al bloque citado pasaron de 24,4 millones de dólares (o el 2,1 por 100 del total de exportaciones); en 1953, a 101,7 (o el 9,5 por 100 de la totalidad de exportaciones), en 1954; y las importaciones de la trabazón comunista saltaron, de 15,3 millones (ó 1,8 por 100 del total) en 1953, a 62,1 (ó 5,7 por 100) en 1954.

Desde luego, las directrices de la ofensiva comercial en Iberoamérica son muy semejantes a las usadas en las zonas subdesarrolladas del cercano Oriente y de Asia: venta de géneros industriales a cambio de artículos agrícolas (una muestra: 500.000 toneladas de azúcar de Cuba *para Rusia).*

* * *

Ciertamente, este asunto reviste una cierta complejidad. Por un lado, se vincula al problema de la actitud yanqui respecto a las demandas de sus vecinos meridionales, ansiosos por fortalecer sus estructuras económicas. Por otra parte, se conexiona a la faceta del real fortalecimiento del mundo libre. Una fisura en éste se consigue por medio de la penetración comercial del universo dependiente de Moscú. Recuérdese que la destrucción del sistema occidental no ha de conseguirse necesariamente por medio de la guerra. (Tal es la tesis comunista.) Existen otros métodos. Uno de ellos es la desintegración de la alianza del Oeste, a través de *ofrecimientos comerciales de irresistible atracción* (otros, son: la infiltración política con ayuda de los partidos comunistas locales; y las esperanzas de coexistencia—el arma de no menor efectividad—). Así

lo han juzgado los especialistas de los perfiles soviéticos. (Vid. nuestra nota *Una dialéctica estadounidense ante la política exterior del comunismo*, en *Alcalá*, agosto 1955, págs. 10-11.) Y en la conjunción de esos extremos es en donde radica el mensaje para los centros directivos del Occidente, singularmente para Wáshington. ¡Buena cuestión para aguzar las mentes de los dirigentes "atlánticos"!

LEANDRO RUBIO GARCÍA

OTRA NOVELA DE GRAHAM GREENE

Para nosotros, una de las características más acusadas y definitivas del estilo narrativo de Graham Greene estriba en ese magistral equilibrio que el novelista sabe mantener entre la trepidante acción exterior de sus relatos y la densa intriga interior de los mismos. Recuérdese la anécdota, la rica peripecia de *El poder y la gloria*, de *The heart of the matter*, etc., tan inteligentemente confundida con el agudo proceso moral de los protagonistas. Ambas líneas argumentales—la puramente episódica y la espiritual—, en lugar de estorbarse, más bien se complementan; se funden y ajustan tan estrechamente en sus novelas estos dos desarrollos, que a veces resulta difícil decir en qué punto acaban y terminan, respectivamente, uno y otro. Para nosotros, decíamos, es esta conjunción una de las claves fundamentales que sustentan el éxito universal y la ancha eficacia de la obra de Greene.

Pues bien: he aquí que en esta última novela suya (la última editada en tórculos españoles) ese magistral equilibrio falla de modo evidente. En *El fin de la aventura*, que es el libro a que nos referimos, apenas hay un acontecer exterior; su línea argumental es demasiado simple. La anécdota, el movimiento externo, es casi nulo o, al menos, brumoso y apenas esbozado. Un minucioso estudio realista, una detallada inspección del avatar psicológico y pasional de los protagonistas de este relato, no hallan en su dintorno lo que pudiéramos llamar el excipiente vital, la peripecia que sujeta y atrae al lector.

El fin de la aventura narra una compleja historia de amor, de adulterio y de odio, prietamente confundidos. Los celos hacen también su cálida aparición. Pero estos celos no tienen humano obje-

tivo, sino que van orientados hacia el más poderoso y alto rival: Dios. El novelista Bendrix ama a la adúltera Sarah, y ésta, que primero le ha correspondido ardientemente, se ve luego acuciada por la llamada divina. Su pasión y su culpa se redimen, agónicamente, en el amor y la búsqueda divina; lo cual desencadena un ciclón de odios en el amante postergado, que reniega, con excesivo fervor, de aquel Ser que le arrebata lo que más quiere. Ni siquiera la aparición de pequeños sucesos milagrosos, tras la muerte de Sarah, logran alcanzar el corazón y la razón de Bendrix, encastillado en su inoperante rencor. Sólo, acaso, ese mismo odio, esa misma furibunda impotencia, esa misma conciencia de su derrota hacen sentir la gran verdad en su alma agnóstica y gélida.

Esta narración, de intensa vida interior, carece, en cambio, como decíamos, de vida externa, y está llevada a cabo con una desigual construcción técnica, fragmentada en exceso. Por otro lado, una ostensible frialdad preside todo el relato. Solamente algunos de los escasos personajes secundarios—como el predicador racionalista, o el detective privado—están tratados y dibujados con tibieza humana, con algún hálito de ternura. Los otros, los protagonistas, a pesar de su innegable realismo cotidiano, se nos aparecen esbozados bajo un helado signo intelectualista, como meros vehículos de sus ideas y pasiones, no demasiado matizadas, apenas con alguna leve alternativa o contraste. De ahí que esta novela de Greene defraude un poco al lector común, y aun al otro, al minoritario, sobre todo si éste es conocedor de la anterior producción del novelista.

Sin embargo, estos datos negativos no restan ni un ápice del interés moral de *El fin de la aventura.* Una vez más se pone de manifiesto en esta novela esa constante que tan bien define la novelística de su autor: nos referimos a la inquietud de Dios. Esa inquietud que, más que su presencia, invade siempre los relatos de Greene. Esa voluntad dolorosa de creer, esa sed casi unamuniana de sentirse lleno de infinito y de fe. Acuciante problema que, también en *El fin de la aventura,* queda irresoluto, punzante, ardiente.

ENRIQUE SORDO

"EL GRAN INCOGNITO, VISION INTERNA DEL CAMPESINO COSTARRICENSE" (*)

La presente obra es el primer estudio sociológico del campesinado costarricense, cuyas peculiares características analiza y valora. El interés del tema se ve aumentado por el método descriptivo de las costumbres y por las apreciaciones acerca de las causas que han influído o influyen sobre su evolución.

Una primera conclusión que obtenemos de su lectura es, que el campesino costarricense, en sus formas de vida, sufre actualmente una violenta crisis de readaptación. Ello hace que su estudio exija una visión amplia de contraste de épocas.

Tras una introducción descriptiva del país, en la que se pone de relieve el marcado contraste entre la meseta central y las restantes regiones, o costeras o montañosas, llega el autor a la conclusión de que esta meseta explica la historia y la idiosincrasia del país, al ser la región que ha condicionado el tipo humano dominante. Pasa seguidamente a estudiar los aspectos característicos, buscando la deliminación del *concho* o campesino. *Concho,* abreviatura de Concepción, es la forma habitual de denominarlo, forma lingüística proveniente de la abundancia en el campo costarricense de este patronímico. El *concho,* así llamado, es el tipo humano representativo por excelencia del país. Por lo demás, el tipo humano, muy uniforme, muestra su unidad de origen peninsular.

La ocupación más generalizada del *concho* es el *jornaleo,* consecuencia de la estructura económica del campo. Es especialmente interesante el estudio de la faena del *arrimado* en los cafetales: colocar en cabeza de la peonada un *orillero,* el más fuerte, ligero y hábil, el cual adelanta el trabajo durante la jornada, marcando el *corte,* y los demás han de *arrimar* sus surcos hasta el mismo límite. El autor logra hacer vivir la descripción del *concho* presentándole a lo largo de su faena, ya arreciando, ya detenido a oír el *chiste* (chiste que, por soler ser picante, se llama así por asociación con la fruta de este nombre), ya de vuelta al hogar, a comer la *olla,* rodeado por los *güilas* o pequeños. Una característica casi general es la de que los *conchos* gustan ocupar sus ratos de ocio con un trabajo manual: son *remendones* (saben un poco de casi todos los oficios).

(*) Luis Barahona, J.: *El gran incógnito. Visión interna del campesino costarricense.* San José de Costa Rica. Editorial Universitaria. 1953. 164 páginas.

El *gamonal* es descrito como un tipo más pintoresco, sufriendo una evolución más rápida por la presión de la vida urbana, que moderniza desde el traje a las diversiones. *Gamonal* suele significar cacique, persona influyente, y de ella deriva la de *gamonalismo.* Este tipo humano suele ser gordo, vestido de chaqueta, con cuello de pana, amplios pantalones con bolsas de *piqueta,* sombrero siempre de *pita,* zapatos de vaqueta con suela *chirriona,* dejoso en el habla.

De esta descripción, el autor resalta la vida laboriosa del bracero, su constancia, una naturaleza resistente y robusta, extraordinariamente sufrido, identificado con la Naturaleza.

Las diversiones son objeto de extenso estudio. Especialmente la pulpería, verdadero centro de intercambio social en la vida aldeana, en la que no se busca satisfacer una necesidad concreta, sino que atrae por la costumbre. Las páginas dedicadas a los deportes nos recuerdan las dedicadas en España a criticar la desenfrenada pasión por el fútbol sin espíritu deportivo.

La vida religiosa del *concho* es pintada como una mezcla de rutina y supersticiones, basada en la ausencia de religiosidad ilustrada. Como consecuencia, termina señalando la existencia de un problema religioso, por la necesidad de una revivificación de la conciencia cristiana.

La familia es vista como una forma evolucionada del tipo patriarcal, con tendencias a convertirse en inestable, pasando a estudiar el nivel cultural y artístico, que considera, en la actual generación madura, bajo, siendo superior la preparación actual de la infancia, preparación en la que tan sólo se critica su relativismo doctrinal.

Finalmente, señala tres épocas en la evolución económicoagraria: de minifundios, en un primer tiempo; una segunda época, escasamente de un cuarto de siglo, de "haciendas", y el presente, dominado por el latifundismo y el monocultivo.

En su conjunto y en sus detalles, esta obra ofrece, pues, una visión de la forma campesina de vida del país centroamericano. La agudeza de las descripciones y el preciso criterio valorativo realzan la que constituye, ciertamente, una valiosa aportación a la sociología hispanoamericana. El estilo, brillante y expresivo, revela también la fuerte personalidad filosófica del autor, del que es igualmente de elogiar la sinceridad en reconocer y auscultar los aspectos difíciles de los problemas sociales.

CONSTANTINO LÁSCARIS COMNENO

UN TRIUNFO LABORAL: EL ACCESO DEL TRABAJADOR A LA EMPRESA

Acaba de ser publicado un libro: *El Jurado de Empresa. Nueva institución de nuestro Derecho social*, editado por Afrodisio Aguado, y del que es autor Joaquín Reguera Sevilla, ex director general de Trabajo.

El Jurado de Empresa es una institución española de avanzada en nuestro Derecho social, un órgano llamado a conquistar las metas de la producción y de las mejoras sociales en el seno del diálogo y la convivencia.

La publicación a que nos referimos estudia en diez capítulos el decreto de 11 de septiembre de 1953, por el que el Caudillo refrenda con su firma el aspecto social de la Empresa, dándole acceso jurídico al trabajador en cumplimiento de una norma constitucional: el Fuero del Trabajo.

El Jurado de Empresa español es una novedad occidental sin precedentes; por eso, la publicación no tiene párrafo alguno de Derecho comparado, y eso que el autor es jurisperito, doctor en Derecho, con el grado de sobresaliente, por la Universidad de Madrid. Y carece de precedentes porque la concepción del trabajo en unidad sindical, sin banderías grupistas, es una novedad española. Y el Sindicato, institución natural nacida de la Empresa, una moderna aportación social a la cultura de Occidente, tan lejos de la Empresa concebida al modo liberal, como de la Empresa única, totalitaria y monopolizadora del supercapitalismo ruso.

El amanecer de un mundo mejor exige que las técnicas financieras, económicas, industriales, agrícolas y de formación profesional incrementen la riqueza a producir por la Empresa, para que, por el camino de la productividad y el automatismo, se mejoren los costes, aumentando el poder adquisitivo del pueblo y elevando el humano nivel de vida. Pero la Empresa, además de su objetivo económico, tiene una misión social: las inquietudes y necesidades de quienes, en comunidad de trabajo y unidad de esfuerzo, forman parte de su plantilla. Y he aquí el Jurado de Empresa como engarce para concordar lo diferente.

El Jurado de Empresa es un órgano llamado a conquistar las metas de la producción y de las mejoras sociales en el ámbito del diálogo y la convivencia. Cada Empresa con más de 50 trabajadores ha de constituir el Jurado, para responsabilizarle en la marcha

de la producción y conocer, a su vez, a través de él, las necesidades de los trabajadores, sus satisfacciones y dificultades.

Cada Jurado estará constituído por un presidente y un número distinto de vocales, según la proporción de trabajadores en la Empresa, coincidiendo con las categorías profesionales en las que se hallan sintetizadas las plantillas: técnico, administrativo, mano de obra calificada y peonaje.

El presidente del Jurado representa al capital de la Empresa (aspecto económico); los vocales, a los trabajadores (aspecto social). La publicación que comentamos estudia con detenimiento la elección de los miembros del Jurado, condiciones, duración del mandato y motivos del cese por razones disciplinarias. Un capítulo entero se consagra al procedimiento electoral, que, en dieciocho apartados, va desde el anuncio de la convocatoria hasta la constitución del Jurado.

Los noventa artículos del decreto creador del Jurado de Empresa van encaminados "a garantizar la eficacia de las funciones del Jurado", dice el autor de este interesante libro, parte en la que se detiene explicando claramente, y de forma sinóptica, de lo que conocen las Juntas de Jurados.

Se estudian las normas adjetivas o procesales de funcionamiento, distinguiéndose el trámite de la propuesta, de la denuncia y de la información, para encauzar la iniciativa, la reclamación de derechos ya conferidos y el procedimiento de información para cuando reglamentariamente deba ser oído el Jurado.

El final del libro se consagra a la integración sindical de los Jurados de Empresa, al ser éstos calificados como células básicas de la Organización Sindical.

La publicación que motiva este comentario ha sido declarada por la Delegación Nacional de Sindicatos de INTERÉS SINDICAL, y su importancia es más destacable ahora porque la orden del ministro de Trabajo de 13 de enero del año en curso amplía el radio de acción de los Jurados hacia las nuevas Empresas que han de constituirlo.

Como final, terminemos con estas expresivas frases del autor: "El decreto no hace otra cosa que desgranar en disposiciones legislativas un pensamiento dilecto de los Fundadores, al añadir, con estilo sindical, un matiz más al Estado social que erigió el Caudillo."

E. D. G.

De la mano sabia y cordial de Juan Antonio Gaya Nuño, aquí tenemos, historiados, iluminados, los doscientos catorce museos con que cuenta España. ¡Cuánta falta hacía esta *Historia y guía de los museos de España,* que la Editorial Espasa Calpe acaba de lanzar en hermoso volumen! Se trata de un libro, digámoslo desde ahora, sencillamente ejemplar. Porque no es sólo que se trate de un libro necesario e imprescindible, sino que está escrito con pluma y conocimiento de maestro, con amor y rigor. Que sea obra de Juan Antonio Gaya Nuño no puede, en absoluto, extrañarnos. Pocos como él poseen un conocimiento tan profundo y extenso del arte y lo han estudiado tan amorosamente. Gaya Nuño pone siempre en sus libros, y en todo escrito sobre arte que sale de su pluma, junto al necesario rigor, un latido de entusiasmo y de fervor que está muy lejos de la fría crítica erudita. Y este nuevo libro suyo viene, una vez más, a comprobarlo.

Para escribir esta *Historia y guía de los museos de España,* su autor ha debido de recorrer durante años todos y cada uno de los museos españoles. Los ha visitado con mirada alerta y detenida, captando lo fundamental; pero sin olvidar el detalle característico, el dato precioso y oportuno. De cada museo o museíto español, el libro de Gaya nos da un inventario abreviado y una breve —o extensa, según los casos—noticia de su historia. Tener todos los museos de España, su biografía, al alcance de la mano, no es ninguna tontería. Pienso que será imposible prescindir de este libro-amigo en un viaje por España o sobre una mesa de trabajo intelectual.

A propósito de viajes, la solapa del libro afirma que este de Gaya se puede comparar con el *Viage*—éste con *g*—, del abate Ponz, en el siglo XVIII. Estoy completamente de acuerdo. Nuestra España es siempre lo suficientemente virgen para que un andariego intrépido se la recorra de punta a punta y de mar a mar, descargando luego sobre un libro todo un sorprendente saco de novedades. Esto, que era verdad para el siglo XVIII o el XIX, sigue siéndolo hoy. La verdad es que de muchos de los museos que reseña Gaya Nuño no sabíamos una palabra. ¡Ni siquiera que existían! El español es, de un lado, poco viajero y curioso del arte, y, de otro, poco cuidador y expositor de sus tesoros. Recuérdense las tremendas diatribas de Richard Ford contra los cuidadores de la Alhambra cuando la visitó en 1830. Las cosas han variado mucho desde entonces;

pero todavía no pocos de esos museos arrastran una existencia difícil, lindando con lo pintoresco. No creo traicionar a Gaya Nuño si recuerdo aquí una confidencia suya. Al dar por terminado el viaje preparatorio—que duró años—de su gran libro, dudó algún tiempo si debía componerlo con el rigor y seriedad con que, finalmente, quedó configurado o ironizando en torno a las condiciones en que se mueven no pocos museos provinciales. Es posible que si Gaya hubiese optado por lo segundo, tendríamos hoy un libro tan sabroso y castizo que mereciera ser digno hermano de *El santero de San Saturio,* ese otro estupendo libro de Gaya. Pero el tema es demasiado grave y serio para ser tratado humorísticamente. Ha hecho bien, pues, Gaya Nuño en poner su ciencia y su alma en esta iluminadora *Historia y guía de los museos de España,* que así se inserta con todos los honores en la línea más ilustre de la bibliografía sobre arte español.

Una palabra ahora más concreta sobre el contenido. Tras un prólogo, en que campea su estilo jugoso y personalísimo, dedica Gaya Nuño un capítulo preliminar a trazar una semblanza histórica de la museografía española, que suministra al lector profano —pues el libro no se ha escrito para los especialistas, sino para un público vasto—los antecedentes oportunos sobre el tema. A continuación siguen las monografías sobre museos, de extensión variable según la importancia de éstos. De cada museo se hace la pequeña historia de su origen y vicisitudes, estudiándose incluso el edificio si ofrece en sí mismo interés, y describiéndose luego el contenido con la detención necesaria. Cada cuadro, escultura o pieza de algún interés no sólo tiene su mención oportuna, sino una valoración del autor, para la que basta, a veces, un adjetivo bien administrado. Y, en fin, la monografía se cierra con útiles indicaciones bibliográficas, permitiendo al lector la posibilidad de ahondar en el tema que le interese. Tal repertorio, importantísimo en casos como el del Museo del Prado, ofrece la primera bibliografía sistemática intentada sobre el tema. Y, aunque más reducida, no es menos valiosa la que afecta a los museos menores.

Precisamente estos museos menores son los que constituyen la mayor y más atractiva novedad en el soberbio libro de Gaya Nuño. Esos museítos de provincias, a cuya visita nos acompañó el amigo poeta o erudito local de aquel pueblo o ciudad de la España olvidada, y de los que salimos con la contrariedad de no haber podido llevarnos una reproducción, ni un cataloguito, ni una guía, por breve que fuese, con los que reverdecer el recuerdo. Sólo en éste residía la vinculación a aquel exvoto marinero, o a aquella cabeci-

ta ibérica, o a ese santo que, no se sabe por qué, se nos antojó de Alonso Berruguete. Pero ahora, gracias al libro de Gaya Nuño, no sólo tenemos asegurada la guía, sino también la clara seguridad del recuerdo.

La copiosa ilustración del hermoso volumen es de la más grata variedad, repartida entre casi todos los museos estudiados. Unas láminas en color reproducen no piezas ilustres, sino, con entera justicia, dado el título del volumen, algunos exteriores o interiores de museos españoles.

Debemos gratitud a Gaya Nuño por ofrecernos este libro tan necesario, que viene a hacer justicia a tantos tesoros olvidados y desconocidos. Justicia generosa y ancha, derramada sobre miles de piezas. Sobre cada una de ellas tiene el autor la palabra justa e iluminadora. No es frecuente esta genersidad en esta España, siempre virgen, que con tanta frecuencia suele olvidar y hasta menospreciar sus tesoros.

JOSÉ LUIS CANO

ATOMSTATION, DE HALLDOR K. LAXNESS

Un escritor islandés, de cincuentra y tres años de edad, es el último Premio Nobel de Literatura. Su personalidad apenas es conocida en nuestro ámbito cultural, pero su fama era ya grande en los países nórdicos y había sido propuesto varias veces para tal premio. Aunque algunos de sus últimos libros (como *La campana de Islandia* o *Gerpla)* han abordado temas históricos, la característica más fuerte que han marcado sus obras capitales *(Hombres independientes* y *Luz del mundo,* publicadas entre 1934-1940) es el estudio y la crítica de la sociedad.

Viajero durante años por Europa y América; retirado en plena juventud a un monasterio de Luxemburgo; propugnador posteriormente de preocupaciones sociales, Laxness se ha convertido en un auténtico escritor de nuestra época. Con él vuelve de nuevo el realismo a la novela, a ser ésta espejo de la vida y a plantearse en la raíz más pura de la creación literaria la temática más difícil y más compleja: la vida misma. Pero no la vida hecha ya teoría o interpretación, no la vida "absurdizada" en una problemática irreal y únicamente justificable como juego; si es que el escritor puede

jugar, cuando la realidad, el mundo que tiene delante, le impone el peso enorme de sus problemas que ha de aceptar y recrear más o menos artísticamente, pero siempre objetivamente. La forma artística es decisiva en toda creación; pero la materia, los contenidos de esas formas, es lo que ha de prestar cuerpo, veracidad y, en definitiva, humanidad a su obra.

Estación atómica, aparecida en 1952, no está en la serie de las grandes novelas de Laxness; es un libro breve, sencillo, que narra la historia de una joven campesina del norte de Islandia, que baja a la capital, a servir en casa de una familia rica e influyente. El contraste entre la visión del mundo de esta criatura libre de prejuicios, elemental e inteligente, que en sus horas de descanso estudia *armonium*, y las opiniones de la sociedad que la envuelve, agitada por problemas políticos, comprometida en la construcción de una base atómica que unos desaprensivos quieren establecer y aprovechar para sus fines personales, hacen de la novela una obra verídica llena de poesía, humorismo y realidad.

Laxness contrapone estas dos fuerzas—naturaleza y civilización—y pretende acentuar la posición que entre ambas existen cuando esta última no es el fruto directo de aquélla, su progresión y perfeccionamiento, sino todo lo contrario, su deformación y anquilosamiento. Ugla, la protagonista, al llegar de su aldea del Norte, trae el sentimiento de inferioridad de todo provinciano, pero al poco tiempo descubre cómo la nueva vida ciudadana está falseada en su raíz. A pesar de los nuevos profetas que surgen, a pesar de todas las teorías y opiniones, hay un principio de falsedad, un estar instalado en ella consciente. ¿Por qué es la mentira, la media verdad, el instrumento para la ambición del hombre? ¿Por qué el egoísmo es capaz de olvidarse de todo, hasta de los elementales deberes, con tal de satisfacerse? Estas preguntas se van formando lentamente en el alma de la protagonista. Para contestarlas, no intenta ni por un momento una especie de "menosprecio de corte y alabanza de aldea", sino que únicamente busca un poco de verdad, un llegar a vivir en su propia persona todos los problemas de la Humanidad, y ver cómo es posible también en la ciudad el llegar a ser hombre. Pero Laxness, en esta obra, no lanza ninguna nueva teoría social: su misión se reduce a hacer desfilar por los ojos puros de su protagonista una sociedad corrompida y en decadencia.

Una atmósfera nueva nos llega con esta obra, un aire limpio conmovido, donde no se crean más problemas que los que "hay", pero éstos se los intenta resolver en toda su anchura y profun-

didad. Y al final es la figura de esta mujer, con su cofre de madera en una mano, y un ramo de flores en la otra, un símbolo, un ejemplo perenne y verdadero. "Las flores son inmortales—le dice el viejo maestro de música mientras se las entrega—. Las cortas en otoño y brotan de nuevo en primavera en cualquier parte."

E. LLEDÓ

NECESIDAD Y SERVICIO DE LA EMIGRACION ESPAÑOLA

El Instituto Iberoamericano de Cooperación Económica, en colaboración con Ediciones Cultura Hispánica, ha publicado el libro de Carlos Martí Bufill *Nuevas soluciones al problema migratorio*, cuya aparición ha constituído uno de los grandes acontecimientos editoriales del pasado año.

De verdadera enciclopedia de los movimientos migratorios puede reputarse la obra recientemente aparecida del profesor Carlos Martí Bufill, que viene a llenar plenamente los dos cometidos que originariamente tiene que proponerse cumplir un trabajo de su orientación y estructura. Estos aspectos son: el estudioso-teórico y el práctico o utilitario; y ambos quedan ampliamente cubiertos a lo largo de casi seiscientas páginas, abundantemente asesoradas por expresivos datos estadísticos y acertadas referencias bibliográficas.

Como libro de estudio, *Nuevas soluciones al problema migratorio* es un cuidado repertorio de cuantos factores se deben considerar en orden al análisis de los fenómenos migratorios particular y especialmente referidos a las relaciones entre España y los países de Iberoamérica, a cuyo desarrollo económico, problemática laboral y régimen jurídico se dedica una mayor atención. Para ser útil como manual que pueda servir de guía y orientación a futuros emigrantes, tropieza este libro con la dificultad que presenta el carácter eminentemente dinámico de los datos empleados, que son totalmente susceptibles de enmienda o transformación, pues aunque en general las condiciones de vida y trabajo no suelen experimentar cambios bruscos, sin embargo, la actitud de los Gobiernos,

la vigencia de los Tratados y las posibilidades de colocación pueden variar notablemente.

Es de considerar, sin embargo, que en un sentido eminentemente práctico, diferente del que significa ser utilizado como simple agenda para el posible emigrante, puede destacarse la utilidad de este libro empleado como general instrumento de trabajo en las tareas de una institución que atraiga, oriente y organice las corrientes migratorias nacionales hacia Hispanoamérica.

Nuevas soluciones al problema migratorio reúne especiales características para ser el libro de texto fundamental en la formación de técnicos en asuntos migratorios, función para la cual los prepara su contenido claro, preciso y sistemático.

El plan del libro incluye trece capítulos y tres apéndices, en los que están reunidos los principales datos y conocimientos modernos sobre corrientes migratorias y ordenados de la manera siguiente: el primer capítulo estudia el hecho migratorio, con expresión de sus causas y consideraciones jurídicas; el segundo, bosqueja una teoría general de las corrientes migratorias; el tercero, estudia la migración iberoamericana considerada en un sentido político, legislativo e institucional. El cuarto, analiza los problemas migratorios en su generalidad y especialidad, y el quinto y sexto recogen los aspectos actuales de la política migratoria en los distintos países. El capítulo séptimo estudia la acción internacional en materia de migraciones con la expresión de los organismos internacionales, Asociaciones confesionales y actividades de la O. I. T., la O. E. A. y la O. N. U., dedicándose los capítulos VIII al XIII a la caracterización de la migración española y el estudio de sus posibilidades como factor de cooperación iberoamericana y como marco de las actividades de un posible Instituto u organización análoga que recoja estas actividades.

Los apéndices contienen datos estadísticos sobre las corrientes migratorias españolas y reproducen los textos de las recomendaciones y convenios internacionales sobre emigración.

En general, el libro de Carlos Martí Bufill, y, sobre todo, el expresivo prólogo del ministro español de Asuntos Exteriores, excelentísimo señor don Alberto Martín Artajo, revelan un cambio de opinión y una nueva disposición hacia el estudio de estos problemas, que, en palabras del ministro, constituyen una necesidad y un servicio para el pueblo español.

RAÚL CHAVARRI

LOS DIALOGOS POSTUMOS DEL FILOSOFO WHITEHEAD

Nunca sabremos hasta qué punto Platón remozó con savia nueva la filosofía de Sócrates o hasta dónde llegó su fidelidad a los dichos de su maestro. Es evidente, sin embargo, que los diálogos platónicos están construídos con arreglo a un plan literario, sin pretender en ningún momento reflejar todas las vicisitudes y titubeos de una conversación real.

Lucien Price, en su reciente libro *Dialogues of Alfred North Whitehead* (Max Reinhardt: Londres), se limita al humilde papel de transcritor cuidadoso de las conversaciones que el gran pensador sostuvo en presencia suya. La acción tiene lugar en Harvard, en los trece últimos años de la vida del filósofo inglés, desde el 6 de abril de 1934 hasta el 11 de noviembre de 1947. El protagonista principal es Whitehead, secundado por su mujer, el propio Lucien Price y algunos colegas y amigos. Los temas tratados cubren un amplio campo, que va desde la situación política contemporánea hasta la esencia del arte y de la poesía, desde los novelistas rusos hasta el erasmismo, desde el futuro de América hasta el valor de las ideas.

Un puñado de temas se repiten una y otra vez, en diferente contexto, a lo largo de estos diálogos, dando al lector una agradable sensación de espontaneidad. En todo momento se siente la presencia del sabio, con su poderosa inteligencia universalizadora, y en muchos casos el curso de la conversación nos lleva a parajes reveladores de un Whitehead humanísimo, aclaración en carne y hueso de algunas oscuras teorías de *Process and Reality*.

Whitehead, hijo de un pastor protestante inglés, parece obsesionado con la absoluta falta de humor de la Biblia—¡tal vez, la Biblia vista a través de los sermones de su padre!—, en marcado contraste con la hilaridad de los griegos. No es necesario llegar hasta Aristófanes si queremos encontrar la risa helénica. Los dioses homéricos se ríen a mandíbula batiente, y un fragmento de una comedia temprana nos relata cómo los sátiros se chamuscan las barbas, cuando quieren besar el fuego de Prometeo.

En cierta ocasión, el filósofo inglés definió la ironía como "el estado de la mente de un pueblo de una época que ha perdido la fe". "Ocultan esta pérdida—añade—o incluso alardean de ella, riendo." La ironía socrática aparece, desde luego, cuando la religión tradicional ha perdido ya su plena vigencia. La ironía de un Sófocles al hacer pronunciar a Edipo un discurso que significa su propia tra-

gedia, o de un Esquilo, haciendo caminar a Agamenón sobre una alfombra de púrpura, augurio de su muerte, se producen en un período que está transformando el valor de los antiguos mitos. El gran teatro griego hace que los mitos religiosos cobren un carácter cultural y estético. Para Whitehead, Lutero y Calvino son los responsables de que el Renacimiento no pudiera hacer otro tanto con los mitos de la Edad Media.

Aunque éste no es el lugar apropiado para discutir en detalle las ideas de Whitehead sobre la evolución de los mitos y el significado del erasmismo, queremos subrayar en esta nota cómo el pensador anglosajón, no obstante su educación sectaria, vió claramente el aspecto negativo de la Reforma. "Es una lástima—comenta—que Erasmo no tuviera una personalidad más poderosa. Sus ideas eran acertadas y hubieran proporcionado, para el desarrollo de la cristiandad, una solución muchísimo mejor que el protestantismo. Pero le faltaron las fuerzas y el asunto vino a caer en manos de Lutero y de Calvino, los cuales hicieron una lamentable chapuza, arrancando de cuajo la magnífica estética de la Iglesia."

Cuando las conversaciones se relacionan más directamente con la filosofía pura o la ciencia rigurosa, Lucien Price no puede llegar, como es muy comprensible, a la altura de las circunstancias y, algunas veces, nos presenta un Whitehead un tanto desdibujado por la transcripción.

FRANCISCO PÉREZ NAVARRO

EL DESCUBRIMIENTO DEL ANTIPROTON O PROTON NEGATIVO

El gran físico Eddington afirmaba, en *The philosophy of pyhsical science* (uno de sus ya clásicos libros de filosofía científica), que una estatua cualquiera—digamos, por ejemplo, la Venus de Milo—se encuentra dentro de cualquier bloque de granito o de mármol que elijamos. Bastará para comprobarlo, manejar el cincel adecuadamente y quitar del bloque los pedazos de material que sobran. La Venus de Milo está dentro de cualquier trozo de piedra, del mismo modo que los huevos de una tortilla están también incluídos en ella, aunque tengamos, en este caso, que emplear técnicas

complicadas para separarlos y el segundo principio termodinámico esté en contra nuestra. Las partículas atómicas, según Eddington, forman parte del átomo, a la manera que la Venus de Milo está en el trozo de materia con que la hacemos. Los físicos experimentales "seleccionan" con sus cinceles—dispositivos ingeniosos—las entidades físicas inventadas por los teóricos de la Ciencia.

Si esto es así, una vez más hay que rendir tributo a la habilidad de los físicos. Lawrence ha conseguido, al fin, obtener antiproyectos, protones de carga negativa, empleando el acelerador de la Universidad de California—el Bevatrón de Berkeley—y el dispositivo "seleccionador" fabricado por Emilio Segré. El aparato de Segré, basado en los contadors foto-eléctricos y en el conocido efecto Cerenkov, "seleccionó" antiprotones entre los mesones-pi, los mesones-k y los hiperones que despide una placa de cobre bombardeada con protones ordinarios, acelerados hasta más de seis mil millones de electron-volts en el Bevatrón de California.

El antiprotón, la partícula negativa simétrica del protón, era un requerimiento teórico de la ecuación de onda de Dirac, análogamente a como el positrón, electrón negativo, también lo era. Su descubrimiento—o su "fabricación"—viene a llenar una laguna importantísima en nuestra imagen de la materia, reafirmando en lo esencial la simetría de su composición. Queda por explicar, es cierto, la relativa permanencia de los electrones y protones, en acusada contraposición con la inestabilidad de los positrones y antiprotones.

¿Ocurrirá, tal vez, como Frisch ha sugerido, que en algunas otras partes del Universo haya materia—o "antimateria", si se prefiere—constituída por antiprotones y electrones desempeñando el papel que aquí representan los protones y electrones? Entonces, el choque de dos Galaxias de signos opuestos aniquilaría materia en escala macrocósmica y liberaría cantidades de energía que pudieran explicar muchas cosas en una Cosmología nueva. Es evidente que nuestras concepciones cosmológicas necesitan una revisión fundamental, a la luz de los últimos descubrimientos—o "fabricaciones"—, en el dominio atómico.

FRANCISCO PÉREZ NAVARRO

LA MUERTE LE SIENTA BIEN A VILLALOBOS, PREMIO NADAL 1954

En Francisco José Alcántara hay—existe en potencia, se palpa—un auténtico escritor. Para los que conocemos el camino ascendente y zigzagueante de su obra hay, ciertamente, una dificultad de partida que nos impide circunscribirnos a la mera crítica de su primer libro. Sobre todo, por la concluyente y suprema razón de que no creemos que *La muerte le sienta bien a Villalobos* constituya el fehaciente botón de muestra que nos señale, que nos indique, el exacto y preciso camino literario de este novelista. A fuer de sinceros, tendremos que decir que, si nosotros no conociéramos la obra del joven novelista, esta novela premiada con el Nadal 1954 *(La muerte le sienta bien a Villalobos),* no nos diría gran cosa, no nos informaría, con la claridad justa y deseable, del mensaje que, en realidad, trae en su macuto de escritor el novelista riojano. *Desenlace,* por ejemplo, es una novela más honda, más hecha, más en consonancia, a nuestro juicio, con la formación profesional del novelista. Algunos cuentos de Alcántara nos parecen primorosos y perfectamente acabados. Su estilo, su brío descriptivo, parecen más hechos a estos ambientes a que aludimos—no es cosa ahora de entrar en ello—y que permanecen inéditos todavía. *La muerte le sienta bien a Villalobos* es—no vaya a interpretarse lo contrario—una buena novela, una novela que se lee con agrado, que se termina sin fatiga, en la que campean finura de estilo y la mejor ironía, pero que da, es evidente, un pálido reflejo de las dotes novelísticas de Francisco José Alcántara.

Ciñéndonos exclusivamente a la novela premiada, tratando de olvidar lo inédito del novelista, *La muerte le sienta bien a Villalobos* nos deja, de principio, un sabor dulce, de clara amanecida. Ese primer momento, esa primera parte en donde Alcántara nos muestra el pueblo donde va a suceder la acción, llega a resultar admirable. La visión, para el lector, es perfecta. Parece como si el autor hubiese pensado en imágenes. Ese principio, ese arranque, es lo mejor de la novela. Allí está el páramo castellano, el latido humano de un poblacho perdido en la llanura, movido por el motor de un suceso trascendental para la existencia de los vecinos. Después, Alcántara entra en la acción. Todo sucede en veinticuatro horas. El ritmo, en algunos momentos, es cinematográfico. En algún punto uno recuerda la traducción en celuloide de *Nuestra ciudad,* de Tornton Wilder. Al final, el novelista resuelve el problema en la nada acoquinante del pueblo perdido. Todo se

ha contado con esmero, con gracia, con sencillez de buena clase.

En resumen, *La muerte le sienta bien a Villalobos* es una buena novela. Mejora, porque todo hay que decirlo, las dos últimas ediciones del Nadal. Pero no es libro que responda a las posibilidades, ni aun a las realidades, de su autor. Esta es, creemos, la verdad.

MARIANO TUDELA

LA FILOSOFIA COLOMBIANA EN LA EPOCA COLONIAL

En un discurso pronunciado, con motivo de la entrega a los rectores Laín Entralgo y Tovar, de las Universidades de Madrid y Salamanca, respectivamente, de las condecoraciones que el Gobierno colombiano les ha otorgado, el embajador de Colombia en Madrid, doctor Gilberto Alzate Avendaño, puso de relieve la tradición humanística colombiana: "A través de todas las épocas de nuestra existencia colectiva—dijo el doctor Alzate—le hemos dado siempre primacía a los valores del espíritu."

Nos interesa destacar aquí, del texto del discurso (1), los párrafos que se refieren a esa etapa poco "aireada", de intensa vida filosófica, que tiene lugar en América durante el período colonial y que se silencia, por desconocimiento quizá, en las Historias de la Filosofía, pese a la importancia que tiene. "Ya en los finales del siglo XVI, los dominicos fundan en su propio convento santafereño el Colegio de Santo Tomás, al que una bula de Gregorio XIII otorga privilegios y categoría universitaria. En 1604, el arzobispo Lobo Guerrero establece el Colegio de San Bartolomé, que, posteriormente, se erige en Universidad Javeriana. Luego el prelado fray Cristóbal de Torres crea el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, dotándolo de constituciones y rentas. En esas aulas se enseñan artes y humanidades, teología y medicina, gramática y física."

"El ámbito de Santa Fe de Bogotá—sigue diciendo el doctor Gilberto Alzate Avendaño—poblóse desde entonces con el rumor de la controversia especulativa." Se dijera que se había desplazado, dentro del marco temporal de la época, hacia la remota altiplanicie andina, el aire de los claustros y posadas del París del siglo XII, donde aquel turbulento Abelardo, entregado a silogismos y amoríos, enseñaba el *trivium* y el *quadrivium*. Los soportales

(1) "Un discurso del embajador Alzate: Tradición humanística colombiana", en *Diario de Colombia.* Miércoles, 30 de noviembre de 1955. Páginas 4 y 11.

de la quieta villa serrana parecían una sucursal de la docta Salamanca, la áurea ciudad "de raíz gramatical", reproduciendo los torneos del egotismo escolástico, cuyo estilo geométrico y vocación por las disputas causaron el pasaje satírico de Vives. Vivía la colonia dentro de *quaestiones disputatae* y afanes dialécticos.

Pero nos preguntamos: ¿es que todo este ambiente filosófico no cuajó en obras y escritos importantes, con significación dentro de la Historia de la Filosofía?

El español García Bacca y la Biblioteca de la Presidencia de la República de Colombia nos han dado la respuesta al publicar la *Antología del pensamiento filosófico* (2).

Comprende este libro, además de una introducción histórica con datos sobre los filósofos, y de otra sistemática, que enlaza los escritos con la moderna física cuántica y la analítica existencial, las siguientes partes: Dialéctica, Filosofía Natural, Metafísica, Etica y Teología Natural. En él figuran los trabajos de Agustín Manuel Alarcón *(Tratado de dialéctica* y *Philosophia thomistica)*; las obras del padre Mateo Mimbela, S. I. *(Tratado de física* y *Tratado de la Divina Esencia y sus atributos)*; el tratado del padre José de Urbina *(Disputaciones sobre los ocho libros de física de Aristóteles Estagirita)*; la obra del franciscano Jerónimo Marcos *(Casa de la sabiduría del doctor Sutil Juan Duns Escoto)*; el *Tratado sobre la conciencia,* del jesuíta Antonio Varillas; el *Tratado sobre los actos humanos,* del padre Jacinto Antonio Buenaventura, y un texto anónimo titulado *Instituciones de filosofía moral.*

Debemos dedicar la atención que merece este libro, ya que el hecho de publicar los tratados de filosofía colonial que en América tuvieron "su hora" y en los cuales—como en estos de Colombia—hay anticipos geniales y fecundos de lo contemporáneo, es un gran paso en orden al conocimiento de la significación universal de la cultura hispanoamericana. Comentando esta obra, Alfredo Tendrall escribe: "He ahí cómo ahora resulta posible establecer una conexión efectiva entre la filosofía matemática del padre José de Urbina, S. I.—profesor de Filosofía de la Universidad Javeriana de Bogotá—y los trabajos decisivos de Cantor y Félix Klein en nuestro siglo, fundadores ambos de la modernísima teoría de los conjuntos. O entre el análisis existencial de Heidegger y la exposición que Agustín Manuel de Alarcón hacía en el Reino de Nueva Granada, año de 1758, de lo que es el "Universal" y su relación

(2) Juan David García Bacca: *Antología del pensamiento filosófico en Colombia, de 1647 a 1761.* Biblioteca de la Presidencia de la República, volumen XXI. Prólogo del doctor Cayetano Betancour. Bogotá, 1955.

con el hombre... Mediante estas antologías coloniales—García Bacca publicó en 1954 una sobre Venezuela, análoga a la que comentamos—el saber histórico de la filosofía se enriquece de pronto."

E. W. F.

NOTA MUY BREVE A UNA *ANTOLOGIA DEL CANTE*

La emisión grabada—por cuenta de Ducrétet y Thompson, editores de París—de la *Antología del cante flamenco,* aparecida ahora en España, logra fijar y proyectar ampliamente cierta mágica sustancia dispersa por las tierras meridionales españolas y hacia la que, justo es consignarlo, la atención activa del propio país de origen viene siendo, salvo excepciones, tan escasa como poco seria; hablamos de los cantes andaluces cuyo empleo nacional, por parte del cine y el téatro ínfimos, de la partitura barata y el amañado abuso de los géneros, se ha hecho proverbialmente negativo de su verdad y su fuerza. Pero el acervo folklórico popular del Sur de España es, realmente, uno de los más varios e interesantes de que se tiene noticia, y la *Antología,* francesa, galardonada con el último Gran Premio de la Academia Du Disque, ha sido llevada a cabo con un escrúpulo selectivo y un afán de pureza dirigidos tan celosamente que, al sopesar el resultado último de la obra difícil, éste se nos aparece raramente positivo, y sus defectos naturales, que también los tiene, siempre escasos y secundarios.

Consiste la *Antología*—cuyos realizadores se asesoran directamente del pueblo interpretador y de Tomás Andrade de Silva, catedrático del Conservatorio de Música de Madrid—en tres discos microsurco; a lo largo de las seis caras de 33,5 revoluciones se encuentran, inteligentemente ordenados, hasta treinta y cuatro cantes puros, cuya enumeración nos parece en todo caso interesante; he aquí el sumario íntegro de la *Antología:*

DISCO I

Cantes con baile.—Fandangos de Huelva, Tientos, Sevillanas, Mirabrás, Romeras, Bulerías, Caracoles, Tangos flamencos y Alegrías de Cádiz.

Cantes de Levante.—Tarantas y Cartageneras.

DISCO II

Estilos malagueños.—Verdiales, Malagueñas, Malagueñas del *Mellizo,* Rondeñas, Javeras, Media Granadina y Granadina.

Cantes matrices.—La Caña, El Polo, Soleares, Seguiriyas Gitanas y Cabales (Seguiriyas al Cambio).

DISCO III

Estilos camperos.—Livianas, Serranas y Cantes de Trilla.

Cantes autóctonos.—Nanas, Peteneras, Marianas y Alboreás.

Cantes sin guitarra.—Tonás Chicas, Martinetes, Deblas y cuatro Saetas.

Un añejo guitarrista, Perico *El del Lunar,* acompaña con iluminada y sabia justeza todos los cantes con guitarra de la obra, y corresponden, a nuestro parecer, las máximas notas de pureza y brillantez interpretativas a los *cantaores* Pepe *El de la Matrona* y Rafael Romero, el primero desde sus concretas y formales concepciones, llenas de antiguos ecos nobles, y dueño el segundo de una ardiente y bronca libertad—¿el famoso *duende,* quizá?—de la mejor ley. Les siguen acaso, por orden de calidades y dentro de los variados y ya menores géneros que desarrollan, Bernardo *El de los Lobitos* y Pericón de Cádiz.

La exclusión de los *Martinetes* y *Deblas* del capítulo de *Cantes matrices* o mayores si acaso no es acertada desde el punto de vista total, sí lo es desde el funcional antológico, que aconseja el apartado de *Cantes sin guitarra,* donde se hallan situados. Pudieron suprimirse más de un "jaleo" innecesario, y el horrendo y marcial floreo de cornetas y tambores que acompaña la interpretación de las *Saetas.*

La riqueza de la obra es múltiple, y excelente la suma de sus méritos. Fueron impresionados los cantes, según se anota, en Madrid, y a lo largo de noches en que se "esperaba pacientemente" los momentos de acierto de los intérpretes; como escribe Roger Wild en el fascículo adjunto "... los editores no recomiendan la adquisición de la *Antología* a los estómagos débiles ni a los oídos lerdos". Pero la *Antología,* accediendo a lo bellamente difícil, ha sido también un éxito editorial de primer orden, acrecentado por el Grand Prix; no puede olvidarse que al ser tan complejo y confuso, en su hermosura, el cante andaluz, llevarlo a una acertada fijación parcial, como lo ha llevado este hermoso haz de materiales vivos, constituye una aventura y un logro ciertamente estupendos.

FERNANDO QUIÑONES

INDICE

Páginas

Portada y dibujos del pintor español Antonio Carpe.

INDICE GENERAL DEL VOLUMEN XXVI

NUMERO 73 (ENERO, 1956)

Páginas

NUESTRO TIEMPO

ARTE Y PENSAMIENTO

BRÚJULA DE ACTUALIDAD

En páginas de color, el trabajo de Augusto Iglesias ***La incorporación española y el destino de Hispanoamérica.*** **Portada y dibujos del pintor español** ***Angel Medina.***

NUMERO 74 (FEBRERO, 1956)

Páginas

NUESTRO TIEMPO

ARTE Y PENSAMIENTO

BRÚJULA DE ACTUALIDAD

Portada y dibujos del pintor español *Manuel Mampaso.* En páginas de color, discursos del embajador de Colombia en Madrid y del rector de la Universidad complutense, y el trabajo *Don Andrés Bello y el Código Civil chileno,* original del ministro consejero de la Embajada de Chile en Madrid, don Luis Arteaga.